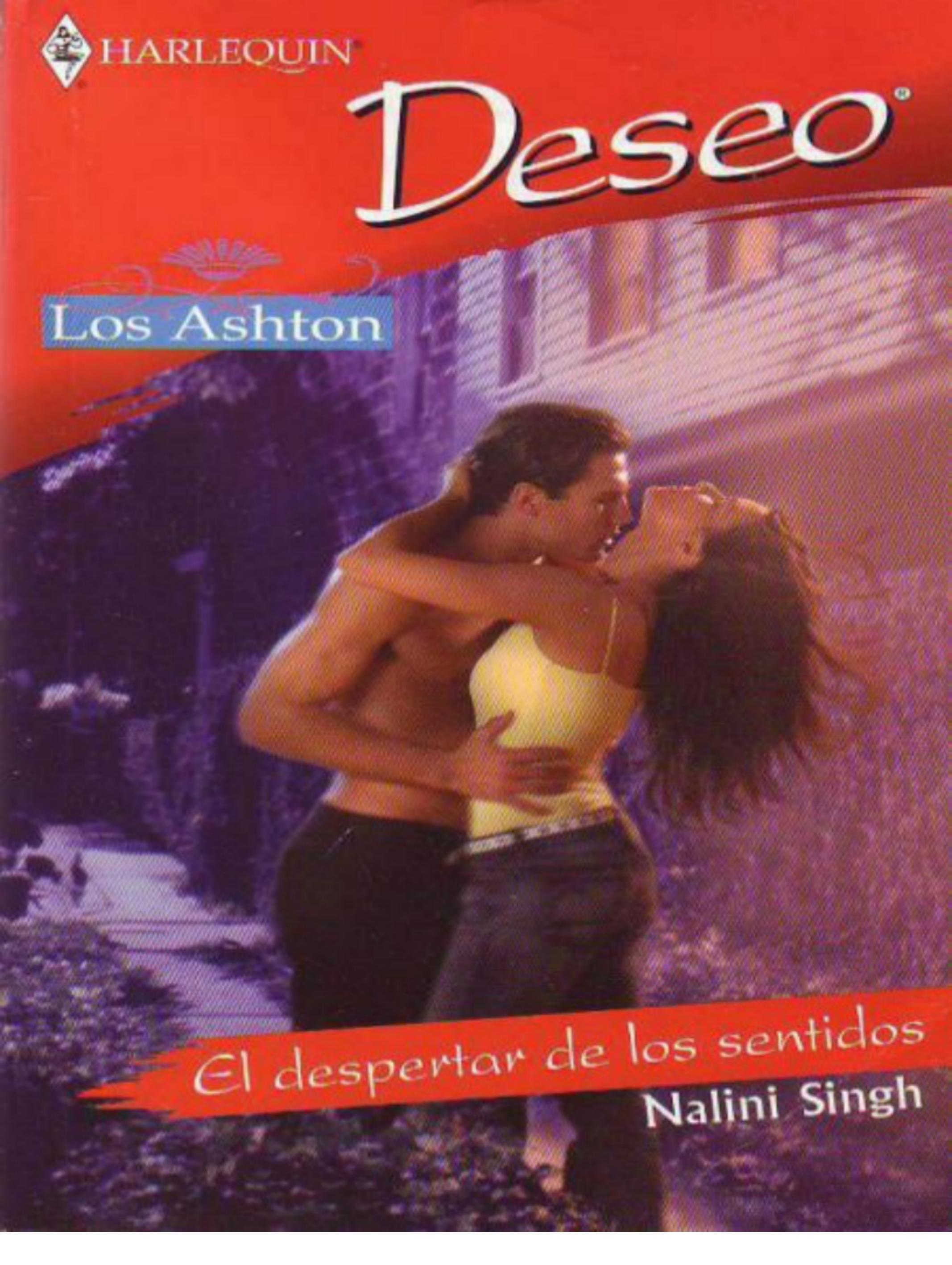

HARLEQUIN
Deseo
Los Ashton
El despertar de los sentidos
Nalini Singh

El Despertar de los Sentidos

Nalini Singh

5º Serie Multiautor Los Ashton

El Despertar de los Sentidos (2006)
Título Original: Awaken the Senses (2005)
Serie Multiautor: 05 Los Ashton
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo Miniserie 05
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Alexandre Dupree y Charlotte Ashton
Argumento:

Aquel hombre sabía cómo hacer realidad todas y cada una de sus fantasías…

Charlotte Ashton nunca se había sentido plena… hasta que conoció al sofisticado Alexandre Dupree… La tímida Charlotte no tardó en caer en el embrujo de aquel hombre que parecía conocer sus deseos más secretos… como si estuviera en el mundo sólo para darle placer a ella.

Alexandre sabía las cosas con las que ella fantaseaba porque había leído su diario. Así había descubierto a la verdadera Charlotte: a la amante sensual, la mujer generosa, la vulnerable virgen. ¿Realmente sería un engaño tan imperdonable, teniendo en cuenta que lo único que deseaba era su amor?

Wine Country Courier
Crónica Rosa

Un francés se pasea por los viñedos de la finca Ashton; toma notas; seduce a la sobrina del dueño...

No, no se trata de una trama para sabotear Bodegas Ashton, ni tampoco es el argumento de un telefilme; sino un intento de la familia de vitivicultores por mejorar sus ya famosos vinos… quitando, claro está, la seducción de Charlotte, la sobrina florista de Spencer Ashton.

El caso es que Alexandre Dupree, un francés que también se dedica con gran éxito al negocio del vino, lleva varias semanas en la finca Ashton en calidad de asesor.

Supuestamente la intención de este asesoramiento es contrarrestar la creciente popularidad de su rival, Viñedos de Louret; pero no parece probable que le hayan pedido también que seduzca a Charlotte Ashton. ¿Qué opina el tío Spencer de esto? ¿O quizá le dé igual y será tan falto de escrúpulos como para aprovecharse de la situación y utilizar a su sobrina para sus propios fines?

Prólogo

Treinta y un años atrás

—Tenemos que hablar.

Al ver a Lilah entrar en su despacho, Spencer alzó la vista de los papeles que tenía sobre el escritorio y frunció el ceño, irritado por la interrupción. Por lo general la mirada fulminante que le lanzó habría servido para cerrarle la boca y que se marchara, pero en esa ocasión no fue así.

—Si no te divorcias de Caroline, te abandonaré.

La voz le temblaba, pero en sus ojos había un brillo de determinación que hizo que sus palabras sonaran casi como una amenaza. Airado, Spencer se levantó y rodeó la mesa para detenerse a unos centímetros de la espigada pelirroja que había osado darle un ultimátum.

Ella abrió los ojos como platos, pero se irguió obstinadamente.

—Eres muy hermosa, Lilah —dijo Spencer. Vio un destello complacido en su mirada, y casi se rió por lo fácil que resultaba manipularla—, pero si hicieras eso... —murmuró en un tono punzante como la hoja de un cuchillo—... habría muchas otras mujeres jóvenes y bellas como tú ansiosas por ocupar tu sitio.

Le gustaba Lilah; le gustaba su cuerpo y su rostro; le gustaba el modo en que se plegaba a todos sus deseos, el modo en que se dejaba hipnotizar por su embrujo y se mostraba dispuesta a hacer cualquier cosa que le pidiera. La joven tragó saliva, y Spencer observó con satisfacción que su determinación comenzaba a flaquear.

—Lo digo en serio; quiero que dejes a Caroline —le insistió con voz temblorosa y un brillo posesivo en la mirada—. Llevo seis años esperando que lo hagas y no quiero esperar más.

Spencer notó cómo la chispa del deseo prendía en su interior, pero la reprimió con frialdad, como quien aplasta con la suela del zapato una colilla.

— ¿Y si no? —le espetó en un tono quedo, de advertencia.

Los hombros de la joven se irguieron.

—Entonces me buscaré a otro hombre, y tú tendrás que encontrar a una nueva... secretaria —le respondió Lilah, utilizando esa última palabra como pulla.

A él nadie lo dejaba tirado; nadie... y mucho menos iba a dejar que lo hiciera una mujer de la que aún no se había cansado. La agarró por la cabellera y, sin importarle que pudiera hacerle daño, tiró de ella para que echara la cabeza hacia atrás y lo mirara.

Los ojos de Lilah se abrieron como platos, llenos de temor, y agachando la cabeza Spencer le susurró:

— ¿Qué has dicho?

La joven emitió un gemido ahogado cuando volvió a tirarle del pelo.

—Lo… lo siento, Spencer. Yo no pretendía…

El pánico en sus ojos actuó como un afrodisíaco en él, y tuvo la certeza de que en unos minutos tendría a Lilah tumbada y con las piernas abiertas debajo de él.

—Bien —murmuró acariciándole la garganta con un dedo—, porque me había parecido entender que me dejarías si no dejaba a Caroline, y eso me ha dolido.

Su piel era suave como el terciopelo, y su cuello tan frágil que podría partirlo como una rama si quisiera.

—P-perdóname… —balbució ella de nuevo—. Te compensaré —añadió subiendo las manos a su pecho de un modo vacilante y comenzando a desabrocharle los botones de la camisa—. Es sólo que… te… te deseo tanto…

Spencer sonrió con arrogancia, sabedor de que estaba diciéndole la verdad. Lo cierto era que no podía negarse que era preciosa, pensó, y complaciente en la cama. Quizá sí se casara con ella después de todo, cuando se deshiciese de Caroline, pero eso le tocaba decidirlo a él. Lilah tenía que aprender cuál era su sitio de una vez por todas antes de que le diera nada; sobre todo poder merecerse el convertirse algún día en la señora Ashton.

—Haré lo que quieras, Spencer —le dijo Lilah mirándolo de un modo algo menos temeroso y bastante sugerente.

A Spencer aquella combinación le pareció seductora, pero a pesar de sus encantos quería que fuera muy, muy consciente de que no le daría más oportunidades. Sin soltar su cabellera pelirroja subió la otra mano a uno de sus senos y comenzó a acariciarlo.

—A lo largo de mi vida han sido muchos los que han intentado manipularme con amenazas… —le susurró. Lilah abrió la boca, como si fuera a decir algo, pero permaneció callada cuando la mano de Spencer subió a su cuello y se cerró en torno a él, apretándolo ligeramente—… y ni uno solo de ellos lo ha conseguido; ni uno solo —inclinó la cabeza para besar sus labios entreabiertos—. ¿Vamos entendiéndonos?

Lilah no se atrevió a hablar y se limitó a asentir con la cabeza. Spencer esbozó una sonrisa maquiavélica, satisfecho de que por fin hubiera aceptado cuál era el lugar que ocupaba en su vida. Para él aquella joven era de su propiedad, igual que el coche y la casa que tenía.

Volvió a sentir que la lujuria despertaba en su interior, avivada por el miedo que había aún en sus ojos, y por la certeza de que a pesar de temerlo lo deseaba.

—Y ahora… —murmuró tomándola por la cintura y atrayéndola hacia sí—… ¿por qué no me demuestras lo mucho que lo sientes?

Capítulo 1

Mientras caminaba bajo el sol de primeras horas de la mañana por entre las hileras de viñas, Alexandre se preguntó si no habría cometido un error al aceptar la invitación de su amigo Trace Ashton de alojarse en la finca. En ese momento le había parecido la opción más conveniente dado que en las siguientes semanas iba a pasar allí bastante tiempo, pero quizá se hubiera equivocado.

La noche anterior a su llegada la elegante Lilah Jensen, la madre de Trace, le había dado la bienvenida a su fastuoso hogar y le había mostrado cuál sería su habitación para que pudiese instalarse.

Spencer Ashton, el padre de Trace y dueño de la finca, no había hecho acto de presencia, pero no le había molestado en absoluto porque ya había tenido en otra ocasión el placer, por decir algo, de conocerlo, y el patriarca de la familia Ashton era un canalla arrogante con quien prefería tener el menor trato posible.

Había caído un pequeño chubasco unas horas antes y las hojas nuevas de las vides estaban aún perladas por gotas de lluvia. La floración ya había empezado, y cuando se detuvo un momento para examinar las plantas juzgó que pronto comenzarían a formarse las uvas.

Sin embargo, esa observación no lo distrajo de los pensamientos que lo habían ocupado hacía un instante. Aunque era madrugador, aquella mañana su sueño se había visto interrumpido por unos gritos en el pasillo seguidos de un portazo. Luego todo se había quedado en silencio de nuevo, pero por lo que había oído no era difícil deducir que el matrimonio de Lilah y Spencer hacía aguas, y después, el hecho de que al salir de la casa hubiese visto el coche de Spencer alejándose a toda velocidad Únicamente había reforzado su impresión.

No era que aquello tampoco lo hubiera sorprendido porque había visto matrimonios de conveniencia peores, pero a juzgar por la escena de la que sus oídos habían sido testigos, su estancia en la mansión Ashton podía resultar bastante desagradable.

Además, alojándose allí podía acabar viéndose envuelto en los problemas de la familia, y el sólo había ido allí para asesorar a Trace sobre cómo mejorar la producción vinícola de la finca; nada más. Hincó una rodilla en el suelo para tomar entre los dedos un poco de tierra y comprobar con las yemas de los dedos su calidad.

No podía decirlo a ciencia cierta, pero suponía que la tensa situación que había entre sus anfitriones se debía en gran medida al escándalo que había saltado a la prensa el mes anterior sobre un niño que según parecía era hijo ilegítimo de Spencer. Un hijo ilegítimo… como él, añadió para sus adentros, sintiendo ese resquemor que sentía

cada vez que pensaba en ello. Sintió lástima por aquel chico, por lo que tendría que pasar cuando tuviese la suficiente edad como para comprenderlo.

Él no estaba al tanto de ese tipo de chismes, pero a su madre le había parecido que era su deber informarlo de aquél en particular ya que concernía a la familia de su amigo. Alexandre sonrió al pensar en ella. Su madre, aun con sus faltas, había sido la única constante en su vida.

De pronto oyó un extraño ruido y por el rabillo del ojo le pareció ver algo a su izquierda que se movía. Irritado ante la perspectiva de ir a tener compañía resopló, preguntándose quién más se habría levantado tan temprano.

— ¿Por qué diantres haces ese ruido tan raro? —inquirió con frustración una voz femenina—. ¡Pero si ayer te hice una revisión completa!

Alexandre enarcó las cejas, se incorporó, y se dirigió al lugar de donde provenía la voz. Al ver a la joven a la que pertenecía, su irritación se convirtió de inmediato en placer.

Era más bien bajita, y también delicada, pero en absoluto falta de curvas. De hecho, cuando se acuclilló para comprobar la rueda delantera de su bicicleta, su bonito trasero se marcó a través de los gastados vaqueros que llevaba y el cabello, negro y liso, que le caía como una cortina de seda hasta la parte baja de la espalda, se movió de lado a lado, rozando esa parte de su anatomía.

— ¿Necesitas ayuda, mon amie?

Sobresaltada, Charlotte se giró tan rápido que casi dejó caer la bicicleta, y se encontró frente a sí al hombre más apuesto que había visto en toda su vida.

El extraño, cuyos ojos brillaron de un modo travieso, le tendió una mano.

—Perdón; no quería asustarte.

Charlotte tragó saliva y dejó que la ayudase a incorporarse. Aquel contacto hizo que un cosquilleo eléctrico le recorriera la espina dorsal y que las mejillas se le tiñeran de rubor. En cuanto estuvo de pie soltó su mano, aturdida por aquella inesperada sensación.

—Creo que no nos han presentado —le dijo el hombre con un acento tan deliciosamente francés que las rodillas le flaquearon—. Soy Alexandre Dupree.

Alexandre... Le iba bien aquel nombre, un nombre con fuerza y muy masculino para un hombre fuerte y viril.

Charlotte tuvo que tragar saliva antes de contestar porque la fascinación le había dejado la garganta seca.

—Yo... yo soy Charlotte —balbució.

—Charlotte... —repitió él. Pronunciado por aquel extraño, su

nombre, que era de lo más común, le sonó de repente exótico—. ¿Y qué estás haciendo por aquí tan temprano, petite Charlotte? ¿Trabajas en esta finca?

Quizá debería haberse sentido insultada porque la hubiera tomado por una empleada cuando era un miembro más de la privilegiada familia Ashton, pero lo cierto era que nunca había querido formar parte de ella.

—No —respondió aún aturdida.

Nunca había conocido a un hombre como aquél, que exudaba sexualidad por cada poro de su cuerpo. El sólo tenerlo frente a ella le hacía difícil respirar.

— ¿No? —repitió Alexandre con una sonrisa entre divertida y seductora—. ¿Quieres hacerte la misteriosa?

—Bueno, yo tampoco sé qué estás haciendo tú aquí —le espetó ella.

Su curiosidad superaba a su timidez. Hasta entonces había estado convencida de que era incapaz de experimentar cosas como el deseo y la pasión, pero con sólo sonreírle aquel extraño parecía haber despertado un volcán que hasta entonces hubiese permanecido inactivo en su interior.

Era como si, de algún modo, sin saberlo, hubiese estado esperando a aquel hombre desde el día en que se había convertido en mujer. No era de extrañar que hasta entonces ningún otro hubiese logrado tentarla. Ni uno solo de los hombres que había conocido le llegaban a la suela del zapato.

Sus ojos castaños estaban fijos en sus labios, y Charlotte quería decirle que dejara de mirarla así, pero las palabras sencillamente se negaban a salir.

—He venido para poner mis conocimientos a disposición de Trace Ashton, el hijo del dueño de la finca, para ayudarle a mejorar la calidad de los caldos que se hacen aquí.

De modo que se dedicaba al negocio del vino..., pensó Charlotte, que conocía muy bien la ambición que tenía su primo Trace de producir caldos de mayor prestigio.

Sin embargo, aquel hombre debía ser alguien importante, porque aunque iba vestido de un modo informal, con unos pantalones negros y una camisa blanca con las mangas enrolladas y el cuello abierto, se veía que era ropa de calidad, y su reloj de pulsera también parecía caro.

—Hacia dónde te diriges, ma chérie? —le preguntó siguiendo con la vista el camino de tierra en el que se encontraban—. ¿Te gustaría tener compañía? —le ofreció volviendo el rostro hacia ella y sonriéndole.

Charlotte lo miró con los ojos muy abiertos.

—N-no —balbució azorada por el embrujo de su sonrisa y la belleza pecaminosa de sus ojos—. Tengo... tengo que irme... llego tarde.

Se montó en la bicicleta y comenzó a pedalear, pero apenas avanzaba, y de nuevo empezó a oírse ese ruido metálico sordo.

Las mejillas se le tiñeron de rubor al recordar que era ése precisamente el motivo por el que se había parado. Se detuvo, e iba a bajarse del sillín cuando Alexandre se acercó a ella.

—Espera, creo que sé cuál es el problema.

Se acuclilló junto a la bicicleta y le hizo algo al reflector trasero. Al levantar el rostro y ver que ella tenía la cabeza girada hacia él, le explicó:

—Estaba un poco caído y rozaba en los radios de la rueda.

Sin saber por qué Charlotte volvió a sonrojarse y se sintió mortificada, pues se notaba las mejillas tan ardiendo que estaba segura de que ni el tono aceitunado de su piel habría logrado disimularlo.

—Gracias.

—No hay de qué —respondió él con una sonrisa divertida—. Bon vayage.

Charlotte tragó saliva y, tras girar de nuevo la cabeza hacia el frente, se puso en marcha de nuevo, muy consciente de que él seguía allí de pie tras ella, siguiéndola con la mirada. Sólo cuando se hubo alejado lo bastante volvió a respirar.

¿Había estado flirteando aquel extraño con ella? Por supuesto que no, qué idea tan absurda. Los hombres sensuales, sofisticados, y encantadores como Alexandre Dupree no flirteaban con jardineras tímidas como ella, se replicó mentalmente. Sin embargo, por primera vez en su vida, se encontró deseando que no hubiese sido sólo cosa de su imaginación.

A lo largo del día, a Alexandre le fue imposible dejar de pensar en el encuentro que había tenido por la mañana temprano. Con unas cuantas preguntas bien disimuladas había logrado enterarse de un par de cosas bastante sorprendentes.

La primera era que aquella tímida belleza era sobrina del dueño de la finca, y aunque su parentesco con los conflictivos Ashton debería haber bastado para quitársela de la cabeza, se sintió aún más intrigado por ella. Era una mujer que, por el mundo al que pertenecía, debería tener una gran facilidad para desenvolverse en sociedad, pero sin embargo en su presencia se había mostrado apocada y vergonzosa.

La otra cosa que había averiguado sobre ella era que estaba a cargo del invernadero de la finca.

Había sido Trace quien le había dado esa información de un modo casual, cuando le estaba enseñando unos planos de la propiedad.

—Este es el invernadero de mi prima Charlotte —le había dicho señalándole un lugar a unos cuatro kilómetros al este de la mansión—, ésta es su cabaña, y aquí está el estudio donde trabaja.

— ¿Un invernadero? —repitió Alexandre intentando no parecer muy interesado.

—Charlotte hace los arreglos florales para los eventos que se celebran en la finca —le explicó Trace—. Deberías ir a hacerle una visita —añadió con una sonrisa—; seguro que no le importaría enseñarte sus plantas. Son su orgullo.

— ¿Y cómo llego hasta allí? —inquirió Alexandre.

—Puedes llevarte uno de nuestros carritos de golf. Sólo tienes que seguir este camino hasta divisar el invernadero; no tiene pérdida.

Alexandre sonrió para sus adentros al imaginarse adentrándose en el territorio de aquella misteriosa joven. Quizá rodeada de sus flores se mostraría más relajada con él... más receptiva a las traviesas ideas que estaban empezando a formarse en su mente.

Alexandre estuvo ocupado con Trace durante toda la mañana, y hasta bien pasada la hora del almuerzo le fue imposible escaparse para ir a hacerle esa visita a Charlotte, pero hacia las tres de la tarde tomó un carrito de golf y se dirigió hacia sus dominios. Como le había dicho su amigo no le costó dar con el invernadero, que se divisaba al final de un camino de tierra, más allá de los viñedos.

Aparcó a unos metros, frente a la cabaña que le había mencionado Trace. Era de piedra y se alzaba en medio de un jardín cuajado de flores silvestres. Le recordaba a una de esas casitas de los cuentos de hadas, y le pareció que encajaba a la perfección con su dueña: pequeña y encantadora.

Justo detrás de la cabaña había un pequeño edificio con un letrero en el que decía: Arreglos Florales Ashton. Aquél debía ser el estudio.

Imaginando que Charlotte estaría en el invernadero se encaminó hacia allí, y fue como si todo su cuerpo suspirara cuando entró y la vio. Con la camisa rosa de manga corta que llevaba parecía una flor más de todas las que había a su alrededor.

Estaba de espaldas a él, sentada en un banco de madera, tenía puestos unos guantes de jardinería y parecía que estaba cambiando algunas plantas de maceta.

De pronto, aunque él no había hecho ningún ruido, giró el tronco hacia él con una pequeña pala en la mano.

— ¿Qué estás haciendo aquí? —inquirió frunciendo el entrecejo.

—He venido en busca de mi pequeña y misteriosa fleur.

Charlotte se sonrojó y dejó la pala sobre el banco.

— ¿Por qué?

— ¿Siempre eres tan directa?

Alexandre se acercó a ella aprovechando la ocasión para admirarla. Era más bien menuda, pero su figura era muy femenina. En el pasado había preferido a las mujeres altas, pero mirando a Charlotte no podía comprender por qué.

—Hace mucho calor aquí; ¿no te molesta? —inquirió.

—Es la temperatura que necesitan las plantas —contestó ella observándolo con recelo mientras se acercaba, igual que un cervatillo.

Cuando llegó junto a ella, los ojos de Alexandre se posaron en un cuaderno azul que había sobre el banco.

— ¿Qué escribes ahí? —inquirió con curiosidad.

Habría jurado ver un pánico repentino en los ojos de la joven.

—Es mi... mi diario de jardinería.

Obviamente debía haber malinterpretado su reacción.

—Aquí dentro huele a sol y a vida —murmuró inspirando profundamente y mirando en derredor.

— ¿Qué estás haciendo aquí? —repitió ella.

— ¿Acaso te desagrado, ma petite? —le preguntó Alexandre, preguntándose si por primera vez su instinto con las mujeres le habría fallado.

No le gustaba insistir cuando sentía que estaba de más en un sitio, y mucho menos con las mujeres. A las damas había que mimarlas, cortejarlas, seducirlas... no imponer su voluntad sobre la de ellas. Para su sorpresa, sin embargo, se encontró de pronto pensando que si aquélla no quisiera nada con él, le sería bastante difícil alejarse sin más. El rostro aceitunado de la joven se tiñó de un suave rubor.

—Yo no he dicho eso.

Oliendo ya cerca la victoria, Alexandre dio un paso más hacia ella, y le acarició con un dedo la mejilla.

— ¿Non?

—Yo... —murmuró ella, echándose hacia atrás—. Por favor, estoy trabajando.

—Y quieres que me vaya —concluyó él.

No era hombre que se diese fácilmente por vencido, pero no quería incomodarla más. Quizá hubiese adivinado desde un primer momento cuáles eran sus intenciones, y probablemente a sus treinta y cuatro años lo veía mayor. Además, mientras que ella era pura y hermosa como las flores de las que cuidaba, él hacía mucho tiempo que había perdido la inocencia.

Hizo una ligera reverencia y le dijo:

—En ese caso me marcharé. Perdona por haberte molestado.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta con una sensación de pérdida a la que no habría sabido encontrar explicación.

— ¡Espera!

Se detuvo y volvió la cabeza. Charlotte se levantó, fue junto a él y, sin atreverse a mirarlo a los ojos, le tendió una flor blanca.

—Ponla en tu habitación —le dijo—. Hará que huela a sol... y a vida.

Alexandre la tomó, sorprendido por el regalo y porque recordara

aquel comentario que había hecho hacía ya un rato.

—Merci, Charlotte. Creo que es la primera vez que me regalan una flor —murmuró acercándosela a la nariz para aspirar su perfume.

Una tímida sonrisa asomó a los labios de ella.

—De nada.

Aquello hizo que Alexandre recobrará la confianza en su capacidad de seducción. Parecía que a la pequeña Charlotte Ashton no le resultaba indiferente después de todo. Probablemente lo único que ocurría era que no se sentía cómoda con él, y lo cierto era que no entendía por qué. Era una mujer preciosa; tan exótica como las orquídeas que cultivaba en aquel jardín de cristal.

Además, él siempre había tenido éxito con las mujeres porque intuían que él las trataría con caballerosidad y con respeto, porque sabía que tras la frágil apariencia de muchas de ellas había una gran fortaleza.

Y aquella joven sin duda debía tener una gran fortaleza interior, porque siendo como era una Ashton, hacía falta valor y determinación para apartarse del camino marcado, para no haberse dedicado como sus primos a dar continuidad al negocio de la familia. A su madre le gustaría si la conociera.

—Háblame de esto —le pidió haciendo un ademán para señalar en derredor—, de tu trabajo.

Charlotte volvió a ruborizarse, pero al menos sobre ese tema no se mostró reacia a hablar.

—Bueno, como puedes ver cultivo de todo —le contestó—; desde margaritas hasta helechos.

Comenzó a caminar, mostrándole las distintas plantas, diciéndole sus nombres, y hablándole de los cuidados que requerían. Alexandre la seguía, pero siempre unos pasos por detrás de ella para dejarle espacio y que no se sintiera agobiada.

—Y esa planta de ahí es un hibisco que planté hace un año —le dijo señalando una maceta, pero se resiste a florecer.

Alexandre se rió.

—Quizá le pase como a ti, que prefiera seguir siendo un misterio.

Ella agachó la cabeza azorada.

—Yo no soy un misterio —replicó.

—Ya lo creo que lo eres —insistió él. Cuando Charlotte volvió a alzar el rostro, decidió arriesgarse—. Tengo que volver al trabajo y me temo que voy a estar ocupado todo el día, pero… ¿querrías cenar conmigo mañana?

—Ya… ya tengo planes —balbució ella—. Pero gracias por la invitación.

Alexandre habría querido acortar la distancia entre ellos y derretir su escudo con un ardiente beso, pero se contuvo.

—Ah, ma chérie, me partes el corazón. Pero quizá de hoy a mañana quieras reconsiderar tu respuesta, ¿non? Si cambias de idea estoy alojado en la mansión, así que puedes llamar allí y dejarme el recado si no estoy.

Y con esas palabras se volvió de nuevo y se dirigió a la salida del invernadero con el regalo que ella le había dado en la mano.

Ahora que tenía la seguridad de que no le desagradaba no iba a darse por vencido con aquella tímida florecilla. Si tan sólo supiera qué tenía que hacer para ganarse su confianza... Lo averiguaría, se prometió a sí mismo, la cortejaría, la seduciría, y haría que esos hermosos ojos castaños no volviesen a mirar jamás a ningún otro hombre.

Frunció el ceño ligeramente ante lo que implicaba aquel pensamiento. No tenía intención alguna de casarse; no cuando conocía tan bien lo inestable que era la institución del matrimonio. El problema, sin embargo, era que saltaba a la vista que Charlotte era de las que querían el «felices para siempre», y además se lo merecía; se merecía a alguien que la amase, la respetase, y la cuidase durante el resto de sus días.

Frunció el entrecejo aún más. ¿Por qué estaban yendo sus pensamientos en aquella dirección? Con las mujeres con las que había estado hasta entonces lo único que había buscado había sido satisfacer un deseo mutuo. La desconfianza de Charlotte hacia él indicaba sin duda que sabía muy bien que no era de los que se dejaban echar el lazo.

Sin embargo, cuando se proponía algo no cesaba hasta conseguirlo, y en ese momento sus miras estaban puestas en la dulce y menuda Charlotte Ashton.

Capítulo Dos

A salvo en el interior de su invernadero, Charlotte observó a través de la ventana cómo Alexandre se montaba en el carrito de golf y se alejaba.

—Oh, Dios —murmuró cuando finalmente lo hubo perdido de vista.

Aquel hombre era letal. Esos ojos castaños, esa encantadora sonrisa, y el modo en que la miraba, como si quisiese devorarla, formaban una combinación explosiva. Sin embargo, no comprendía por qué parecía querer seducirla cuando no era la clase de mujer detrás de la que iban los hombres como él.

Se quitó los guantes, los arrojó sobre el banco, y frotó nerviosa las manos en las perneras de los vaqueros. Tragó saliva, pensando qué pasaría si aceptase a pesar de todo su invitación a cenar, pero al instante descartó la idea. ¿Cómo iba a hacerlo cuando sabía que, a menos que hablasen de plantas, apenas sería capaz de pronunciar dos palabras?

Al recordarse sus propias limitaciones sintió una punzada de dolor. Probablemente era la única Ashton incapaz de desenvolverse con naturalidad en el mundo de sofisticación y complejas normas sociales en el que se movían. Ese era el motivo por el que se refugiaba en sus plantas, porque no esperaban de ella otra cosa más que sus cuidados.

Sabía naturalmente que en parte esa falta de desenvoltura era culpa de ella. Si hubiese seguido viviendo en la mansión su tía Lilah podría haberla instruido en esa clase de cosas.

«Sí, claro», pensó Charlotte con sarcasmo, apretando los labios. Seguro que a Lilah le habría encantado enseñarle a ella, una mocosa mestiza, a conducirse en sociedad. Charlotte sabía muy bien que siempre había detestado que su esposo la hubiese cargado con la responsabilidad de criarlos a su hermano Walker y a ella.

Walker, que admiraba ciegamente a su tío Spencer, nunca se había percatado de ese sutil odio que destilaba hacia ellos. Charlotte sí, y se había sentido muy desgraciada porque a lo largo de su niñez y adolescencia había estado necesitada de una figura materna.

Sacudió la cabeza y volvió al banco para retomar su trabajo. Quizá podría pedirle consejo a su prima Jillian, se dijo mientras se ponía de nuevo los guantes. En realidad no era exactamente su prima, sino hermanastra de sus primas, pero era tan agradable y comprensiva que desde que se habían conocido poco a poco había empezado a confiarle cosas que no le había confiado a nadie más... como su convicción de que su madre aún vivía.

En los últimos meses esa convicción se había vuelto más y más fuerte a raíz de los escándalos que habían surgido en torno a su tío. Si había sido capaz de ocultar que había tenido un matrimonio anterior y

que había dejado embarazada a una joven, ¿no podría haber mentido también cuando le había dicho que su madre había muerto?

«Vamos, céntrate en el trabajo», se dijo recordándose que aquello no la llevaba a ningún sitio. Sabía exactamente cuál era la razón por la que una y otra vez su mente volvía sobre esos pensamientos. No era porque no supiera cómo continuar la búsqueda que había iniciado, sino porque tenía miedo de seguir adelante.

Lo que había averiguado podía cambiar su vida para siempre, pero el tener que hacer aquello sola, sin el apoyo de nadie, la aterraba.

Seguro que Alexandre Dupree no le temía a nada, se dijo, incapaz también de impedir que sus pensamientos volvieran a aquel encantador francés que había irrumpido de pronto en su vida.

El tenía todas las cualidades que ella no tendría nunca. Exudaba carisma por los cuatro costados, era bello y peligroso como un leopardo al acecho, y su sensualidad, que por sí sola era hipnotizadora, combinada con la inteligencia que se adivinaba en su mirada, lo convertía en el hombre más fascinante que había conocido jamás.

Aquella mañana, después del incidente de la bicicleta, se había conectado a Internet al llegar a la cabaña y había investigado un poco acerca de él. Entre las cosas que había averiguado estaba el hecho de que era uno de los productores de vino más afamados del mundo, y la razón de que hasta entonces no hubiera oído su nombre era que ella vivía demasiado metida en su mundo y se interesaba poco por todo lo que no tuviera que ver con las plantas.

Y no sólo se dedicaba al negocio del vino, sino que además era rico; inmensamente rico. Aparte de la pequeña bodega que poseía en su país, también era el propietario de unos cuantos restaurantes exclusivos. Probablemente le habría parecido que la hostelería sería un buen método para dar a conocer sus vinos. ¿Qué mejor manera que ofrecer platos de alta cocina acompañados de esos afamados caldos?

Pero lo que lo hacía verdaderamente extraordinario era que el éxito no se le hubiera subido a la cabeza, y que estuviera dispuesto a compartir sus conocimientos con otros como demostraba el hecho de que hubiera ido allí para asesorar a Trace.

Y por si su fortuna y sus cualidades como empresario no hubieran bastado ya para intimidarla, Charlotte había encontrado también en Internet varias imágenes de él en distintos eventos públicos, como por ejemplo en el festival de Cannes, donde había sido fotografiado en varias ediciones consecutivas acompañado siempre por alguna fémina de piernas kilométricas, muy elegante, y con un vestido de infarto.

Aquellas mujeres no sólo le sacaban varios centímetros a ella, sino que además llevaban impresa la palabra «distinción» en sus perfectos perfiles, en la elegancia natural que parecía transpirar por cada poro de

su cuerpo, en la gracia de sus movimientos...

Irritada consigo misma por no poder dejar de pensar en él, Charlotte cambió de maceta la última planta, recogió sus utensilios de trabajo y se fue a la cabaña a darse una ducha con la esperanza de que eso le despejara la mente.

Quince minutos más tarde salía del baño envuelta en un albornoz blanco. Al entrar en el dormitorio se detuvo frente al espejo de pie para peinarse el húmedo cabello, pero sus ojos no veían a la mujer en la que se había convertido, sino a la chica tímida y apocada que había sido.

Incapaz de adaptarse por completo al estilo de vida de sus tíos, había ido encerrándose poco a poco en sí misma cuando su hermano Walker había empezado a pasar más y más tiempo con Spencer. Para ella había sido casi como si su tío le hubiese robado a su hermano... igual que le había robado a su madre.

En ese momento sonó el teléfono y Charlotte se llevó tal susto que se le cayó el peine.

— ¿Diga? —contestó algo aturdida cuando descolgó el aparato.

—Ma chérie, ¿qué te ocurre?

Todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo se pusieron en estado de alerta al oír aquella voz masculina.

—N-nada.

Hubo una pausa.

— ¿Has cambiado de idea respecto a cenar conmigo mañana?

Aquellas palabras en sí no tenían nada de seductoras, pero con su tono las convirtió en una caricia más que en una pregunta.

Charlotte sabía que debería recriminarle que continuara hablándole con esa familiaridad, pero no fue capaz.

—Yo... —comenzó vacilante.

La tentación de decir que sí era casi superior a sus fuerzas, pero el miedo le impidió hacerlo. No sabía cómo podría ponerse al nivel de un hombre así cuando sólo en su imaginación podía llegar a ser lo bastante sofisticada e ingeniosa para no sentir inferior a el.

—No.

Alexandre suspiró, como si le hubiera partido el corazón.

—En ese caso... ¿quizá podría persuadirte simplemente para dar un paseo?

— ¿Un paseo? —repitió ella.

Al notarla vacilar, como si intuyese que la victoria estaba cerca, Alexandre le dijo en un tono seductor:

—Me pasaría por tu cabaña mañana sobre las seis y podríamos dar un paseo por los viñedos. Di que sí, Charlotte... por favor.

La joven notó que le sudaban las palmas de las manos.

—Está bien —murmuró sin poder dar crédito a su propia temeridad.

—Estupendo. Hasta mañana entonces. Buenas noches, Charlotte.

Que duermas bien.

Cuando colgó, la joven se preguntó cuántas mujeres más habrían escuchado esas últimas palabras en una situación más íntima. Probablemente unas cuantas, se respondió, porque a un hombre tan sensual como Alexandre seguramente no le faltarían compañeras de cama. Recogió el peine del suelo y siguió peinándose el cabello diciéndose que tenía que dejar de pensar en él. Sus sueños, por desgracia no podría controlarlos.

Alexandre pasó la mayor parte del día siguiente con James, el encargado de las bodegas, haciendo una visita a las instalaciones.

Le hizo un cuestionario completo acerca de la madera empleada en los barriles que usaban para envejecer los vinos, su tamaño, el sistema electrónico de regulación de la temperatura y la humedad, los tanques de fermentación, y otros aspectos técnicos sobre los que necesitaba informarse bien para poder conocer los puntos fuertes y débiles de su método de producción y asesorarlos mejor.

Cuando finalmente dejó a James apenas le quedó tiempo para darse una ducha rápida antes de ir a la cabaña de Charlotte. Para su satisfacción la encontró esperándolo fuera cuando llegó.

Se dirigió hacia ella con paso calmado, tomándose tiempo para admirarla. Llevaba puestos unos vaqueros gastados, pero también una blusa blanca de manga corta con adornos de encaje que la hacían muy femenina y seductora.

—Bonjour, Charlotte.

La joven estaba observándolo con cierta cautela.

—Hola.

— ¿Nos vamos?

A otra mujer le habría puesto una mano en el hueco de la espalda al hacerle esa pregunta, o habría hecho que enlazase su brazo con el suyo, pero con Charlotte tenía la sensación de que incluso algo tan inocente podría ser para ella «ir demasiado rápido».

Tras un breve instante de vacilación la joven echó a andar junto a él por el camino de tierra que solía recorrer con su bicicleta para ir a la mansión.

—Debes saber mucho acerca del cultivo de la vid y la elaboración del vino habiendo crecido aquí —comentó él, intentando mantener un tono neutro a pesar de la tensión sensual que vibraba entre ellos.

Charlotte se encogió de hombros, y algo en su expresión le dijo a Alexandre que no le gustaba hablar del mundo en el que habitaba.

—En realidad no —le respondió alzando la vista hacia él—. La verdad es que no es algo que me haya interesado nunca; aunque lógicamente me he ido enterando de muchas cosas a lo largo de los años.

—Entonces… ¿sólo te interesan las flores? —inquirió Alexandre deteniéndose.

Ella se paró también.

—Bueno, no sólo; pero sí, es lo que más me interesa —respondió ella esbozando una sonrisa—. Sin embargo, he de admitir que me encantan los viñedos en esta época del año.

— ¿Y eso por qué? —inquirió él en un tono quedo.

Parecía que se estaba relajando y no quería que volviera a ponerse a la defensiva.

—Pues porque es cuando las vides vuelven a la vida —murmuró Charlotte rozando con la punta de los dedos los bordes de una hoja nueva.

Alexandre sintió que una ráfaga de deseo lo invadía. ¿Tendrían sus caricias esa misma dulzura?

—La primavera es como un nuevo comienzo, y hay tantas posibilidades flotando en el aire… —añadió Charlotte.

—Es verdad —asintió él, cautivado por esos destellos de la mujer sensible y apasionada que había bajo esa apariencia apocada—; las posibilidades son infinitas.

Las mejillas de la joven se tiñeron de un suave rubor, y de pronto Alexandre supo que se había dado cuenta de que ya no estaban hablando de las vides.

Para su sorpresa, Charlotte no volvió a esconderse dentro de su caparazón.

—Pero las elecciones que hagamos ahora tienen que ser las correctas —apuntó—, porque de otra forma podría dañarse la cosecha.

—Supongo que tienes razón —respondió él, gozoso de que al menos estuviera dispuesta a considerar una posible relación entre ellos—, pero a veces uno tiene que arriesgarse.

—Puede, pero es más seguro seguir el camino conocido.

Las comisuras de los labios de Alexandre se arquearon ante aquel desafío.

—Cuando uno sigue el camino conocido se consiguen vinos de una calidad aceptable, pero yo creo que se debe aspirar a más, a lograr caldos con cuerpo, que sean una sinfonía de aromas y distintos sabores que deleiten los sentidos. ¿Tú no, chérie?

—Sí, claro que sí —respondió ella. Su tono había sonado sensual y soñador, y Alexandre se deleitó en la convicción de que lo habían provocado sus palabras—… aunque como he dicho yo no sé mucho de vinos.

—Yo puedo enseñarte todo lo que quieras saber —le dijo él—. Sólo tienes que preguntar.

Ella entreabrió los labios, como si fuera a decir algo, y de pronto fue como si alguien hubiera descorrido una cortina y hubiera quedado al

descubierto la atracción que había entre ellos. Charlotte lo miró con los ojos muy abiertos pero no retrocedió como Alexandre había esperado que hiciera, y su boca parecía estar invitándolo a que la besara.

Alexandre se había dicho que tenía que ser paciente, que tenía que seducirla, no presionarla, pero en ese momento, igual que una gran ola, el deseo estaba cerniéndose sobre él, y se olvidó de sus buenas intenciones.

Extendiendo una mano, la tomó por la mejilla, inclinó la cabeza, y cuando los labios de la joven se entreabrieron un poco más el poco autocontrol que le quedaba se desintegró.

El beso, para sorpresa de Alexandre, resultó increíblemente sensual en contraste con la inocencia que había en los ojos de Charlotte y se sintió embriagado por él. Como si de un vino se tratase, en un principio se había dicho que sólo probaría un sorbo, pero de pronto se encontró haciendo el beso más profundo, y a ella respondiéndole con fruición.

Sin embargo, por desgracia, aquel momento mágico duró muy poco. Charlotte emitió un gemido ahogado y se apartó de él.

— ¿Qué...? —balbució mirándolo confundida, palpándose los labios con los dedos de una mano temblorosa; la otra sobre su pecho.

Alexandre comprendió que no estaba preparada para las implicaciones que se derivaban de la sorprendente sensualidad que había destilado su primer beso. Si a él, que era experimentado en las lides amatorias, lo había dejado aturdido, era normal que ella estuviese mirándolo como si la tierra se hubiese abierto bajo sus pies.

—Ha sido un beso nada más —respondió él manteniendo las manos junto a los costados, aunque se moría por tomarla por la cintura.

Su intención había sido únicamente calmarla, pero se dio cuenta de que había metido la pata al ver la expresión dolida en los ojos de ella antes de que retrocediera un paso, apartándose de él.

—Me temo que se ha equivocado usted conmigo, señor Dupree —le dijo. Había lágrimas en sus ojos, pero su voz sonó firme—. Búsquese a otra mujer a la que darle besos que no signifiquen nada; yo no voy a servirle de entretenimiento mientras esté aquí.

—Charlotte... —murmuró él.

Se preguntó si habría reaccionado de otro modo si le hubiese dicho la verdad; que, aunque apenas se conocían, la deseaba como no había deseado jamás a ninguna otra mujer.

—No —le cortó ella dando otro paso hacia atrás—. No digas nada; la culpa es mía por no haberme negado cuando me llamaste.

Aquellas palabras lo hirieron como el filo de un cuchillo.

—No tengo intención de hacerte daño —le aseguró—; yo jamás te haría daño.

—Pero, aunque no lo pretendas, es lo que acabáis haciendo siempre

los hombres como tú —mascullό ella.

Y sin darle tiempo a contestar, se giró bruscamente sobre los talones y se dirigió de vuelta a la cabaña.

Alexandre podría haberla seguido y haberle dado alcance en cuestión de segundos, pero sabía que no le habría servido de nada porque Charlotte se negaría a escucharlo.

En aquel intento de protegerla lo único que había conseguido había sido herirla en su orgullo.

Sin embargo, todavía le escocían las últimas palabras que le había dicho. ¿Por qué clase de hombre lo tenía? ¿Lo habría puesto acaso en la misma categoría que a su tío Spencer?, se dijo irritado. Se metió las manos en los bolsillos del pantalón y echó a andar de regreso a la mansión. Ya le pediría a alguien que fuese allí el día siguiente a recoger el carrito de golf. En ese momento lo que necesitaba era hacer un poco de ejercicio para liberar sus frustración.

Capítulo Tres

Tras haberles dado a ambos aquella noche para calmarse, Alexandre tenía intención de ir a hablar con Charlotte esa misma mañana y aclarar las cosas, pero cuando bajó a desayunar Trace le dijo que quería que fueran juntos a los viñedos para discutir con él sobre el terreno el estado del suelo y de las vides, y que por la tarde harían una cata de los vinos producidos en la finca.

Alexandre, que prefería no revelar el interés que tenía en Charlotte por temor a complicar más la situación, no puso ninguna objeción.

Sin embargo, aun estando con su amigo en varios momentos se encontró pensando en la joven. Ninguna mujer lo había afectado jamás como lo hacía ella, y no estaba seguro de que le gustase aquella especie de obsesión, pero sí de que quería tener a la fascinante Charlotte entre sus brazos.

Cuando finalmente se vio libre de sus obligaciones tomó un carrito de golf y se dirigió a la cabaña aunque estaba empezando a atardecer. Para su sorpresa las luces de la cabaña estaban apagadas y, frunciendo el ceño, Alexandre se dirigió al invernadero preguntándose si aún estaría trabajando.

Sin embargo, aunque la puerta estaba entreabierta y había una luz encendida, tampoco estaba allí. Iba a salir cuando algo llamó su atención. Sobre el banco de madera estaba el cuaderno azul en el que le había dicho que hacía apuntes sobre su trabajo.

Pensando que no le gustaría que se mojase cuando saltase el sistema de aspersión, lo tomó y se lo metió en el bolsillo interior de la chaqueta.

Cuando salió le sorprendió ver una luz encendiéndose en la cabaña. Fue hasta allí y llamó con los nudillos.

Al cabo de un rato la puerta se abrió.

— ¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Charlotte mirándolo de un modo poco amistoso.

Alexandre sintió deseos de apretarla contra su pecho y decirle que nunca más volviera a hacerle una pregunta tan tonta. Si había creído que iba a darse por vencido tan fácilmente, estaba muy equivocada.

Sin embargo, acostumbrado como estaba a mantener bajo control sus emociones, se apoyó en el marco de la puerta y ella, como había esperado, dio un paso atrás.

—He venido a verte, ma petite. Ayer te fuiste enfadada... y no era mi intención causarte dolor.

—No lo hiciste —replicó ella—. Estoy bien.

Alexandre extendió una mano y la tomó de la barbilla.

— ¿Dónde has estado?, ¿cómo es que no nos hemos visto cuando venía camino de aquí?

Charlotte volvió a retroceder.

—No es asunto tuyo.

Tenía mucha razón, pensó Alexandre. El enfado había dado a Charlotte una confianza en sí misma que no había mostrado en sus anteriores encuentros, pero esa mujer cabezota le resultaba aún más atrayente.

—Me he preocupado cuando he llegado y no estabas aquí.

La mirada de la joven se suavizó.

—Pues no tenías por qué haberlo hecho; había ido a la ciudad a hacer unas compras, y probablemente no me has visto porque he venido por los viñedos en vez de por el camino.

— ¿Has venido desde la ciudad y has atravesado los viñedos en tu bicicleta a estas horas con la poca luz que hay ya?

Era una distancia considerable.

—Cuando salí de la ciudad aún no había empezado a atardecer, y en cuanto a los viñedos… conozco estos terrenos como la palma de mi mano.

Su respuesta no lo satisfizo.

—Charlotte, si no fuera un hombre paciente te daría una buena reprimenda por esa temeridad. No sabes nada acerca de los jornaleros que están trabajando en la finca y que pueden andar rondando por ahí —le espetó.

No había una relación entre ellos y por tanto no tenía sentido que se irritase, pero apretó los dientes y se dijo que pronto pondría remedio a aquello, que vencería la reticencia de Charlotte, la haría suya, y cuidaría de ella como merecía que la cuidasen.

— ¿Tú?, ¿un hombre paciente? —masculló ella.

La preocupación que había mostrado parecía haber aplacado un poco su enfado, y cuando tomó su mano y entrelazó sus dedos con los de ella, Charlotte no hizo intención de soltarse.

—Tengo la paciencia de un santo —le dijo él con socarronería—. Si no fuese así no estaría haciéndote la corte y te habría raptado para llevarte al chalet que tengo en las montañas de Suiza.

Charlotte estaba mirándolo fascinada, y Alexandre inclinó la cabeza hasta que sus labios casi se tocaron para susurrarle:

—Y cuando estuviéramos allí solos te haría cosas que te harían derretirte de placer.

Se quedó callado un instante cuando la oyó emitir un gemido de asombro, y luego continuó.

—El beso de ayer no fue sólo un beso, y los dos lo sabemos. Perdóname por decir lo contrario; lo hice sólo porque creí que estarías pensando que iba demasiado rápido. Vamos, chérie, di que me perdonas.

Charlotte sintió como si la seductora voz de Alexandre acariciara

cada una de sus terminaciones nerviosas, haciendo que un cosquilleo eléctrico recorriera todo su cuerpo.

Estando como estaban sus labios sólo a unos milímetros de los de él, cometió el error de alzar la vista hacia sus oscuros y enigmáticos ojos y vio en ellos un posesivo brillo de deseo que la llenó de temor.

Por muy atraída que se sintiese por él, nunca podría llegar a ser la clase de mujer que Alexandre esperaría que fuera: una mujer con una confianza apabullante en su capacidad de seducción; una mujer dispuesta a aceptar la invitación que había en sus ojos de unirse a él en la más íntima de las danzas.

—Por favor... —le susurró poniéndose tensa al sentir cómo el deseo estaba apoderándose de ella—. Por favor, márchate.

«No, quédate», susurró en cambio su corazón. «Quédate», gimió su cuerpo, «quédate...». Pero por supuesto esas palabras no cruzaron sus labios.

—Charlotte —dijo él negándose a soltar su mano—, ¿de verdad me tienes por un hombre que sería capaz de hacer daño a una mujer?

El tono dolido de su voz la conmovió.

—No —respondió—, pero tú... tú eres de esos hombres que tientan a las mujeres.

—Déjate tentar entonces —murmuró Alexandre.

En su voz desde luego había tentación, pensó ella, y el fuego de sus ojos era pura brujería. Luchando con todas sus fuerzas contra la atracción sensual entre ellos, Charlotte liberó su mano e hizo ademán de cerrar la puerta.

—Lo siento, pero no puede ser.

Se sintió como una cobarde al pronunciar esas palabras, pero, ¿cómo iba a confesarle que el deseo que sentía por él era tan intenso que la asustaba?

— ¿Por qué no? —inquirió él obstinadamente, negándose a quitarse de donde estaba para que pudiera cerrar.

Charlotte tragó saliva antes de responder.

—Porque tú no puedes darme lo que necesito —le dijo—; no podrías llegar a ser nunca la clase de hombre que necesito.

Y a su parecer verdaderamente era imposible, porque ella quería a un hombre que fuese capaz de renunciar al control, y dudaba que alguien tan dominante como él estuviese dispuesto a hacer algo así.

Además, aun en el caso de que sí lo estuviese, todavía estaría la cuestión de su propia inexperiencia y su falta de sofisticación.

Las atractivas facciones de Alexandre se ensombrecieron.

—No podrías haber sido más clara aunque te lo hubieses propuesto —dijo—. Perdóname por haberte molestado —añadió antes de dar un paso atrás—. Buenas noches.

Charlotte lo vio darse media vuelta y alejarse pero no dijo nada.

Quizá fuese una cobarde, pero… ¿era cobardía querer evitar la humillación que supondría el que Alexandre se diese cuenta de que no era lo que había imaginado?

Alexandre salió de la finca Ashton en el coche que había alquilado, un Ferrari negro, y se dirigió a la bahía de San Pablo.

Charlotte le había pedido que se fuera; le había dicho que él no podría ser nunca el hombre que necesitaba. Nunca lo habían rechazado de un modo tan directo, y se sentía como si le hubiese arrancado el corazón.

Por primera vez en su vida el escudo emocional que había usado para protegerse no sólo se había resquebrajado, sino que se había roto en mil pedazos, y ni siquiera sabía cómo había pasado. Hasta ese momento había creído sinceramente que la atracción que sentía hacia la joven era correspondida, pero era obvio que había estado engañándose, cosa que detestaba.

Ir con la verdad por delante había sido lo más importante para él porque lo habían obligado a mentir siendo muy niño, y aunque hubiesen sido mentiras por omisión, aquello le había hecho sentirse muy mal, así que desde entonces nunca se había permitido volver a mentir a nadie, ni mucho menos mentirse a sí mismo.

Sus ojos se posaron en el cuentakilómetros cuando tomó una curva de la carretera. Maldijo entre dientes y redujo la velocidad. Resultaba tentador pisar a fondo el acelerador para desahogarse cuando uno estaba irritado, pero nunca se lo perdonaría si fuese el causante de un accidente, así que buscó un sitio para detenerse y calmarse un poco.

Al cabo de unos minutos divisó una pequeña colina, subió por ella con el coche y se salió de la carretera, pero, aunque se detuvo, dejó el motor en marcha. Se desabrochó el cinturón de seguridad, abrió la puerta, y se bajó del vehículo para estirar las piernas y aspirar el aire fresco de la noche.

Se metió las manos en los bolsillos de los pantalones, y de pronto notó algo pesado dentro de su chaqueta. Frunciendo el entrecejo introdujo la mano en el bolsillo interior, y se encontró con el cuaderno de Charlotte. Se había olvidado por completo de él.

Tragó saliva, lo abrió, y se colocó delante del coche para aprovechar la luz de los faros, curioso por saber qué escribiría la joven sobre sus plantas. Lo cierto era que aquella fascinante criatura lo tenía tan intrigado que quería saberlo todo acerca de ella.

Su letra era redondeada, pero también elegante, y Alexandre se descubrió a sí mismo siguiendo el trazo de una palabra con la yema del índice como si pudiera sentir en la tinta a Charlotte. Incapaz de leer bien con las luces bajas de los faros, se sentó de nuevo en el interior del vehículo y encendió la luz sobre su asiento.

Amado mío, leyó en la parte superior de la página. Aquellas dos palabras lo golpearon como un puño, y si hubiera seguido de pie estaba seguro de que las rodillas le habrían cedido. Su inocente y dulce Charlotte... ¿tenía un amante?, ¿un amante al que le escribía cartas? ¿Sería aquélla una copia de una de esas cartas que guardaba para sí?

Sabía que aquello no era de buena educación, que debería dejar de leer, pero no podía; no cuando la bestia posesiva que había en su interior estaba rugiendo de indignación. En menos de dos días, aunque apenas la conocía, había llegado a considerarla suya, y no quería compartirla con nadie.

Amado mío:

¿Serás tierno conmigo la primera vez que hagamos el amor? ¿Comprenderás que para mí es algo más que la unión de dos cuerpos, más que simple placer más que algo físico?

Nunca yacería contigo si no te adorara.

¿Que si te amo, me preguntas? He visto tanto dolor y tanta traición en esta familia que ya no estoy segura de saber lo que es el amor pero sí puedo decirte que si yaciera contigo podrías afirmar sin lugar a dudas que significa que me importas... y mucho.

Con los bordes del cuaderno casi estrujados entre sus dedos, Alexandre miró la fecha. Era casi de hacía seis meses. Probablemente Charlotte y su amante ya habrían consumado su relación. Pasó la hoja.

Amado mío:

Siempre he sido una buena chica... excepto en mis fantasías. Claro que por supuesto eso tú ya lo sabes. Sabes que en esas fantasías soy otra persona, otra Charlotte, salvaje e indómita, y algo traviesa. En mis fantasías hago cosas de las que ni siquiera me atrevería a hablar no ya a plena luz del día, sino tampoco a la luz de la luna.

En mis fantasías soy una mujer sensual, tan seductora como las sirenas de las leyendas, sólo que yo no atraería a los hombres hacia su destrucción, sino al placer más absoluto.

Alexandre sintió que estaba excitándose, y las últimas palabras permanecieron en sus retinas aun cuando cerró los ojos, como si hubieran quedado grabadas a fuego en ellas.

Volvió a reprocharse que aquello era una invasión flagrante de su privacidad, que debería dejar de leer, pero la necesidad de aceptar la verdad, aunque dolorosa, de que Charlotte pertenecía a otro, lo impelió a continuar y fue pasando una página, y otra, y otra...

Los celos estuvieron a punto de hacerle cerrar el libro, pero no pudo resistirse a buscar la última entrada en el diario; la más reciente.

Necesitaba saber si él había tenido algún impacto sobre ella, si su beso no había significado nada en comparación con la adoración que sentía por ese amado suyo. Pasando las hojas encontró la última entrada que había escrito. Estaba fechada dos días atrás, el día que se

habían conocido.

Amado mío:

Hasta hoy nunca tuviste rostro...

Alexandre abrió los ojos como platos.

..., nunca tuviste nombre. Únicamente existías en mi imaginación; eras mi creación, la clase de amante que quería, y como tal me he pasado todo este tiempo modelándote, eliminando las cosas de ti que no me gustaban. Eras un hombre creado sólo para mí, cuyo único objetivo era dar satisfacción a mi placer.

—Ya lo creo que lo haría, ma chérie —murmuró Alexandre.

Pero hoy, de pronto tienes rostro y tienes voz. Con ese acento delicioso te bastaría para seducirme. Te imagino susurrándome cosas al oído mientras yacemos juntos hechos una amalgama de miembros, en el más íntimo de los abrazos. Y tu voz al hablar hace que un cosquilleo me recorra la espalda y que me derrita por dentro.

El corazón de Alexandre latió con fuerza. ¿Estaría equivocándose al pensar que con aquello del acento se refería a él? Inspiró profundamente y continuó leyendo.

Al mirarme en tus ojos sé que estoy perdida sin remisión, que soy tuya. Eres tan tentador, tan seductor... tan increíblemente masculino y tan apuesto que me robas el aliento. Sé que no puedo ser la mujer que necesitas, pero daría lo que fuera por intentar serlo.

Cuando veo el fuego en tu mirada casi llego a creer que puedo ser la mujer que crees que soy, la mujer que fantaseo que soy... una mujer que abraza sin miedo la pasión que la desborda.

A Alexandre se le hizo un nudo en la garganta y sintió una punzada de ternura. ¿Cómo podía Charlotte dudar de su propia sensualidad cuando no tenía ninguna razón?

Incluso ahora vacilo al querer escribir tu nombre por temor a tentar a los Hados y que te aparten de mi lado. Ansío verte, tocarte, escucharte... pero cuando vienes a mí no puedo evitar salir huyendo. Supongo que una parte de mí reconoce al depredador que hay en ti, y no estoy segura de estar preparada para ser tu presa y dejarme atrapar... Alexandre.

Alexandre sintió que se le cortaba el aliento y que los latidos de su corazón se disparaban. ¿Quién habría dicho que la tímida y recatada Charlotte tenía unas fantasías tan ardientes?

Quería hacerlas realidad; todas y cada una de ellas; satisfacerla. Tenía bastante control sobre sí mismo, y no le costaría nada prestarse a los juegos de cama que ella le propusiera. Sin embargo, para eso tendría que confiar en él, y hasta el momento no lo había conseguido.

En sus fantasías era el amante que anhelaba, pero tal y como había escrito en su diario, cuando iba a ella en la realidad huía atemorizada.

Esa noche, sin ir más lejos, lo había rechazado con tal crudeza, que si no hubiese leído su diario habría creído que no sentía nada por él.

¿Por qué había tanta diferencia entre sus fantasías y la realidad? Frunciendo el ceño decidió que tendría que leer el diario entero. Quizá un caballero se lo habría devuelto sin espiar sus contenidos, pero si quería conquistarla no podía comportarse como un caballero.

Capítulo Cuatro

Charlotte estaba frenética. No conseguía encontrar su diario por ninguna parte. Había buscado en cada rincón de la cabaña sin éxito, y el pánico estaba a punto de hacerla hiperventilar. ¿Y si alguien leyese lo que había escrito en él?

De pronto, como un rayo de sol que penetrara por entre una masa de negros nubarrones, recordó que había estado escribiendo en él la noche después de la primera visita de Alexandre al invernadero. Salió de la casa y corrió hacia allí... para detenerse en seco a unos pasos al ver apoyado en la pared de cristal al hombre que había estado atormentándola en sueños.

—Parece que tengas mucha prisa, Charlotte.

La joven apartó con dificultad la vista de sus sensuales labios y tragó saliva.

—Es que tengo que comprobar algo en mi... en mi diario de jardinería.

A Charlotte le pareció ver cruzar un brillo suspicaz por su mirada, pero cuando sus labios se curvaron en una sonrisa se dijo que debía haberlo imaginado.

—Adelante —le dijo Alexandre empujando la puerta del invernadero y sosteniéndosela para que pasara.

Charlotte entró y encontró el diario justo en el sitio donde recordaba haberlo dejado. Alexandre había entrado tras ella, y se dijo que era una suerte que no se le hubiera ocurrido entrar antes. ¿Qué habría pasado si hubiese leído las cosas que había escrito en él? Se sonrojó de sólo pensarlo. Probablemente se habría desternillado de la risa al leer sus fantasías, al leer las cosas de las que se creía capaz en sus sueños.

— ¿Querías algo? —le preguntó volviéndose hacia él.

Sin pretenderlo, su voz había sonado vacilante, queda, y es que una vez más su presencia había logrado romper la calma que tanto le había costado conseguir en aquel mundo en el que no acababa de encajar. Se sentía molesta con él por eso, pero no pudo evitar que sus ojos se deleitaran en él, y que su cuerpo suspirara de alivio.

Después de lo que le había dicho la noche anterior había creído que no volvería a verlo, y aunque su incapacidad para mantenerlo a distancia la confundía, también la aterraba que saliera de su vida porque dudaba que pudiera volver a encontrar a otro hombre que pudiera compararse a su amante imaginario.

—Sí, quería hacerte un encargo de trabajo.

A la aturdida mente de Charlotte le llevó un rato procesar esas palabras.

— ¿Un... encargo? ¿Vas a dar una fiesta, o algo así?

A pesar de todo se obligó a sacar una libretita y un bolígrafo del bolsillo trasero de su pantalón y dejó el diario sobre el banco de madera.

— ¿No vas a anotarlo en tu cuaderno de jardinería? —inquirió él.

A Charlotte le pareció sospechosa la expresión neutral que había en su rostro y también el tono desinteresado que había empleado. Por un instante se quedó muy quieta, aterrada, preguntándose si después de todo no habría leído quizás su diario, pero se dijo que era absurdo, que debía estar paranoica.

—El cuaderno lo… lo uso únicamente para anotaciones sobre las plantas, no para apuntar los encargos que me hacen —le contestó—. Bueno, ¿qué es exactamente lo que querías, y para cuándo?

—Sería un ramo para un regalo —le explicó Alexandre en un tono puramente de negocios—, y necesitaría que estuviera listo para esta noche. Sé que es poco tiempo, pero estoy dispuesto a pagarte el doble de lo que suelas cobrar —añadió sacando una chequera del bolsillo interior de su chaqueta.

¿El hombre de sus sueños quería que le hiciera un ramo para dárselo a otra mujer? Charlotte sintió que se le caía el alma a los pies.

—No hago encargos de ese tipo —respondió.

— ¿Y no podrías hacer una excepción con un amigo de la familia?

Una vez más Charlotte se vio sorprendida por el tono impersonal que empleó. ¿Qué había sido del encanto que había derrochado con ella los dos días anteriores? Según parecía se había tomado muy en serio lo que le había dicho de que la dejara tranquila, y probablemente no volvería a intentar nada con ella.

— ¿Para esta noche has dicho? —inquirió, intentando disipar la profunda decepción que estaba embargándola. ¿Cómo podía aquel hombre haberse convertido en alguien tan importante para ella en sólo dos días?—. Tengo mucho trabajo.

—Por favor, es para alguien especial —le rogó él en un tono acariciador.

¿Cómo podía negarse cuando se lo pedía así?

—Está bien —claudicó—. ¿Es para una socia de negocios, para una amiga…? —inquirió deseando que así fuera, aunque lo dudaba.

—Para mi amante.

¿Para qué habría preguntado? Lo peor era que ya no podía negarse, no sin delatarse a sí misma.

— ¿Qué flores quieres que le ponga? —inquirió sin mirarlo, irguiéndose—. ¿Rosas?

Un ramo de rosas sería rápido de preparar, se dijo intentando ser práctica para no pensar en lo dolida que se sentía.

—Non, las rosas son demasiado comunes para una mujer como ella. Quiero un ramo que sea único, hermoso, elegante, con encanto… como

ella.

Charlotte sintió una punzada de celos... y también deseos de abofetear su apuesto rostro. No podía creer que hubiese estado flirteando con ella cuando tenía una amante... una amante que era todo lo que no era ella.

—Tiene que ser un ramo que agrade a la vista pero que no resulte abrumador —continuó diciéndole Alexandre—. Ella es... como una flor perfecta que aún no se ha abierto, y quiero que mi regalo exprese que comprendo que necesita que vayamos despacio, que saboreemos juntos cada momento de su despertar... y también quiero que sirva de disculpa porque por el deseo que siento por ella sin querer fui demasiado rápido.

Charlotte estaba apretando el bolígrafo con tanta fuerza que por un momento creyó que se rompería. No le hacía falta escribir ni una sola palabra; cada sílaba había quedado grabada a fuego en su mente.

—Vuelve sobre las siete —le dijo a duras penas.

Su aguante tenía un límite, y en ese instante lo que le habría gustado hacer habría sido tirarle algo a la cabeza. ¿Quería un ramo? Pues lo tendría; un ramo tan horrible que su amante no querría volver a mirarlo a la cara.

Sin embargo, cuando él la hubo dejado y finalmente se obligó a comenzar el trabajo fue incapaz de llevar a cabo su venganza. En vez de eso, se encontró a sí misma diseñando un ramo delicado y hermoso; fragante, pero no embriagador. Le pondría colores frescos como un blanco crema y un amarillo dorado, se dijo, y algún que otro toque leve de rojo pasión porque la amante de Alexandre sería sin duda una mujer apasionada. De otro modo no se habría referido a ella en los términos en los que se había referido.

Como la había descrito como “única”, escogió singulares orquídeas en tonos dorados y para rebajar un poco su sofisticación, añadió además unos pensamientos blancos tan delicados que se estropeaban si no se manipulaban con cuidado, igual que la amante de Alexandre requeriría de él ternura. El toque de pasión, lo puso con unos tallos de hojas pequeñas y un rojo vibrante.

Y en el centro del ramo colocó, como no podía ser de otra manera, un capullo de rosa blanco cuidadosamente oculto entre las deslumbrantes orquídeas, tímido pero tan puro que atraía sobre sí la mirada.

Estaba terminado. Mientras lo admiraba, experimentó una profunda sensación de dicha.

Había conseguido hacer una verdadera obra de arte y estaba orgullosa de sí misma, pero un segundo después la felicidad que sentía se derrumbó como un castillo de naipes cuando se dio cuenta de que ése era exactamente el ramo que a ella le habría encantado que le

regalaran. Además, la descripción que Alexandre había hecho de su amante se ajustaba punto por punto a la clase de mujer que a ella le gustaría ser.

Apartando de su mente aquellos pensamientos tan sombríos le echó un vistazo a su reloj de pulsera y vio que eran casi las siete. Había dedicado a aquel encargo más tiempo del que habría debido, y aunque ni todo el dinero del mundo le compensaría por el dolor que sentía en ese momento, intentó hallar alivio en lo que Alexandre iba a tener que pagarle.

En ese instante oyó tras ella unas pisadas y supo que era él.

—Ya está listo —le dijo sin volverse.

Alexandre se detuvo justo detrás de ella y extendió una mano para acariciar un pensamiento con un cuidado exquisito.

—Tienes mucho talento, ma petite.

—No me llames así —le dijo ella irritada.

Por el modo en que lo decía sonaba cariñoso, como la caricia de un enamorado, y ella no era su amante.

—Perdona, no volveré a hacerlo.

Charlotte seguía de espaldas a él, pero por el tono de su voz supo que se había dibujado una sonrisa en sus labios. Sin embargo, cuando se giró lo encontró mirándola con solemnidad.

—Estoy seguro de que le encantará —le dijo—. Gracias, Charlotte.

Y así, con esas palabras, la rodeó, tomó su creación, y se la llevó... para entregársela a otra mujer.

Como había ocurrido la noche anterior, el teléfono sonó justo cuando Charlotte acababa de salir de la ducha. Se lió en una toalla a toda prisa, y corrió a contestarlo.

— ¿Diga?

—Te falta el aliento —le dijo la voz de Alexandre—. ¿Qué estabas haciendo? —inquirió en un tono divertido.

— ¿Hay algún problema con el ramo? —le preguntó ella contrariada.

—No, es perfecto. Llamaba para decirte que te he dejado un detalle para darte las gracias.

—No... no era necesario —comenzó ella, diciéndose que nada aliviaría lo vacía que se sentía por dentro en ese momento.

Al rechazarlo tan bruscamente había destruido la semilla de lo que hubiera podido surgir entre ellos. Claro que la rapidez con la que había encontrado a otra mujer en la que volcar sus galanterías debería hacerle dar gracias por haber dejado de estar en su punto de mira. ¿Por qué entonces sentía deseos de llorar?

—Pues claro que era necesario —insistió él con voz acariciadora—. Está en la puerta; espero que te guste.

Y colgó.

Charlotte se quedó allí de pie un instante, indecisa sobre si salir o no a ver qué le había dejado. Lo más probable era que fuese una botella de vino, o una caja de bombones, se dijo irritada, porque sin duda no iba a haberse roto mucho la cabeza por ella. Después de todo ella no era su amante, ésa a la que quería regalarle un ramo perfecto que expresara lo «única, hermosa, elegante, y encantadora» que le parecía.

Finalmente, sin embargo, la curiosidad pudo con ella. Liada como estaba en la toalla, se dirigió hacia el vestíbulo. Después de todo no iba a verla nadie. Abrió la puerta, bajó la vista, y sus ojos se abrieron como platos. Allí, en el suelo, estaba el ramo que había hecho. Se estremeció de arriba abajo, y el corazón le palpitó con fuerza.

Incapaz de dar crédito a lo que estaba viendo, se arrodilló. Extendió una mano temblorosa, y acarició el capullo blanco que había colocado en el centro. ¿Qué le había dicho Alexandre? «Ella es... como una flor perfecta que aún no se ha abierto...». Una lágrima rodó por su mejilla. «...y quiero que mi regalo exprese que comprendo que necesita que vayamos despacio, que saboreemos juntos cada momento de su despertar... y también quiero que sirva de disculpa porque por el deseo que siento por ella sin querer fui demasiado rápido».

—Oh, Charlotte, lo que quería era hacerte sonreír, no llorar.

Era la voz de Alexandre, y al alzar un poco la vista la joven lo vio allí, arrodillándose frente a ella para secarle las lágrimas.

Debería haberla sobresaltado su repentina aparición, pero estaba demasiado emocionada. Trató de hablar pero no pudo articular palabra, y sacudió la cabeza y le reprochó con la mirada que hubiese hecho todo aquello sólo para conseguir su perdón. En el mismo día le había partido el corazón y lo había vuelto a recomponer.

—Lo siento, chérie, creí que te gustarían las flores... bueno, son tus flores, y tú misma has hecho el ramo —murmuró él.

Parecía tan sinceramente apesadumbrado que no pudo evitar sonreír.

—Ha sido un detalle precioso —le dijo—, pero tú eres imposible.

— ¿Significa eso que vuelves a ser ma petite? —inquirió él dedicándole una de sus radiantes sonrisas.

Charlotte estuvo a punto de replicarle que ella nunca le había dado permiso para que la llamara así, pero se dijo que después de todo quizá no tuviera tanta importancia.

—Será mejor que vuelvas dentro —le dijo Alexandre acariciándole la mejilla—; debes tener frío.

Sobresaltada al recordar que sólo estaba liada en una toalla, Charlotte bajó la vista, y respiró aliviada al ver que seguía tapándola. Tomando el ramo en sus brazos se puso de pie y dio un paso atrás.

—Puedes pasar si quieres —le dijo a Alexandre.

No sabía por qué había dicho aquello. Cada terminación nerviosa de su cuerpo pareció ponerse en modo de alarma en cuanto hubo pronunciado esas palabras. Ella misma había escrito en su diario que los hombres como él eran depredadores, como lobos, y ella en cambio era un corderillo. Si lo dejaba entrar en su casa no pararía hasta acorralarla y tenerla a su merced.

Para su sorpresa, sin embargo, Alexandre sacudió la cabeza.

—Tan preciosa como estás en este momento ahí de pie me siento verdaderamente tentado de aceptar la invitación, pero voy a cumplir lo que te dije; iremos despacio. No obstante, no sé si sería mucho pedirte un beso. Todavía no estoy muy seguro de que me hayas perdonado.

Charlotte comprendió que no tenía intención de acercarse a ella para reclamar ese beso. Estaba pidiéndoselo de verdad. Tragó saliva y dejó el ramo sobre el mueblecito que había junto a la puerta. Luego, con el corazón latiéndole con fuerza, dio un par de pasos hacia él.

La sonrisa se borró de los labios de Alexandre.

— ¿Tanto te desagrado, chérie, que tienes que armarte de valor para darme un beso? Porque si es así no tienes por qué hacerlo. No quiero que te sientas obligada a hacer nada que no quieras, igual que tampoco era mi intención herirte el otro día cuando te dije aquello.

A Charlotte le faltó poco para abrazarlo.

— ¿Cómo puedes pensar eso? —le dijo sintiéndose fatal al ver la expresión dolida en su mirada—. Es... es sólo que esto no se me da bien —admitió azorada—. Tendrás que echarme una mano.

Era la primera vez en mucho, mucho tiempo, que le pedía ayuda a alguien.

Sus palabras enternecieron a Alexandre, y la atracción que sentía hacia ella se entremezcló con un fuerte deseo de protegerla. Nunca antes había sentido nada semejante por nadie. Extendió una mano y le acarició la mejilla sin poder creer que una mujer de una naturaleza tan sensual pudiera no ser consciente del poder que ejercía sobre él.

—Charlotte... —le susurró, deslizando la mano lentamente hacia su nuca. Tiró suavemente de su cuello para hacer que se acercara, pero él siguió en el porche—. Tus deseos son órdenes para mí.

Le acarició la nuca con el pulgar, deleitándose en la suavidad de su piel, y murmuró: « Tu es trés belle» antes de inclinar la cabeza y rozar sus labios contra los de ella.

En un primer momento Charlotte permaneció quieta y algo tensa, pero Alexandre continuó besándola suavemente y pronto sintió que su cuerpo se relajaba, para al poco entreabrir los labios y subir las manos a su pecho.

Alexandre habría querido rodearla con sus brazos, apretarla contra su cuerpo, pero se contuvo, aunque hizo el beso más profundo.

El suave gemido que escapó de la garganta de Charlotte lo pilló

desprevenido, y le apretó el hombro con la mano durante una fracción de segundo antes de obligarse a apartarse de ella, a interrumpir el beso antes de romper la promesa que le había hecho, aun cuando lo que de verdad quería hacer en ese momento era arrancarle la toalla y satisfacer su deseo.

Charlotte abrió los ojos y lo miró entre embelesada y maravillada.

—Nunca imaginé que un beso pudiese llegar a ser increíble.

—Tampoco yo —murmuró él.

Y no le estaba mintiendo; jamás un simple beso lo había excitado de aquella manera. No estaba seguro de si eso era bueno o malo, ese poder que Charlotte parecía tener sobre él, pero aquello no iba a desviarlo de su camino.

—Vete a dormir, ma petite, y sueña conmigo.

—Alexandre, tú... —comenzó a decir ella.

Sin embargo, no terminó la frase, sino que sacudió la cabeza y dio un paso atrás dentro de su cabaña de cuento de hadas, como una princesa retrocediendo ante un invasor que se hubiera acercado a las puertas de su castillo.

Iba a cerrar ya la puerta cuando se detuvo, esbozó una tímida sonrisa y le dijo:

— ¿Única, hermosa, elegante, y encantadora?

Alexandre se inclinó hacia delante, tomó su mano, y se la llevó a los labios para plantar un ligero beso en su muñeca.

—Y aún se me olvido añadir algo.

A Charlotte le palpitó con fuerza el corazón.

— ¿Qué? —inquirió casi sin aliento.

Alexandre soltó su mano y, retrocediendo entre las sombras, se permitió una sonrisa traviesa al comprobar que finalmente había abierto una brecha en las murallas del castillo de su princesa.

—Increíblemente seductora.

Capítulo Cinco

Al día siguiente Charlotte se levantó antes del amanecer para darle los últimos toques a varios arreglos florales que tenía por acabar, pero aun ocupada no lograba dejar de pensar en cierto hombre de ojos castaños. Un cosquilleo le recorrió la espalda al recordar el deseo apenas contenido que había visto en esos mismos ojos. ¿No acabaría quemándose, como la polilla que se acerca demasiado a la vela?

Sacudió la cabeza y usó un pequeño pulverizador de plástico para rociar con agua las flores que estaba arreglando.

Aquellos arreglos eran para el banquete que seguiría a la boda que se iba a celebrar ese día en la finca. Lo único que le quedaba por hacer era adornar con ramas de parra y rosas blancas la pérgola bajo la cual pronunciarían sus votos los novios, pero pensaba hacerlo un poco más tarde, antes de supervisar la disposición de los arreglos florales en el comedor.

Oyó el ruido de un motor y se dijo que debía tratarse de la camioneta que su prima Megan le había dicho que le enviaría para transportar sus arreglos florales, las rosas, y las ramas de parra. Sonriendo, se puso de pie y salió fuera para asegurarse de que el empleado que Megan había mandado no estropearía su trabajo al cargar las plantas al vehículo.

Cuando hubieron terminado de subirlo todo a la camioneta, Charlotte subió con el empleado a la cabina y se pusieron en marcha.

Después de darle instrucciones precisas al hombre acerca del modo en que debían colocarse los arreglos florales en el comedor, la joven se fue a preparar la pérgola, lo cual le llevó algo más de una hora y media.

Cuando hubo terminado retrocedió unos pasos para asegurarse de que estaba perfecto, y en ese momento vio a su prima Megan, que era la encargada de coordinar la organización de los eventos que se celebraban en la finca, acercarse a ella.

—No he querido interrumpirte antes; parecías tan concentrada... —le dijo con una sonrisa divertida.

Charlotte sonrió también. Megan parecía mucho más relajada y feliz desde que se había casado con Simon.

— ¿Qué te parece? —le preguntó señalando la pérgola con un ademán.

—Que te ha quedado precioso, como todo lo que haces —respondió su prima—. Al menos contigo no tengo que preocuparme por nada porque sé que el resultado de tu trabajo siempre será perfecto. Por desgracia no puedo decir lo mismo de otros, como de los

impresentables del servicio de catering, que todavía no han llegado —masculló.

Charlotte se echó a reír ante la expresión desesperada de Megan.

—Bueno, te dejo; tengo que ir a ver cómo va la colocación de los arreglos en el comedor —le dijo haciéndole un gesto de despedida con la mano—. Espero que no te hagan esperar mucho más.

—Gracias —contestó Megan—; hasta luego.

Para cuando terminó, sobre las diez de la mañana, iba a montarse en su bicicleta, que había subido en la camioneta con las plantas, para regresar a la cabaña, cuando apareció un Ferrari negro en el camino que conducía a la casa.

Curiosa por saber quién iría dentro, Charlotte se tomó su tiempo para colgarse la mochila a la espalda. Para su sorpresa, el coche se detuvo a un metro escaso de ella, y de él salió Alexandre.

—Ma chérie, no me digas que has estado aquí toda la mañana —le dijo acercándose.

—Sí, estaba ayudando con los preparativos de una boda que se celebra hoy —le contestó ella.

Querría haberle preguntado dónde había estado él, pues había tenido la esperanza de verlo por allí, pero se olvidó por completo cuando él tomó sus manos.

—Tienes unos cuantos arañazos —le dijo Alexandre en un tono de suave reproche.

Charlotte se rió.

—Es lo que tiene el trabajar con flores. Algunas son muy bonitas pero también tienen espinas.

—Pero para eso están los guantes —le recordó él—. Tienes que cuidarte más.

—Alexandre... —protestó ella. Ni que fuera una niña pequeña...

El se llevó una de sus manos a los labios e imprimió un beso sobre un arañazo.

—Me encanta —murmuró, besando también sus nudillos.

— ¿El qué? —inquirió ella sin aliento.

—Cómo suena mi nombre en tus labios.

Pues tal y como estaba mirándolos ella estaba empezando a sentirse ardiendo por dentro, pensó Charlotte.

—Tengo que irme —murmuró--. Tengo... cosas que hacer.

No sabía por qué había dicho eso; hacía semanas que había planeado tomarse el resto del día libre cuando hubiesen terminado con los preparativos de la boda. Quizá fuera que seguía sintiéndose algo tímida cuando estaba con él.

— ¿Y no podrías hacer al menos un hueco para cenar conmigo? —inquirió él con un sonrisa que la hizo derretirse.

— ¿Para cenar? Bueno, su-supongo que sí —balbució decidiendo

que podía al menos darle una oportunidad.

—Estupendo. Pasaré a recogerte a las nueve —dijo Alexandre soltándole las manos.

Durante todo ese rato había estado acariciándoselas, haciéndola estremecer por dentro.

— ¿Tan tarde? —inquirió ella.

Alexandre hizo una mueca.

—Es que voy a estar ocupado con Trace en las bodegas.

—Podría ir a recogerte yo —le propuso ella. Alexandre frunció el ceño.

—A esa hora ya habrá oscurecido.

—No me pasará nada —replicó ella con firmeza. El observar a su tía Lilah a lo largo de todos aquellos años le había enseñado que las mujeres que dejaban que los hombres llevasen siempre la voz cantante acababan siendo pisoteadas por ellos. Daba igual que tuviera una vida llena de lujos y caprichos; Lilah era una marioneta en manos de Spencer.

—Te estaré esperando en el aparcamiento, junto a tu coche.

Alexandre, que seguía con el entrecejo fruncido, farfulló algo en francés.

—Decididamente a mi madre le encantarías si os presentase, ma petite—murmuró.

Charlotte se preguntó qué habría querido decir con aquello.

— ¿Seguro que no quieres que lo dejemos para otro día? Si vas a estar tan ocupado...

—Nunca estoy demasiado ocupado para ti —la interrumpió él con una sonrisa pícara antes de tomar su mano y besarla en la muñeca—. Hasta esta noche, mi preciosa Charlotte —añadió sonriendo de nuevo al verla sonrojarse.

Alexandre la observó alejarse en su bicicleta, pero aunque sus ojos estaban fijos en su hermosa figura, su mente estaba recordando lo que había leído en su diario.

Amado mío:

¿Sabes qué me gustaría que hiciéramos esta noche? Me gustaría que hiciésemos un picnic a la luz de la luna, bajo la capa de algún árbol grande y majestuoso, y que me tratases como si fuese un tesoro, que me mirases con adoración, que me sedujeras con tus galanterías...

Quisiera que me tomases de la mano y bailases conmigo, arrullados los dos por el ruido de las hojas agitadas por la brisa, y que no cruzáramos una palabra que no fuese un murmullo de deseo para tentar los sentidos del otro.

Eso es lo que querría que hiciésemos; eso únicamente. Querría que me dieses ese momento de romanticismo sin pedirme a cambio besos o caricias, sino sólo mi compañía y mi sonrisa.

Alexandre se pasó todo el día sonriendo cada vez que recordaba

esas palabras. Le hacía gracia que la joven pensara que para un hombre darle ese romanticismo que ansiaba sería poco menos que un sacrificio, pero para él sería un placer concederle ese capricho. Era cierto que había hombres que no comprendían la importancia de esa clase de juegos previos, hombres que eran incapaces de imaginar que el cortejar a la mujer a la que uno adoraba pudiera proporcionarles placer alguno, pero él nunca había sido esa clase de hombre; ni siquiera en su adolescencia.

Siempre había sabido que para conquistar a una mujer había que dedicar igual atención a su cuerpo, su mente, su corazón, y su alma, y con ella estaba dispuesto a entregarse por entero. Charlotte, con esos ojos negros y esa sensualidad aún por descubrir lo tenía embrujado, y quería que cuando diesen los últimos pasos de la danza que iban a bailar juntos se entregase por completo también. Quería su pasión y su ardor, quería que lo desease, que se rindiese a él, y quería además que confiase en él.

Esa noche, cuando se reunió con Charlotte en el aparcamiento, Alexandre se conformó con darle un beso en la mejilla antes de abrirle la puerta del coche para que entrara. Se había vestido con una falda larga vaquera y una blusa blanca y estaba preciosa.

—Bueno, ¿dónde me llevas? —le preguntó ella expectante mientras salían de la finca.

—Es una sorpresa —contestó él con mucho misterio.

— ¿Vamos muy lejos?

—No, no muy lejos.

—No vas a soltar prenda, ¿verdad?

—Non —respondió él reprimiendo una sonrisa traviesa.

Durante el breve trayecto Alexandre la mantuvo entretenida charlando, y cuando al fin divisó el lugar donde se dirigían le dijo:

—Mira allí delante, mi pequeña e inocente Charlotte.

— ¿Quieres parar ya con...? ¡Oh, Alexandre, qué sitio tan hermoso! —Exclamó ella, observando maravillada el prado que se extendía ante ellos, bañado por la luz de la luna—. ¿Cómo has encontrado este sitio?

—Porque soy un hechicero, chérie. Sé muchas cosas que tú ni siquiera imaginas.

Charlotte no podía dar crédito a lo que veían sus ojos. El prado estaba salpicado por flores silvestres suavemente mecidas por la brisa nocturna, y el lugar tenía un aire encantado. También se alzaban en él varias docenas de árboles enormes y majestuosos, y en la distancia se veía una bruma difusa, probablemente porque habría cerca un riachuelo o un arroyo. Era algo como salido de un sueño, de sus sueños, y tan pronto detuvo Alexandre el vehículo se apresuró a desabrocharse el cinturón porque estaba deseando salir.

—Espera, deja que te abra la puerta.

Sorprendida por aquel caballeroso ofrecimiento, Charlotte se quedó donde estaba y lo siguió con la mirada cuando se bajó del coche y lo rodeó. Alexandre le abrió la puerta y la sostuvo con una mano al tiempo que le tendía la otra, que ella tomó halagada con una sonrisa vergonzosa.

—Esto ya no lo hace nadie.

Alexandre cerró la puerta, se llevó la mano de la joven a los labios y la besó con galantería.

—Tú lo mereces —le dijo.

A Charlotte le encantaba el modo en que pronunciaba su nombre, como si hiera algo exótico cuando era de lo más común.

—Siempre quise tener un nombre indio —murmuró, sorprendiéndose a sí misma con aquella confidencia—. Mi madre era sioux y se llamaba Mary Pequeña Paloma. ¿No te parece que es el nombre más bonito que has oído?

Alexandre ladeó la cabeza.

— ¿Es esa tu ascendencia?, ¿sioux?

—Sí, mi madre pertenecía a la tribu oglala lakota de los sioux — asintió ella.

Había sido su hermano Walker quien se lo había explicado en una ocasión en que ella se había preguntado en voz alta por qué serían tan diferentes de sus parientes, los Ashton.

—Me temo que no sé demasiado acerca de esa cultura —le confesó Alexandre.

—Tampoco yo —respondió ella con una sonrisa triste—. Mi hermano y yo nos hemos criado aquí, con nuestros primos, porque nuestros padres murieron siendo nosotros muy niños en un accidente de coche, y supongo que a nadie le pareció importante que conociéramos mejor las costumbres del pueblo al que pertenecía nuestra madre.

—Pero tú sientes que te falta algo al no conocer parte de tu propia historia —adivinó él.

Charlotte asintió en silencio. Alexandre le rodeó la cintura con los brazos.

—Quizás podrías intentar averiguar por tu cuenta algo más acerca de la tribu de tu madre.

—Lo he pensado —respondió ella—, pero he oído que son una gente muy reservada y que es difícil ganarse su confianza. ¿Y si… y si no quieren hablar conmigo?

Alexandre frunció el entrecejo.

— ¿Cómo van a negarse cuando eres una de ellos?

—Pero es que ése precisamente es el problema: no pertenezco a su tribu igual que tampoco pertenezco a este lugar, a esta familia. No soy ni una sioux ni una Ashton; no encajo en ninguna parte —se quedó

callada al darse cuenta de hasta qué punto había dejado que trasluciera el dolor que sentía por ello—. Siento haber sacado este tema, yo…

—No tienes por qué sentirlo —replicó él—. Me siento muy halagado de que confíes en mí lo suficiente como para habérmelo contado —murmuró tomando su rostro con una mano y besando suavemente sus labios—. Quizá en vez de sentir que no perteneces a ninguno de los dos mundos deberías planteártelo desde un ángulo distinto. Yo creo que tienes mucha suerte de ser parte de los dos.

Conmovida, Charlotte le devolvió el beso.

—Pensaré en ello —contestó quedamente—, pero esta noche no. Esta noche es para nosotros.

Alexandre sonrió.

—No te muevas de aquí; voy a sacar del maletero la manta y la cesta de la comida.

Mientras caminaban a través del prado en dirección a un gran árbol, Alexandre iba pensando en lo que Charlotte le había revelado. Nunca habría pensado que pudiera sentir que no encajaba allí, con los Ashton. Claro que, pensándolo bien, lo cierto era que desde un primer momento sí le había parecido diferente… única.

Y no sólo por su atractivo físico, aunque desde luego era hermosísima. Su larga cabellera negra como el azabache, sus ojos castaños, su piel aceitunada… obviamente todo eso la hacía muy diferente del resto de los Ashton, pero era sobre todo su personalidad, su forma de ser, lo que la distinguía. Prefería las plantas a las personas, iba en bicicleta a todas partes, y tenía una inocencia que contrastaba enormemente con el mundo en el que había crecido. Más aún; había algo en ella que la hacía pura, inmaculada… una belleza de corazón que estaba haciendo que a cada día que pasaba se sintiese más y más atraído hacia ella.

Tras dejar la cesta en el suelo, extendió la manta de picnic y señalándola con la palma de la mano le dijo a Charlotte:

—Siéntate, ma belle. Esta noche serás mi princesa y yo tu caballero de brillante armadura.

Aun a la pálida luz de la luna, Alexandre vio el rubor que tiñó sus mejillas.

—Dices unas cosas tan bonitas… —murmuró Charlotte con los ojos brillantes mientras se sentaba—. Y esto que has organizado es tan romántico…

Alexandre sintió una punzada de culpabilidad, pero la ignoró diciéndose que había hecho lo correcto leyendo su diario. Si no lo hubiera hecho, pensó, no estarían teniendo ese momento perfecto de felicidad.

— ¿Y qué es lo que traes aquí? —inquirió Charlotte curiosa, levantando la tapa de la cesta.

—Delicias para tentarte y seducirte... y hacer contigo lo que quiera —bromeó con una sonrisa maliciosa mientras se sentaba a su lado.

Charlotte se echó a reír.

—Eres un peligro para la población femenina, Alexandre Dupree. No deberían dejarte andar suelto; puedes causar estragos.

El sonrió divertido.

— ¿Y qué harías?, ¿encerrarme en una jaula?

Charlotte sacudió la cabeza y su sedoso cabello negro se movió de un lado a otro. Incapaz de resistirse, Alexandre se arrimó a ella, extendió una mano y lo peinó con los dedos mientras estudiaba su bello rostro.

—No, eso sería una lástima —dijo la joven, y aunque había vuelto a ruborizarse, el brillo que había en sus ojos cuando lo miró era decididamente travieso—. Deberían encerrarte en un dormitorio... para que hicieras realidad las fantasías de todas las mujeres.

Capítulo Seis

Alexandre sintió que una oleada de calor lo invadía. Masculló algo entre dientes, la tomó por la mejilla y la besó.

—No debes decir esas cosas, ma chérie. No puedes esperar que sea romántico si haces que cierta parte de mi cuerpo se anime y se muera por hundirse en el tuyo.

Charlotte dejó escapar un gemido ahogado y lo miró con unos ojos como platos.

—Por lo general no digo cosas tan atrevidas. Eres una mala influencia.

Alexandre sonrió divertido.

—Yo diría que soy una muy mala influencia.

Sacó una botella de champán de la cesta.

—Me temo que ya no estará muy frío, pero hará su función -dijo.

Charlotte vio que dentro de la cesta había también dos copas y las sacó. Después de que Alexandre hubiera servido un poco de champán en ambas, le tendió una de ellas, y él, tras tomarla, dejó la botella a un lado y le acarició la espalda con las puntas de los dedos, haciéndola estremecer.

—Me encanta ver hasta qué punto me deseas—murmuró.

Su voz había sonado íntima y sensual, como la de un amante, pero aunque lo hubiera intentado no habría podido evitarlo. No podía hacer que su tono fuese únicamente juguetón cuando la mujer que tenía a su lado era Charlotte.

—Alexandre... —le reprochó ella.

Sin embargo, la expresión que había en sus ojos negros le dijo que si extendiera la mano y la tocase de un modo más íntimo se lo permitiría. Las cosas habían cambiado mucho entre ellos desde aquel primer beso.

Suspiró al recordarse los límites que él mismo se había impuesto para aquella noche y levantó su copa.

—Por mi Charlotte, que es increíblemente preciosa, única, y maravillosamente sensual.

La sonrisa que ella le dedicó resultó, sin que lo pretendiera, bastante pícara.

—Por Alexandre, que debería ser encerrado en un dormitorio por el bien de la población femenina.

Después de tomar un sorbo, Alexandre dejó a un lado su copa y comenzó a sacar de la cesta las cosas de comer que había llevado para ese picnic a la luz de la luna.

— ¿Te gusta el caviar?

Charlotte negó con la cabeza.

—Supongo que tengo unos gustos demasiado plebeyos.

—A mí tampoco me gusta —le confesó él—. No puedo entender que

la gente pague tanto dinero por esos huevos minúsculos de pez.

Charlotte dejó escapar una risita, y al alzar la vista hacia ella Alexandre vio que estaba observándolo con un sonrisilla burlona en los labios.

— ¿Qué?

—Bueno, es que tiene gracia que conduzcas un coche que para muchos sería el reflejo sobre ruedas de un ego desproporcionado y en cambio digas que no comprendes cómo hay quien es capaz de pagar una cantidad astronómica por una lata de caviar.

Charlotte no podía creerse lo impertinente que acababa de ser con él. ¿Cómo podía haberle dicho algo así? Probablemente tuviera algo que ver con el modo en que Alexandre la miraba, corno si quisiese devorarla viva después de haberla saboreado lentamente. Nunca habría imaginado que un hombre como Alexandre pudiese encontrarla fascinante. La sola idea resultaba más embriagadora que el champán, pensó llevándose de nuevo la copa a los labios.

Alexandre frunció los labios.

—Tienes suerte de que sea un hombre con sentido del humor —bromeó esbozando una media sonrisa—, porque aunque no voy a tomarte en cuenta eso del «ego», si hubieras ido un poco más lejos me habría enfadado de verdad.

—Oooh, qué miedo.

Charlotte quería besarlo por haberle hecho el regalo que le había hecho aquella noche, por ese momento mágico que estaban viviendo a la luz de la luna, por hacerla sentirse hermosa, deseable, desinhibida... algo que hasta entonces sólo había ocurrido en sus sueños.

Corno si le hubiera leído el pensamiento, sin mediar palabra Alexandre inclinó la cabeza y la besó de un modo tan intenso que Charlotte se estremeció por dentro y un gemido de placer escapó de su garganta.

El cuerpo de Alexandre se tensó y sus dedos, que habían estado enredados en los cabellos de ella, se cerraron en un puño. Charlotte sintió una punzada de decepción ante aquel signo de que la pasión estaba apoderándose de él. Esa noche lo que quería era únicamente romanticismo, besos lentos, y suaves caricias.

—Haces que olvide una y otra vez que me he propuesto conducirme como un caballero —murmuró Alexandre.

Su boca descendió nuevamente sobre la de ella, y ese nuevo beso fue largo y sensual, pero contenido.

—Alexandre... —suspiró Charlotte cuando la dejó respirar, pasando las manos por su pecho—. No te gusta así, despacio, ¿no es cierto?

Una sonrisa asomó a los labios de él.

—Al contrario, ma petite. Me encanta volverte loca poco a poco —replicó acariciándole el labio inferior con el pulgar—. Podría pasarme

horas besándote.

Y, como para demostrárselo, volvió a hacerlo una vez más, subiendo una mano a su nuca y la otra a su mejilla. Charlotte estaba empezando a acostumbrarse a ambos gestos, pero aún la hacían estremecerse por dentro: la posesividad que implicaba el primero, y la ternura del segundo.

El solo pensar se le hizo casi imposible cuando le acarició la línea de la mandíbula con las yemas de los dedos. Con un suspiro ahogado en medio de aquel romántico beso se entregó por completo a la magia de Alexandre Dupree, que recompensó su rendición una y otra vez.

Con un suave mordisco en el labio inferior de Charlotte como punto final Alexandre levantó la cabeza, pero al ver los ojos de ella, enturbiados por la pasión, casi se le olvidaron sus caballerosas intenciones.

Reprimiendo su frustración acarició los labios de la joven con el pulgar.

—Quiero bailar contigo a la luz de la luna —le dijo.

Charlotte lo miró a los ojos embelesada.

—Ese siempre había sido uno de mis sueños. ¿Cómo lo has sabido? —inquirió curiosa.

—Es un secreto —contestó él.

No quería estropear el momento confesándole que había leído su diario, así que se puso de pie y le tendió la mano.

—Ven, vamos a bailar.

Ella tomó sin dudarlo la mano que le ofrecía, y cuando se levantó Alexandre no pudo evitar admirar una vez más su estilizada figura, una figura llena de gracia, pero también adornada con unas curvas que parecían destinadas a volverlo loco. Era como si Charlotte hubiese sido creada sólo para él, para convertirse en una tentación de la que no podría escapar, porque era de una belleza tan hipnótica que aunque quisiera sería incapaz de romper las cadenas que poco a poco estaban atándolo a ella.

Le pasó un brazo por la cintura, atrayéndola hacia sí, y entrelazó los dedos de la otra mano con los de ella. Charlotte apoyó la mano libre en su hombro.

—Encajamos como dos piezas de un puzzle —murmuró Alexandre mientras comenzaban a girar lentamente por el jardín.

Sentía deseos de ronronear de satisfacción, y de pronto su mente se vio invadida por eróticas imágenes de lo bien que encajarían de un modo más íntimo.

— ¿No soy demasiado bajita? —inquirió ella con una sonrisa tímida que lo excitó aún más.

—No, eres perfecta.

Siguieron girando en silencio durante un rato, ella con la frente

apoyada en su mejilla, al compás de una música inexistente, pero de pronto levantó la cabeza y mirándolo a los ojos le preguntó con voz queda:

— ¿Por qué, Alexandre?; ¿por qué te sientes atraído por mí?

El la miró con ternura.

— ¿Quieres saber por qué? —murmuró—. Porque eres preciosa e inteligente, porque eres un misterio, porque eres una artista en tu trabajo... y porque tienes un cuerpo capaz de hacerme pensar cosas que te harían sonrojar. ¿Quieres más razones? —inquirió con una sonrisa.

Charlotte tragó saliva.

—Vaya —murmuró—. No pensé que fueras a darme una respuesta tan directa. Creí que intentarías eludir la pregunta... o mentirme, pero tus palabras han sonado sinceras. ¿De verdad piensas todo eso de mí?

—No tengo por costumbre mentir —contestó. Sintió una punzada de culpabilidad nada más decir eso, pero la ignoró y se concentró en el momento—. Ven, acércate más.

Ella sonrió y dejó que la apretara contra sí.

—Oh, Alexandre, ésta está siendo una noche verdaderamente mágica —susurró.

El no habría podido estar más de acuerdo.

Charlotte se pasó la mañana siguiente en una nube. De pronto se descubría sonriendo sin razón aparente, y en un momento dado se encontró bailando en torno al invernadero fingiendo que estaba aún en los brazos de Alexandre.

«Deja de soñar y céntrate», se ordenó a sí misma al darse cuenta de que llevaba varios minutos mirando el aire. Hacía tan buen día que había decidido trabajar fuera, en el jardín, en vez de en el invernadero.

Sin embargo, cuando comenzó a limpiar el parterre frente al que se había sentado, tuvo la sensación de que había algo importante que debía recordar y que había olvidado, pero por más vueltas que le dio no consiguió averiguar de qué se trataba.

Finalmente se rindió y se concentró en el trabajo. Las flores que había plantado en aquel parterre eran una variedad muy resistente a las temperaturas extremas por la que se había decidido después de haber perdido el año anterior otras al llegar las primeras heladas.

El año anterior... Aquello pareció encender una luz en su mente, y de pronto se acordó: « ¡Claro, hoy es el cumpleaños de Alexandre!».

Había visto su fecha de nacimiento en una página web cuando había estado buscando información sobre él en Internet y le había hecho gracia que fuese en ese mismo mes en el que estaban.

Podría hacerle un regalo, pensó. Claro que... ¿qué podía regalársele a un hombre que tenía de todo? El regalo sería lo de menos, se replicó a sí misma mentalmente. Lo que contaba era la intención.

Se levantó con una sonrisa en los labios, fue al invernadero, y se

puso a hacer un ramo. Quizá fuera un poco extraño regalarle flores a un hombre, pero quería darle algo sencillo que tuviera también un significado.

Utilizó rosas silvestres de un amarillo vibrante, añadió unas cuantas margaritas africanas de un rojo intenso, y otras flores silvestres de tantos colores como pudo reunir de entre las que crecían en el jardín y el invernadero, Y finalmente, para terminar, puso también, con cierta malicia, algunas dalias de color rosa, porque era el único color que no le iba en absoluto a Alexandre.

Estaba pensando de qué manera le haría llegar el ramo cuando sonó su teléfono móvil, que había dejado sobre el banco de madera. Lo alcanzó y pulsó el botón para contestar la llamada.

— ¿Diga?

— ¿No te han dicho nunca que tienes una voz que sería capaz de hacer caer de rodillas a un hombre, ma petite?

«Mira quién habla», pensó ella.

—Alexandre... —dijo sonriendo—. ¿Dónde estás?

—En las bodegas, evaluando el efecto que tiene en vuestros vinos el uso de ciertas cepas de levadura —le explicó él.

—Vaya, suena divertido —contestó Charlotte riéndose—. ¿Tienes algún compromiso para la hora del almuerzo?

Hubo una larga pausa al otro lado de la línea.

—Non. ¿Estás invitándome a comer?

El que se hubiera quedado callado durante un buen rato antes de responder hizo a la joven caer en la cuenta de que era la primera vez que era ella quien lo invitaba y no al revés.

—Oui —contestó, queriendo hacerlo sonreír.

Alexandre hizo más que eso: se rió.

—Entonces estaré ahí dentro de una hora. ¿Quieres que lleve alguna cosa?

—No hará falta; tengo todo lo que necesito. No se lo digas a nadie pero vamos a tomar vino de Viñedos de Louret —le confesó. Spencer se pondría frenético si supiera que alguien había introducido una botella del «enemigo» en su propiedad, pero a ella le gustaban los caldos de Viña Louret, y ya que no podía dejar la finca, pues no tenía los medios ni el suficiente dinero ahorrado como para independizarse, al menos podía escapar de ella refugiándose en el imperio de los sentidos.

—Tranquila; tu secreto estará a salvo conmigo.

Después de colgar, Charlotte volvió a entrar en la cabaña y comenzó a preparar un almuerzo rápido. Metió unas cuantas pizzas mini en el horno, hizo una ensalada, una tabla de quesos, y una macedonia de frutas.

Sin embargo, frunció el entrecejo y decidió que no era suficiente. Probablemente Alexandre no comería tan frugalmente como ella, así

que preparó también unos sándwiches preguntándose con una sonrisa qué pensaría cuando viese aquella comida tan poco sofisticada.

Acababa de colocarlo todo en dos bandejas grandes porque había pensado que comerían en el jardín, cuando oyó fuera el ruido del motor de un carrito de golf y al cabo de unos instantes la voz de Alexandre llamándola.

— ¿Charlotte?

— ¡Aquí dentro! —le contestó ella asomándose a la ventana.

Un par de minutos después Alexandre entraba en la cocina, seduciéndola simplemente con sus andares, su mirada, y la masculinidad que exudaba por cada uno de sus poros.

Antes de que pudiera pronunciar palabra tomó sus labios en un beso lento y profundo que parecía estar diciéndole que estaba dispuesto a dedicarle todo el tiempo del mundo, a ir sin prisas; con calma.

—Bonjour—murmuró contra su boca.

—Hola —contestó ella con una sonrisa, fascinada por el modo en que estaba mirándola.

Ningún hombre antes había visto la sensualidad que él aseguraba ver en ella.

— ¿Quieres que lleve esto fuera? —le preguntó Alexandre señalándole las bandejas que había dejado sobre la encimera.

—Sí, gracias, toma tú una y yo llevaré la otra —le contestó ella—. He puesto una manta en el césped, junto a ese árbol —añadió señalándole el lugar a través de la ventana.

—Tiene todo una pinta estupenda —dijo Alexandre tomando una bandeja.

Charlotte lo siguió fuera con una sonrisa de pura dicha en los labios. Se habían besado y habían bailado a la luz de la luna, había habido romance y pasión, pero lo que traslucía entre ellos en esos momentos era algo igualmente único: amistad.

Alexandre estaba de buen humor y su picnic en el jardín estuvo lleno de bromas y risas, y de pronto Charlotte se encontró tan a gusto con él que su timidez desapareció por el simple hecho de cuánto parecía estar disfrutando él de su compañía. Estaba a un paso de sentir auténtica adoración por aquel hombre tan sexy. Era una lástima que fuese a estar allí sólo unos días.

Sacudiéndose de encima la melancolía que amenazaba con apoderarse de ella, con la excusa de llevarse a la cocina lo que había quedado de comida para que no se estropease, se escabulló un instante y fue al invernadero a buscar el ramo.

Cuando regresó Alexandre se había tumbado cuan largo era, con al espalda apoyada en el tronco del árbol. Se había remangado hasta los codos, su chaqueta yacía a un lado de la manta, y tenía los ojos cerrados, como un animal salvaje, grande y hermoso, disfrutando de un

baño de sol después de una buena caza.

Sólo cuando se arrodilló junto a él abrió los ojos.

— ¿Qué es esto, chérie? —inquirió al ver el ramo.

—Feliz cumpleaños, Alexandre.

Le puso las flores en los brazos y lo besó suavemente en la mejilla.

Aunque lo hubiera intentado, Alexandre no habría podido parecer más sorprendido.

—Ma petite... —comenzó, pero fue como si la emoción lo dejara sin palabras, y cuando alzó la vista hacia ella Charlotte vio una vulnerabilidad en su mirada que la enterneció—. Nadie me había regalado nunca algo tan hermoso —le dijo al fin—. Es como si tuviera el sol en mis brazos.

El cuidado con que sostenía el ramo, como si temiese que siquiera una de las flores pudiera estropearse, le pareció adorable.

—Quería darte algo que fuera especial... tan especial como lo que tú me estás dando a mí.

—Oh, Charlotte... —murmuró él por toda respuesta.

Dejando las flores a un lado le tendió los brazos, y Charlotte fue a ellos sin dudarlo, sentándose en su regazo y permitiendo que él le rodeara la cintura con los brazos. Cuando levantó la vista la expresión que había en el rostro de Alexandre era de una ternura infinita.

—Deberías haberle dicho a Lilah que hoy era tu cumpleaños —bromeó—. Te habría organizado una fiesta encantada.

Alexandre se estremeció de sólo pensarlo.

—No, gracias. No me gusta malgastar mi tiempo con gente que no sabe nada de mí.

Charlotte bajó la vista. ¿Cuánto sabía realmente ella de él?

—Bueno, la verdad es que eres un hombre difícil de conocer —murmuró—. No hablas mucho de ti mismo.

—Todos tenemos nuestros secretos —replicó él—. Incluso tú, estoy seguro. A veces vislumbro tal tristeza en tus ojos que me recuerdas a un pajarillo herido. ¿Qué es lo que te causa tanto dolor, ma petite?

Charlotte no quería hablar de eso, pero... ¿cómo podría siquiera resistirse a la dulzura y la preocupación que había en su mirada?

—Mi hermano Walker tenía ocho años cuando vinimos a vivir aquí; yo sólo tres —le dijo quedamente—. Todavía sigo sintiendo que no encajo aquí, y hay momentos en los que me siento muy sola.

— ¿Echas de menos a tus padres?

—En cierto modo —asintió ella—. Nos dijeron que los dos murieron en aquel accidente, pero...

— ¿Pero? —la instó Alexandre al verla vacilar.

—Ni siquiera Walker me cree; piensa que no soy capaz de encajar la verdad. No me lo ha dicho porque me quiere, pero sé que es eso lo que piensa.

Alexandre puso una mano en su mejilla.

—No sé qué es exactamente eso que tú crees y tu hermano no, pero a mí no me pareces la clase de mujer capaz de engañarse a sí misma por ninguna razón.

El corazón de Charlotte palpitó con fuerza.

—Yo… no tengo pruebas, pero no creo que nuestra madre muriera en ese accidente como nos dijo Spencer.

Capítulo Siete

Alexandre se quedó callado un buen rato, y Charlotte se preguntó si estaría pensando que estaba loca.

— ¿Y has hecho algo por intentar averiguar la verdad? —inquirió él por fin.

—Bueno, he investigado un poco acerca de mis raíces —respondió ella tocándose inconscientemente el cabello negro como el azabache— … o las raíces de mi madre más bien.

—Que también son las tuyas —replicó él con firmeza—. Nadie puede quitarte eso; no importa dónde te hayas criado.

Charlotte tragó saliva.

—Lo de que mi madre era sioux... la verdad es que yo no lo recordaba, pero mi hermano Walker si.

Al ver que Alexandre permanecía callado, esperando que continuara, siguió hablando.

—Decidí preguntarle a Spencer acerca de ella cuando tenía quince años —murmuró—. Me dijo que procedía de una reserva de Dakota del Sur.

— ¿Y has podido averiguar cuál? —inquirió él.

No había incredulidad en el tono de su voz, y Charlotte, sintiéndose un poco más tranquila a ese respecto, decidió compartir con él lo que sabía. Le había hablado de ello a Jillian, de su convencimiento de que su madre no había muerto realmente en ese accidente, pero no le había confiado los detalles de las pesquisas que había estado llevando a cabo.

En ese momento, sin embargo, en los brazos de aquel hombre en el que confiaba y que estaba dispuesto a escuchar, sintió que quería hablar de ello.

—Hay una reserva muy grande llamada Pine Ridge en Dakota del Sur, aunque está en la frontera con Nebraska. La gente que hay allí son oglala lakota —hizo una pausa para tomar aliento—. Por lo que me han dicho mi madre era de ese lugar, y sé que Spencer nació y se crió en Nebraska, así que tendría sentido que mi padre hubiese pasado allí también su juventud y hubiese conocido a mi madre.

Miró a Alexandre y él asintió.

—Oui, sería lo más lógico. ¿Sabes dónde se fueron a vivir tus padres después de casarse?

Charlotte negó con la cabeza.

—No. Walker me dijo que antes del accidente teníamos una granja, pero no recuerda el nombre del sitio donde estaba, y lo único que me respondió Spencer cuando le pregunté fue que estaba a las afueras de un pueblo tan pequeño que ni se había molestado en aprenderse el nombre.

Charlotte estaba segura de que no le había dicho la verdad.

Probablemente tenía miedo de que averiguase demasiado, de que dejase en evidencia sus mentiras y su hermano se apartase de él. Walker era la única persona por la que su tío parecía sentir aprecio, y sin duda no querría volver a mirarlo a la cara si las sospechas que ella tenía resultasen ser ciertas.

—Tienes derecho a saber, Charlotte —le dijo Alexandre—. Y si me lo permites me gustaría ayudarte en tu búsqueda.

Algo en el tono de su voz le dijo a la joven que comprendía la inquietud que sentía mejor de lo que jamás habría podido imaginar.

—Nadie antes me había creído —susurró emocionada—; nadie me había escuchado de verdad.

Le echó los brazos al cuello y hundió el rostro en su pecho. Alexandre la estrechó con fuerza contra sí, consciente de pronto de la vulnerabilidad que había tras esa fachada de mujer fuerte.

—Oh, Charlotte.... —le dijo acariciándole la espalda y susurrándole luego palabras de consuelo en su propio idioma.

Al cabo de un rato la joven pareció relajarse, y con la cabeza aún apoyada en su pecho murmuró:

—Se me ha ocurrido que la manera más directa de saber si lo que nos dijo Spencer es verdad o no sería viendo su... su certificado de defunción.

—Por supuesto —asintió él—. ¿Has pedido ya que te envíen una copia?

—No —confesó ella avergonzada—. Me da miedo descubrir que puedo estar equivocada. En ese sentido Walker tiene razón: no quiero admitir que lo hemos perdido todo; quiero tener a alguien a quien pueda llamar «mamá», alguien que me llame «hija» —musitó levantando la cabeza y mirándolo con los ojos llenos de dolor—. No... no quiero que esté muerta.

El verla tan triste le partía el corazón a Alexandre. No sabía por qué, pero la felicidad de Charlotte se había convertido en algo muy importante para él. Al contrario que las mujeres a las que había conocido hasta entonces, sus emociones eran siempre sinceras. Las lágrimas que estaba luchando por contener en ese momento eran tan auténticas como su risa, y en sólo unos días se había encontrado con que no podría soportar verla llorar, ni tampoco vivir sin su risa.

La abrazó con ternura, besándola en los labios, en las mejillas, en la nariz..., y peinó con los dedos su suave cabello.

—Lo comprendo, chérie, pero yo creo que el no saber puede doler aún más que la verdad —le dijo.

Y verdaderamente lo pensaba, aun cuando las verdades que había aprendido siendo niño le habían hecho mucho daño.

—Yo... tienes razón; no voy a rendirme —respondió ella, mirándolo con una determinación que lo sorprendió.

—Y yo estaré a tu lado si me necesitas —le dijo él.

Aunque quería hacer algo más que darle su apoyo, averiguar la verdad antes que ella para poder evitarle cualquier dolor si finalmente resultase que su corazonada no era cierta, comprendía también que necesitaba hacer aquello por sí misma.

En vez de tomar por descabellada su convicción de que su madre seguía aún viva, o de darle falsas esperanzas, Alexandre simplemente le había ofrecido un hombro en el que apoyarse, y aquello significaba mucho para ella.

Esa noche, antes de irse a acostar, decidida a seguir adelante con sus pesquisas como él le había animado a hacer, se sentó frente al ordenador y lo encendió para conectarse a Internet.

No le llevó demasiado tiempo encontrar la página web de la oficina del registro civil de Nebraska. Certificados de nacimiento, de matrimonio... de defunción. Allí estaba. Decidió solicitar el certificado de defunción de su padre y de su madre, y aunque hubiera sido más rápido hacerlo directamente por Internet, prefirió imprimir los impresos para rellenarlos y mandarlos por correo ordinario. Necesitaba algo tangible, una prueba de que su búsqueda ya no estaba estancada por su temor a haberse equivocado en su corazonada, de que iba a seguir avanzando hacia la verdad, fuera cual fuera.

Según lo que decía en la página web tardaría unos días en recibir los certificados después de haber enviado la solicitud, pero no le importaba esperar aunque fuera una semana. ¿Qué eran unos días en comparación con toda una vida queriendo saber?

Sólo cuando lo que había escrito empezó a difuminarse ante sus ojos se dio cuenta de que se le habían llenado de lágrimas. Sin previo aviso, el dolor por la perdida de sus padres, que yacía dormido en el fondo de su alma pero no olvidado, volvió a sacudirla, haciéndole perder la compostura, y se sintió perdida y desolada.

Era demasiado pequeña cuando ocurrió aquel accidente como para poder acordarse bien de sus padres, pero sí quedaban en su mente recuerdos aislados y emociones que había sentido. La risa de su padre, el sol en el rostro de su madre, su mano acariciándole la cabeza... y sobre todo cariño, un cariño muy fuerte gracias al cual se había sentido segura.

Nunca había olvidado eso, sobre todo porque tras ser «adoptados» por Spencer no habían vuelto a recibir de nadie ese amor incondicional. Walker había hecho lo que había podido, pero durante todo ese tiempo nunca había dejado de echar de menos a su madre, sobre todo en su adolescencia, y para entonces ya ni siquiera tenía a su hermano para hablar de las cosas que la preocupaban porque había

caído en las redes de Spencer.

Sin poder contenerse ya dejó que las lágrimas rodaran por sus mejillas y en medio de sus sollozos sintió cómo la soledad caía sobre ella como un pesado embozo. Unos días atrás no habría tenido más remedio que sobrellevar aquello sola, pero esa noche su corazón se rebeló. Con manos temblorosas tomó el teléfono y marcó el número del móvil de Alexandre.

— ¿Alexandre? —murmuró cuando le contestó medio dormido.

— ¿Ma petite? ¿Qué te ocurre? —inquirió él preocupado, despertándose de pronto por completo.

—Acabo de sacar por impresora los papeles para pedir los certificados de defunción de mis padres —le dijo secándose las lágrimas —, y los he rellenado.

— ¿Necesitas compañía? ¿Quieres que vaya?

—No, yo... perdona que te haya despertado—murmuró ella avergonzada pasándose una mano por el cabello—. Es una tontería.

—No tienes que disculparte por haberme llamado —replicó él—. Es muy halagador que una mujer como tú, capaz de cuidar de sí misma, confié en ti lo suficiente como para llamarte cuando lo necesita.

—Adulador —le reprochó ella esbozando una leve sonrisa.

Había dejado de llorar, pero todavía sentía el dolor muy adentro.

—Estaré ahí enseguida. Y no vuelvas a ponerte a llorar o me enfadaré.

Sonriendo de nuevo ante esa orden, Charlotte colgó el teléfono y fue a la cocina a preparar café. Alexandre llegó justo cuando había acabado de hacerse, y nada más abrirle ella la puerta la miró a la cara y la abrazó.

—Has estado llorando —la acusó como si eso fuera algo imperdonable.

—A veces lo hago —le dijo ella para picarlo.

—Pero te dije que no volvieras a hacerlo, y además no me gusta que llores. Prométeme que no volverás a hacerlo.

Charlotte sonrió ante aquella orden tan tierna.

— ¿Eres de esos que se derrumban al primer signo de lágrimas en una mujer?

—No, sólo tus lágrimas me hacen sentirme débil, así que ten piedad de mí y no vuelvas a llorar.

—He hecho café —murmuró Charlotte—. ¿Te apetece una taza?

—Luego —respondió él—. Ahora estoy abrazándote.

Charlotte no protestó. Hasta conocer a Alexandre nunca había imaginado que un simple abrazo pudiera proporcionar tanta dicha, pensó sintiendo que se derretía por dentro.

No habría sabido decir cuánto tiempo estuvo así, abrazada por Alexandre mientras le acariciaba el cabello y le susurraba palabras de

consuelo al oído. Su ternura no sólo aplacó su dolor, sino que también le dio el valor suficiente para admitir aquello contra lo que había estado luchando desde el primer día: estaba enamorándose de él.

—Eres un hombre extraordinario —le dijo alzando una mano para acariciarle la mandíbula.

Alexandre sacudió la cabeza.

—Non, Charlotte, no soy ningún caballero andante de brillante armadura; aunque por ti me gustaría llegar a serlo.

La joven sonrió.

—Reconozco a un caballero cuando lo veo —replicó—; incluso a los de armadura oxidada.

La expresión de Alexandre se ensombreció repentinamente.

—Quizá el problema sea que ni siquiera tengo una armadura —murmuró apartando un mechón de su rostro—. ¿Qué dirías si te dijera que por mi nacimiento soy un bastardo, y no un caballero?

No acostumbraba a hablar de aquello con nadie, pero necesitaba saber si Charlotte aún lo aceptaría a pesar de su condición de hijo ilegítimo.

—Alexandre Dupree, ¿no pensarás de verdad que por su nacimiento un hombre valga menos que otro? —le espetó frunciendo el entrecejo—, porque si tú eres un bastardo entonces yo soy una mestiza.

Los ojos de Alexandre relampaguearon, y tomándola de la barbilla le dijo:

—No vuelvas a usar esa palabra para referirte a ti misma.

Charlotte lo miró con los ojos muy abiertos, pero Alexandre no vio en ellos temor, sino una confianza tal que lo conmovió.

—No lo haré si tú prometes hacer lo mismo.

—Eres dura negociando, ¿eh? —dijo él esbozando una sonrisa. Selló su acuerdo con un beso que rayaba en lo territorial—. Y también una mujer única y preciosa... el producto de la unión de dos personas que a pesar de pertenecer a culturas distintas se amaban lo suficiente como para que no les importaran sus diferencias. Deberías estar orgullosa de eso.

—Lo estoy —respondió ella con una sonrisa—. ¿Y tú?, ¿no quieres hablarme de tus padres?

—Quizá en otra ocasión lo haga, pero creo que hoy deberíamos hablar sólo de los tuyos —contestó Alexandre.

Por un momento pensó que Charlotte se sentiría molesta porque hubiera eludido el asunto, pero respetó que no quisiera hablar de ello, y le dijo:

—Me gustaría que quedara entre nosotros esto de los certificados que voy a pedir... hasta que sepa cuál es la verdad.

Alexandre asintió con la cabeza.

—Puedes confiar en mí, cherie… llevo toda la vida guardando secretos.

Charlotte lo miró confundida pues nunca le había oído emplear un tono tan cínico.

— ¿Tampoco vas a explicarme qué has querido decir con eso?

Los labios de Alexandre se curvaron en una sonrisa, pero en sus ojos castaños relumbraba un brillo amargo.

—Quizá en otra ocasión.

En lugar de sentirse ofendida porque no quisiera hablar de ello, Charlotte sintió una punzada de ternura. Sin apartar sus ojos de los de él, le rodeó el cuello con los brazos. Se notaba el corazón latiéndole como un loco, y estaba segura de que debía haberse puesto roja como una amapola.

Antes de conocer a Alexandre no había bajado la guardia con ningún hombre, no le había permitido a uno solo acercarse a ella, y aunque con él había sido distinto, tuvo la sensación de que en ese momento necesitaba que ella tomase la iniciativa.

Lo había llamado porque necesitaba que la abrazase, pero ahora que su dolor se había aplacado quería hacer que él se sintiese mejor también. Aquel hombre tan atractivo y sensual necesitaba ternura, igual que ella, y no habría podido decir cómo lo sabía, pero así era.

Una sonrisa sorprendida se dibujó en los labios de Alexandre y se extendió a sus ojos.

— ¿Qué ocurre, ma petite?, ¿por qué estás mirándome así?

—Me gustaría besarte —le susurró Charlotte, sintiendo cómo los fuertes latidos de su corazón resonaban en sus oídos.

—Pues yo nunca diría que no a un beso tuyo —murmuró él.

Agarrándose al cuello de Alexandre, Charlotte se puso de puntillas, apretó suavemente sus labios contra los de él, y lo sintió estremecer.

En ese momento fue como si un travieso espíritu que hubiera yacido dormido en el interior de la joven despertase. Pasó la lengua por el labio inferior de Alexandre, y él la atrajo un poco más hacia sí, sin preocuparse por ocultarle lo excitado que estaba. Esa vez fue ella quien se estremeció al sentir la sacudida de una repentina ráfaga de calor.

Volvió a pasar la lengua por el labio inferior de Alexandre, y al hacerlo lo oyó emitir un gruñido de satisfacción. La boca de él se apretó entonces con fuerza contra la suya, como ordenándole en silencio que dejara de jugar y abriera la boca, y Charlotte casi sonrió ante lo que le costaba renunciar al control… pero sólo casi. Se notaba ardiendo por dentro y lo único que quería era hacer exactamente lo que él le había pedido sin palabras.

El suspiro que exhaló cuando se rindió a él fue una tentación a la que no se pudo resistir, una forma de comprobar el poder que había descubierto que tenía sobre él, y la reacción que tuvo Alexandre hizo

que un cosquilleo maravilloso le recorriera la espalda. Su cuerpo se puso rígido de la excitación y los dedos de su mano se enredaron en sus cabellos y tiraron suavemente, haciéndole echar la cabeza hacia atrás.

Charlotte respondió apretándose aún más contra él, y la recompensa que obtuvo fue un beso tan ardiente que sus rodillas flaquearon. Por suerte Alexandre la tenía firmemente asida por la cintura, y con un suave gemido se abandonó a las sensaciones que estaba experimentando.

Alexandre, por su parte, estaba también dejándose embriagar por Charlotte. Era la primera vez que era ella quien iniciaba un beso, y aquello le parecía ya muchísimo más de lo que jamás habría esperado conseguir, pero le había dado mucho más: se había rendido a él por completo, demostrándole hasta qué punto confiaba en él.

Estaba muy claro que confiaba en que fuera él quien detuviera aquello a pesar de que a ambos el cuerpo les pedía que continuaran. Como había escrito en su diario, Charlotte no era una mujer que se tomase a la ligera el hacer el amor, y él no se sentiría satisfecho a menos que ella se entregase a él con pleno convencimiento, así que tirando suavemente de su labio inferior entre los suyos, puso fin al beso.

Charlotte lo miró con ojos enturbiados de pasión.

—Alexandre… —murmuró con voz ronca, en una muda invitación —. ¿Por qué has parado?

Se puso de puntillas de nuevo y volvió a besarlo, pero él, aunque le costó la misma vida, despegó de nuevo sus labios de los de ella al cabo de apenas unos segundos.

—Eres capaz de tentar a un hombre hasta hacerle perder la razón, Charlotte.

La joven frotó la nariz contra su cuello e imprimió por la línea de su mandíbula un reguero de besos y pequeños mordiscos.

Alexandre sintió que la frente se le perlaba de sudor. Ninguna mujer lo había excitado nunca tanto como lo excitaba Charlotte. Nada habría querido más en ese instante que llevarla al dormitorio y enseñarle todas las cosas que podía enseñarle, pero se había propuesto ir despacio como ella había escrito en su diario y lo haría.

Resultaba difícil sin embargo cuando los labios de ella estaban descendiendo en ese momento por su cuello y su cuerpo estaba frotándose contra el suyo en una tortura deliciosa.

Cuando llegó al cuello abierto de su camisa no se detuvo, sino que imprimió un cálido beso justo entre sus clavículas, y Alexandre se puso rígido.

—Charlotte… —le suplicó.

La joven alzó el rostro y le sonrió con picardía.

— ¿Puedo desabrochar un botón? —le preguntó.

—Non —gruñó él—, ya lo creo que no. Vas a acabar conmigo.

—Por favor —le insistió ella mimosa.

Alexandre nunca hubiera imaginado que un día se vería a sí mismo a punto de animar a una mujer a hacer con él lo que quisiera, pero era exactamente lo que estaba deseando en ese momento.

—Está bien —concedió bajando a su nuca la mano que había estado enredada en su pelo—, pero sólo uno.

Charlotte deslizó las manos desde su cuello hasta su pecho y desabrochó el primer botón antes de extender sus dedos sobre el triángulo de piel que había quedado al descubierto, haciendo estremecer a Alexandre.

—El vello de tu pecho es... más duro que el de tus brazos —observó la joven en un murmullo.

Alexandre inclinó la cabeza.

— ¿Te gusta?

Ella asintió, y al hacerlo su largo cabello resbaló como una cascada de oscuras aguas sobre la mano de él, que seguía en su cuello.

— ¿Qué tal es tu capacidad de autocontrol? —le preguntó Charlotte alzando el rostro y mirándolo con ojos llenos de deseo.

En lo que a ella se refería a la vista estaba que más bien poco, pensó Alexandre.

— ¿Qué es lo que quieres de mí, cherie?

Las mejillas de la joven se tiñeron de rubor, pero no se apartó de él.

—Quiero seguir.

Alexandre tragó saliva y trató de respirar.

—Está bien —asintió.

Sabía que debería haberla detenido, pero no tuvo fuerzas para hacerlo. Si aquello era lo que quería, hallaría el modo de controlar sus apetitos.

Capítulo Ocho

Cuando Charlotte desabrocho otro botón de la camisa de Alexandre tuvo que reprimir un gemido de excitación.

Su cuerpo era más hermoso de lo que nunca había imaginado, e incapaz de resistir la tentación apretó sus labios contra el trozo de piel que había destapado.

Alexandre emitió un gruñido, y la joven notó los fuertes latidos de su corazón a través de las yemas de sus dedos, que permanecían aún sobre su pecho.

Encantada con esa recién descubierta habilidad para darle placer, Charlotte desabrochó otros dos botones, y de pronto se encontró con la cinturilla del pantalón. Tragó saliva, tiró para sacar la camisa, y desabrochó el último botón. Comenzó a tocarlo, y el tacto de la piel desnuda de Alexandre bajo sus manos hizo que se le cortara el aliento.

—Charlotte...

La joven se mordió el labio y alzó el rostro para mirar el de él. Alexandre había cerrado los ojos y tenía la mandíbula apretada en un claro intento por controlar el deseo de tomar las riendas. No necesitaba saber nada más, se dijo Charlotte; aquélla era la prueba definitiva de que la decisión que acababa de tomar era la correcta.

—Alexandre —lo llamó.

El abrió los ojos y bajó la vista.

—Dime, ma petite.

—Hazme el amor.

Aquellas palabras hicieron que el corazón empezara a latirle salvajemente a Alexandre.

—Charlotte, no creo que ahora mismo estés emocionalmente en condiciones de... Puede que ahora te sientas muy convencida de que es eso lo que quieres, pero también puede que mañana por la mañana te arrepientas.

Y eso sería algo que él no podría soportar.

La sonrisa que Charlotte le dirigió al ponerse de pie fue tan dulce y luminosa que casi lo cegó con su belleza.

—Dudo que pueda arrepentirme de hacer el amor contigo.

— ¿De verdad estás segura? —se obligó a preguntarle él, luchando contra esa parte salvaje de sí mismo que quería lanzarse sobre ella.

—Sí.

Alexandre se estremeció de arriba abajo, y tomándola por los hombros se los apretó suavemente.

—Aun así no creo que debamos. Yo... no he traído ningún preservativo —le dijo.

No era que le preocupara dejarla embarazada, porque por primera vez en su vida, tratándose de una mujer tan increíble corno ella, le

pareció que tener un bebé juntos sería un regalo del cielo y no un problema. Lo que le preocupaba precisamente era que no le preocupara. ¿Hasta qué punto se había adueñado Charlotte Ashton de su corazón?

La joven depositó un beso en su pecho, justo sobre su corazón.

— ¿Recuerdas ese día que te dije que había ido a la ciudad y tú te enfadaste porque ya había oscurecido cuando regresé?

Por supuesto que lo recordaba; era el día que había encontrado su diario, y debería confesarle lo que había hecho, pero temía destruir de un plumazo la fe que Charlotte había depositado en él.

—Sí.

—Bien, pues... el caso es que... compré una caja —le dijo ella sonrojándose y agachando la cabeza—. No sabes la vergüenza que pasé... Nunca había comprado preservativos. Tenía la impresión de que todo el mundo estaba mirándome.

Alexandre reprimió una sonrisa.

— ¿Y por qué los compraste? En fin, quiero decir... entonces nosotros ni siquiera...

Lo cierto era que se sentía aliviado de saber que ella sí había pensado en esa posibilidad; habría sido una auténtica tortura tener que marcharse de allí así, estando tan excitado como estaba.

—Bueno, porque... aunque no tengo ninguna experiencia me conozco —respondió ella alzando el rostro para mirarlo—, y sabía que por mucho que intentara convencerme de que entre nosotros no ocurriría nada, antes o después acabaría en tus brazos.

Era la primera vez que Charlotte reconocía que no tenía experiencia, pero él lo habría adivinado aunque no hubiera leído su diario porque por su inocencia era algo obvio. La joven lo tomó de la mano y Alexandre dejó que lo condujese hasta el dormitorio.

Charlotte iba caminando de espaldas, y él se fijó en que los ojos se le iban todo el tiempo a su pecho desnudo. Era tan adorable que darle ternura no iba a costarle nada en absoluto, se dijo sin poder reprimir una sonrisa traviesa.

— ¿Qué? —inquirió ella.

Ya habían llegado a la habitación y estaban los dos de pie junto a la cama. Alexandre extendió la mano libre y le peinó el cabello con los dedos.

—Nada, chérie, es sólo que me encanta el modo en que me deseas.

Las mejillas de Charlotte se tiñeron de rubor, pero cuando le respondió lo hizo mirándolo a los ojos.

—Es que... cuando te miro, siento que quiero tocarte.

Alexandre volvió a sonreír.

—Y es algo que yo jamás te negaría, ma petite —le dijo—... no cuando a mí me cuesta tanto mantener mis manos alejadas de ti.

Cuando ella alzó el rostro hacia él Alexandre aceptó aquella muda invitación y la besó. Al principio fue un beso tierno, pero poco a poco fue convirtiéndose en algo mucho más intenso. Dejándose llevar, comenzó a besarla como había soñado desde el día en que la había conocido, al tiempo que sus manos recorrían su cuerpo, y cuando las introdujo por debajo de su suéter y sintió el tacto cálido de su piel creyó que el corazón iba a salírsele del pecho.

Charlotte gimió dentro de su boca, pero no hizo intención alguna de apartarse de él. Alexandre le levantó los brazos para poder sacarle el suéter, pero se tomó su tiempo. Nunca había visto una piel tan hermosa como la de Charlotte, con ese brillo dorado, tan llena de vida... Acabó de sacarle el suéter de un tirón y lo arrojó al suelo, dejándola allí, frente a él, vestida sólo con unos vaqueros y un sostén de algodón blanco.

Por un instante sus instintos más primitivos se apoderaron de él y sintió deseos de saltar sobre ella como un depredador, pero conteniéndose le rodeó la cintura con un brazo, la atrajo hacia sí, y hundió el rostro en el hueco de su cuello. No fue una buena idea, sin embargo, porque el olor de su perfume lo excitó aún más.

— ¿Alexandre? —susurró ella peinándole el cabello con los dedos de una mano al tiempo que lo apretaba contra sí con la otra.

Deslizando la mano libre hasta su costado, Alexandre se puso a besar la piel que tan tentadoramente cerca estaba de sus labios. Notó a Charlotte estremecerse, y cómo la mano que estaba en su cabello se cerraba en un puño. Fue esa reacción de ella lo que le hizo recobrar el control.

Aquella noche era para Charlotte. Cuando hubiera satisfecho su deseo podría atender el suyo, pero quería que esa primera vez fuera perfecta para ella porque no se merecía menos. Le preguntó al oído dónde había guardado los preservativos.

—En el cajón de la mesilla de noche —le contestó ella en un murmullo.

Los labios de Alexandre abandonaron su cuello y recorrieron la línea de su mandíbula con pequeños besos hasta alcanzar su boca de nuevo, y Charlotte le respondió con pasión, permitiendo que su sensual naturaleza saliera a la superficie.

La erección de Alexandre se apretó contra su blando vientre cuando se arqueó, y él tuvo que apretar los puños para reprimir el impulso de empujar sus caderas contra las de ella. Inspirando tembloroso, relajó una mano y le acarició la espalda.

Charlotte se pegó más a él en una invitación muda para que tomara de ella lo que quisiese. Lo que él quería era desnudarla para poder adorar su cuerpo desde la cabeza a los pies, se dijo desabrochándole el botón de los vaqueros sin dejar de besarla.

Charlotte emitió un gemido que a Alexandre le pareció de protesta y despegó sus labios de los de ella, pero al mirarla comprendió que no era que quisiese que parara, sino que quería observar mientras la desvestía.

Debía haber imaginado que una mujer de una naturaleza tan sensual querría saborear cada momento, se dijo.

Los ojos de Charlotte descendieron hasta su mano, que estaba bajándole lentamente la cremallera. Alexandre había pensado quitarle los pantalones de un tirón, pero con la mirada de ella pendiente de su mano decidió ser un poco travieso.

Con el corazón latiéndole con fuerza, introdujo una mano dentro de sus pantalones y la apretó contra su pubis a través de las braguitas.

Charlotte dio un respingo y se aferró a sus brazos, pero él la asió con más firmeza por la cintura y la acarició un poco allí abajo... lo justo para tentarla. La joven, a quien ya empezaba a faltarle el aliento, lo miró como pidiéndole que siguiera.

— ¿Qué me darás a cambio si continúo? —inquirió para picarla.

Charlotte lo miró con los ojos muy abiertos, se humedeció el labio inferior, y empujó las caderas contra su mano. Una vez... dos veces...

—Creo, ma petite, que te has propuesto volverme loco —le dijo Alexandre con voz ronca, sacando la mano de sus pantalones antes de que el calor y la humedad acabaran con su mermada capacidad de autocontrol.

—Alexandre... —protestó ella haciendo pucheros.

Por toda respuesta, Alexandre le bajó los vaqueros hasta los tobillos.

—Levanta los pies para que pueda acabar de quitártelos, chérie.

Charlotte obedeció apoyándose en sus hombros para no perder el equilibrio, y en unos segundos Alexandre se había deshecho de la molesta prenda. Cuando alzó la vista se encontró con una sirena de ojos brillantes, piel dorada, y cabellos de seda. Vestida como estaba únicamente con el sencillo sujetador blanco de algodón y unas braguitas a juego estaba increíblemente sexy.

Al ir a incorporarse, Alexandre le acarició las pantorrillas y la parte trasera de los muslos, regocijándose en el suave tacto de su piel y en el modo en que Charlotte se estremeció, sobre todo cuando sus manos pasaron sobre la curva de sus nalgas.

Ya de pie frente a ella, volvió a besarla tentado por el aspecto sensual de sus labios, ligeramente hinchados, y Charlotte le pasó los brazos por la cintura de un modo posesivo.

A Alexandre le gustó que estuviese empezando a considerarlo como suyo, y plegándose al ruego que le hizo tirándole de la camisa, se la quitó. Charlotte suspiró dentro de su boca y, cuando comenzó a frotarse contra su torso, Alexandre creyó que iba a enloquecer al sentir sus senos a través del sujetador de algodón. Consciente de que le

faltaba poco para perder el control, la condujo a la cama.

—Échate, ma chérie.

A regañadientes, la joven dejó de tocarlo y se encaramó al lecho. Al hacerlo, la vista de su precioso trasero hizo que la erección de Alexandre palpitara, pero por fortuna Charlotte se tumbó sobre la espalda y le dio unos segundos de alivio… hasta que le tendió la mano para que fuera con ella.

Con un gruñido se sacó los zapatos, arrojándolos a un lado, y se deshizo de los pantalones, pero no queriendo asustarla con la evidencia de su excitación, se dejó puestos los calzoncillos antes de subir al colchón con ella.

Inspirando profundamente recorrió su sinuoso cuerpo con una mano, y mientras lo hacía notó que se le secaba la boca de deseo. Era perfecta, la perfección personificada, todas sus fantasías hechas realidad. Nunca había estado con ninguna mujer a la que desease tanto como la deseaba a ella.

— ¿Por qué estás tan callado? —le preguntó Charlotte mirándolo algo preocupada.

—Sólo estoy regalándome la vista con tu belleza —le dijo—. Eres tan preciosa que podría mirarte durante horas, aunque admito que la tentación de tocarte sería difícil de resistir.

Y, tras decir eso, acarició la curva de su cadera.

—Debía haber imaginado que me responderías algo así para escandalizarme —murmuró ella sonrojándose pero esbozando una sonrisa pícara.

Inclinándose, Alexandre la besó suavemente en los labios una y otra vez.

—Creo que me estoy volviendo adicto a ti, chérie.

Charlotte subió las manos a sus hombros y Alexandre la besó en el cuello antes de deslizar una mano por debajo de ella para desabrochar el sujetador. Las manos de Charlotte, por su parte, estaban jugueteando con su cabello y acariciando la sensible piel de su nuca, y esa vez fue él quien se estremeció.

—Nunca imaginé que seria tan maravilloso sentir el peso de un hombre sobre mí —murmuró Charlotte.

El levantó la cabeza y la miró fingiéndose ofendido.

—Mi peso, querrás decir, no el de cualquier hombre.

Sin apartar sus ojos de los de él, Charlotte se bajó los tirantes, se quitó el sujetador, y lo arrojó al suelo.

—Bueno, hasta hace nada ni siquiera sabía que existías —le respondió burlona.

Alexandre tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no acariciar inmediatamente esos hermosos senos bajo su pecho.

—Mmm… ¿Y en los brazos de quién te imaginabas entonces?

La sonrisa que se había dibujado en los labios de Charlotte se tomó sensual.

—Creo que siempre había soñado contigo sin saberlo.

Alexandre la besó hasta casi dejarla sin aliento, y comenzó a acariciar su cuerpo de nuevo deleitándose en su tacto aterciopelado. Quería besar cada centímetro de su piel, ir muy despacio, pero no estaba seguro de si tendría la paciencia suficiente, ni si podría sobrevivir a aquella deliciosa tortura.

La besó en las mejillas, por toda la línea de la mandíbula, en ambas clavículas, y cuando los dedos de Charlotte volvieron a aferrarse a su pelo y la oyó suspirar supo que por ella sería capaz de sacar fuerzas de flaqueza y hallar en su interior la paciencia necesaria para darle la ternura que necesitaba.

Comenzó pues de nuevo a acariciarla, prestando esa vez más atención a esas zonas de su cuerpo que aún no había tocado, y cuando estaba concentrado en sus senos sintió que no podía más y que quería tomarlos en su boca.

Charlotte se arqueó al tirar él suavemente de un pezón con los dientes y, más tarde, cuando sus dos senos estaban brillantes por las caricias de su lengua, su respiración se había vuelto agitada.

Las manos de Alexandre se aventuraron más allá, más al sur, y cuando se encontraron con las braguitas les faltó tiempo para deshacerse de ellas antes de continuar su expedición por aquel terreno lleno de colinas y valles.

Charlotte se arqueó involuntariamente cuando los largos dedos de Alexandre se deslizaron sobre su vientre, y cuando su mano bajó por la cadera para ir a descansar sobre la sensible piel del muslo, tan cerca del lugar cálido y húmedo de entre sus piernas, sintió deseos de suplicarle que diera el siguiente paso.

— ¿Estoy yendo demasiado rápido, chérie?

— ¿Rápido? —repitió ella con incredulidad—. Si vas más despacio acabaré derritiéndome con un cubito de hielo.

Alexandre esbozó una sonrisa maliciosa y su mano se deslizó hacia la delicada piel de la cara interna de uno de sus muslos. Como había esperado, un gemido escapó de los labios de la joven.

—La idea de raptarte y llevarte a mi chalet en los Alpes Suizos cada vez me parece más atractiva —murmuró.

La joven lo miró a los ojos.

—No soy un trofeo —le dijo sin saber por qué era importante para ella que él comprendiera eso.

Alexandre se puso muy serio.

—Oui; tú eres mucho más valiosa que un mero trofeo.

Charlotte le acarició los labios con las yemas de los dedos y Alexandre las besó antes de inclinarse y tomar sus labios de nuevo.

La joven sintió que los últimos vestigios de su timidez y de su vacilación inicial estaban desintegrándose gracias a la exquisita ternura de Alexandre. De pronto él se estremeció, y Charlotte lo oyó abrir el cajón de la mesilla y tantear en busca de los preservativos. Con un gruñido de frustración interrumpió el beso el tiempo justo para quitarse los calzoncillos, abrir la caja, sacar un preservativo y colocárselo, antes de volver de nuevo con ella y tomar otra vez posesión de sus labios.

Sin nada ya que los separase, cuando su mano volvió a acariciar la cara interna de unos de los muslos de Charlotte la joven se estremeció y abrió sus piernas para él.

Con mucho cuidado Alexandre colocó una de ellas en torno a su cintura y ella siguió su ejemplo con la otra antes de que él comenzara a imprimir un reguero de besos desde su boca hasta sus senos. La mano de él se deslizó entre sus cuerpos para tocarla del modo más íntimo posible, y Charlotte exhaló un gemido ahogado de placer.

Se aferró a sus hombros, y él comenzó a hacerle el amor con los dedos, acariciándola por dentro. Al oírla gemir de nuevo, Alexandre dedicó también atención a sus senos redoblando así las ráfagas de calor que estaban sacudiéndola.

Incapaz de articular palabra, Charlotte lo besó y lo acarició también, pero la respiración se le cortó cuando de pronto los músculos de su vagina comenzaron a estrecharse en torno a él, y pronto fue como si en su interior explotaran los más increíbles fuegos de artificio.

Cuando las ondas del placer se fueron disipando segundos después y recobró la capacidad de pensar, le susurró:

—Alexandre... yo quería que llegáramos juntos...

Los ojos de él refulgieron de deseo.

—Esta vez lo haremos, ma petite —le prometió él sacando los dedos de su interior y posicionándose para penetrarla.

Cuando se introdujo en ella sus sensibles pliegues se estremecieron, pero rodeándolo con los brazos y las piernas le dio la bienvenida, y cuando Alexandre rompió la barrera que había en su interior apenas lo notó porque el dolor se confundió pronto en medio del placer.

Luego, Alexandre se quedó quieto, esperando a que su cuerpo se acomodara a él, y al cabo de unos instantes Charlotte sintió que si tenía que esperar mucho más para que continuara se moriría y emitió un gemido de impaciencia.

Alexandre acalló su protesta con un beso, y de una sola embestida se hundió por completo dentro de ella para luego comenzar a mover las caderas a un ritmo lento y suave que fue encendiendo poco a poco la pasión en el interior de Charlotte. Pronto, la joven se encontró de nuevo en medio de aquella tormenta eléctrica de placer.

Se miró en los ojos de Alexandre y vio los relámpagos en ellos, el deseo desatado... Quería decirle que no se contuviera, que se dejara

llevar, pero antes de poder decir nada los fuegos de artificiales empezaron de nuevo y, como si hubiese oído las palabras que ella no había llegado a pronunciar, el cuerpo de Alexandre se arqueó y supo que había soltado las riendas.

Esa vez alcanzaron el cielo juntos.

Capítulo Nueve

Charlotte se sentía maravillosamente relajada, como si todos los huesos de su cuerpo se hubiesen disuelto. Yacía tendida sobre Alexandre, el rostro hundido en el hueco de su cuello, inhalando su aroma a hombre.

La mano de él, que descansaba sobre su hombro bajó por su espalda para posarse finalmente en una de sus nalgas de un modo posesivo.

— ¿Estás despierta?

A Charlotte le encantaba el sonido de su voz, profunda y aterciopelada.

—Más o menos —contestó sonriendo contra su piel antes de hacer un esfuerzo y levantar la cabeza para mirarlo—, aunque no estoy segura de que mi cerebro pueda funcionar correctamente. Es como si se me hubieran fundido los plomos.

Los ojos de Alexandre brillaron divertidos.

—Me halagas.

Charlotte se rió.

—Es la verdad —le dijo—; ha sido increíble.

Un pensamiento inesperado cruzó por su mente, restando un poco de dicha a aquel momento.

— ¿Qué te ocurre, chérie?, ¿te encuentras mal? —inquirió él preocupado.

—No, estoy bien —replicó ella besándolo en la barbilla—. En realidad es una tontería —murmuró— ¿Te ofenderías si te preguntara algo muy personal?

—Ma petite, acabamos de compartir algo muy personal; por supuesto que puedes preguntarme lo que quieras.

—Bueno, es que... como estaba diciendo ha sido realmente increíble —continuó ella—, y supongo que me siento un poco celosa de las mujeres que me precedieron.

Alexandre acarició su rostro.

—Siempre he respetado a las mujeres con las que he tenido relaciones así que no diré que esas otras mujeres no significaron nada para mí, pero lo que hemos compartido esta noche tiene muy poco que ver con la experiencia, y en cambio todo con nosotros dos. Para mí el sexo nunca había sido algo tan intenso ni tan hermoso.

Charlotte lo adoró aún más por su sinceridad.

—Yo nunca he estado con otro hombre —le dijo alzando el rostro para mirarlo—, pero sé que nunca me arrepentiré de que lo hayamos hecho.

Sonriendo, cruzó los brazos sobre el pecho de él y apoyó la barbilla en las manos.

— ¿Has estado enamorado alguna vez? —le preguntó.

—Bueno, cuando no era más que un pipiolo, a los veinte años, me creí perdidamente enamorado.

— ¿Y qué pasó?

—Ella se llamaba Celeste y era muy hermosa, con unos deslumbrantes ojos azules, largo cabello rubio... era la gracia personificada.

Los celos volvieron a hacer presa de Charlotte.

—Ya veo —murmuró tocando su melena de ébano.

Alexandre reprimió una sonrisa divertida.

— ¿Y cómo es que no te casaste con ella? —inquirió Charlotte.

—Bueno, decidí que sería imprudente casarme con una mujer que había estado visitando las camas de todos mis amigos.

Charlotte parpadeó.

— ¿Qué?

—Según parece no quería... ¿cómo se dice?... apostar todo su dinero a un mismo caballo. Lo único que quería era cazar a un hombre rico, y por lo que he sabido Raoul, uno de mis ex amigos no ha tenido tanta suerte como yo porque se ha acabado casando con ella.

—Vaya, lo siento.

—Pues yo no —replicó él—. En aquel momento por supuesto me quedé destrozado, pero aquello pasó y en la distancia pude ver de lo que me había librado. Raoul nunca sabe dónde está su esposa, y yo sería incapaz de soportar un matrimonio así.

Charlotte se quedó callada durante un rato, rumiando lo que acababa de revelarle.

— ¿Es ése el motivo por el que tus relaciones son siempre tan cortas?, ¿porque no confías en que las mujeres podamos ser fieles?

La mirada de Alexandre se oscureció.

— ¿Qué sabes tú de mis relaciones?

—Bueno, sólo lo que he leído en algunos artículos de revistas en Internet —admitió ella—. Parece que por lo general tus relaciones no duran mucho.

—Veo que te has tomado en serio lo que he dicho antes de que podías preguntarme lo que quisieras —observó él.

Charlotte se sonrojó.

—Perdona si te he molestado —murmuró—. No era mi intención inmiscuirme en asuntos que no me conciernen.

Alexandre tomó un mechón de su cabello y tiró suavemente de él.

— ¿Cómo voy a haberme molestado? —replicó—. No seas boba.

Con un suspiro se movió de modo que se quedaron los dos tumbados sobre el costado, mirándose el uno al otro.

Charlotte puso las manos en su pecho y se apretó contra él.

—Me alegra que no te lo hayas tomado a mal —murmuró—. No querría que nada estropease esta noche.

Alexandre sonrió y la rodeó con los brazos.

—Eso sería imposible; esta noche hay magia en el ambiente.

Seducida por la calidez de su mirada, Charlotte le dio un mordisco juguetón en el hombro. Alexandre, que no se lo esperaba, dio un respingo, pero luego entornó los ojos y le dijo:

— ¿Conque quieres jugar, eh?

Charlotte sonrió traviesa.

—Pues vamos a jugar —murmuró él, saltando sobre ella.

Algo más de una hora después Charlotte yacía tumbada sobre la espalda, con una sonrisa soñadora en los labios. Estaba quedándose dormida cuando de pronto Alexandre habló.

—En realidad no fue Celeste quien me hizo cambiar, quien sacó mi lado amargo —murmuró—. Ya estaba desencantado con el género humano mucho antes de conocerla.

Al comprender que estaba respondiendo a la pregunta que le había hecho antes y no había llegado a contestar el sueño abandonó a Charlotte, que se incorporó un poco sobre la almohada para prestarle más atención.

— ¿Quién te hizo cambiar entonces? —inquirió. En lugar de contestar de un modo directo, Alexandre se salió por la tangente.

—Mi madre es muy francesa, una mujer... muy liberal —dijo.

— ¿Y qué hay de tu padre?

—Mi padre es un hombre muy rico, respetado... un hombre de éxito, y su esposa es una dama británica de la alta sociedad.

Charlotte no sabía muy bien cómo interpretar lo que le estaba diciendo.

— ¿Tu madre era su amante?

—No lo era; lo es —replicó él—. Lleva con él mucho tiempo; es el más constante. Al final siempre vuelve. Como te he dicho mi madre es muy liberal, y él lo es también.

A pesar del tono entre bohemio y hastiado que empleó, a Charlotte no le pasó desapercibida la amargura que destilaron sus palabras.

— ¿Y siempre lo has sabido? —inquirió con voz queda.

Habría querido abrazarlo, aliviar su dolor, pero sabía que un hombre tan fuerte como Alexandre Dupree se habría sentido incómodo si lo hubiera hecho.

—Oui, ma petite. De niño yo sabía que cuando mi padre se marchaba era porque se iba con su otra familia, y también sabía que si nos encontrábamos en público jamás debía llamarlo padre. Su esposa por supuesto sabe de mí, igual que sus hijos. Soy como un secreto a voces, pero nosotros los franceses somos muy... liberales para esas cosas —esbozó una sonrisa irónica—. De hecho, creo que su esposa tiene a un amante más joven que ella.

—Cielos. ¿Y por qué se casaron? —inquirió ella, incapaz de

comprender que nadie pudiera llevar una vida así.

—Por dinero, dulce Charlotte, por dinero. Sus familias querían que se casaran para poder fusionar sus negocios y crear un imperio —respondió él enredando los dedos en sus cabellos.

— ¿Y tu madre lo hizo por...?

Charlotte no se atrevió a terminar la pregunta, temiendo que Alexandre se molestase.

—No me ofendes, chérie —le aseguró él—. Mi madre nació en el seno de una familia pobre, así que no puedo culparla por haber elegido la vida de amante mantenida por un hombre adinerado en vez de resignarse a sobrevivir con cualquier empleo mal pagado hasta que su belleza y su fuerza interior hubieran muerto —se quedó callado un instante.

—Nunca hemos hablado de ello, pero creo que es feliz con la existencia que lleva. No sólo tiene a un amante que le concede todos los caprichos y a un hijo que la quiere y la respeta, sino que además vive holgadamente y lo que es más importante, tiene libertad.

Charlotte se sintió mal por él, por saber que durante toda su vida había llevado aquel dolor muy adentro, y que seguía acompañándolo a pesar de la fachada amable y risueña que solía mostrar. ¡Si supiera cómo ayudarlo, cómo devolverle la fe en el amor y la fidelidad...!

Sola en el invernadero el día siguiente Charlotte estuvo dándole vueltas a lo que le había revelado el hombre del que estaba empezando a enamorarse.

Nunca había tenido un padre que se sintiese orgulloso de llamarlo hijo, sino que desde una edad muy temprana le habían enseñado a no esperar nunca que lo reconociese siquiera corno tal. Le habían inculcado de un modo indirecto que su existencia era algo vergonzante que debía ser ocultado en público.

No quería ni imaginar el daño que debía haberle hecho algo así a un hombre tan sensible como Alexandre, y mucho menos lo mal que debía haberlo pasado de niño. Sentía deseos de estrangular a sus padres. A pesar de todo le había dicho que quería y respetaba a su madre, y lo comprendía, pero también había visto cinismo en su mirada cuando le había hablado de ella. Tal vez su cariño de hijo le hiciera disculpar muchas cosas, pero eso no significaba que no fuese consciente de sus faltas.

Y no sólo había sufrido en su infancia, sino que la única mujer a la que había amado, esa tal Celeste, lo había traicionado.

Alexandre no le había dicho en ningún momento que dudase de la capacidad de fidelidad del género femenino en general, pero leyendo entre líneas ésa era la impresión que ella había tenido, y no le extrañaría después de las experiencias que había tenido.

Además, Alexandre le había dicho que su padre era «el más constante», y eso sólo podía significar que no era el único amante que había pasado por la vida de su madre. Aquello tampoco debía haber sido agradable para él.

Y por si fuera poco estaba la esposa de su padre, que también tenía un amante. Dejando sobre el banco de madera las tijeras de podar que había estado usando para recortar los tallos de un arreglo floral que estaba preparando, se dijo que tenía que hallar el modo de hacerle ver que las cosas podían ser distintas, que no todas las mujeres eran iguales.

— ¿Por qué estás tan seria, ma petite? —dijo de pronto la voz de Alexandre detrás de ella.

Sintió su cuerpo apretarse contra su espalda y sus brazos rodearle la cintura antes de que la besara en el cuello haciéndola estremecer.

—Alexandre... ¿Qué haces aquí? —inquirió sorprendida—. Creí que estarías con Trace.

—Hemos terminado pronto con lo que estábamos haciendo y he venido a invitarte a almorzar.

—Me temo que no puedo, tengo que acabar esto—murmuró ella señalándole las flores y sintiéndose mal por tener que declinar—. Es un encargo especial de la señora Blackhill para su hija, que mañana cumple dieciséis años.

Personalmente no le parecía que los centros de rosas rojas que le había encargado la mujer fueran muy apropiados para la fiesta de cumpleaños de una chica de esa edad, pero después de haber visto a Tina Blackhill se había dado cuenta de que había una gran diferencia entre la adolescente que ella había sido, y aquella chica que se maquillaba como si tuviese veinte años.

— ¿Y no puedes hacer un descanso para comer conmigo? —insistió él entrelazando sus dedos con los de ella—. ¿Por favor?

Charlotte se mordió el labio. ¿Cómo podría resistirse?

—Bueno, supongo que porque me tome cuarenta minutos de descanso no pasará nada.

—Estupendo —dijo él con una sonrisa—. En ese caso creo que es una suerte que me haya traído la comida —añadió sacando de detrás de su espalda una cesta de picnic.

— ¡Oh, Alexandre! —exclamó ella abrazándolo—. Eres un encanto; siempre estás en todo. Además me encanta comer de picnic. ¿Cómo es que me conoces tan bien?

Alexandre sintió una punzada de culpabilidad. Quería contarle lo del diario, pero tenía la sensación de que si le confesase lo que había hecho la perdería porque Charlotte era una mujer muy celosa de su intimidad, y él la había invadido.

Sin embargo, no se arrepentía de haberlo leído; ni por un segundo.

Si no lo hubiera hecho, ella todavía estaría rehuyéndolo, negándose a salir de ese caparazón que había construido a su alrededor para protegerse.

—Porque te adoro —murmuró—. Ven; salgamos —le dijo tendiéndole la mano—. He traído un vino que quiero que pruebes.

— ¿Uno de los nuestros? —inquirió ella.

—No, por supuesto que no. Este es el mejor vino del mundo —le respondió él con una sonrisa socarrona sacando la botella de la cesta para que la viera—. Es uno de los míos.

Charlotte se echó a reír.

—Más vale que Trace no te oiga hablar así de nuestros vinos.

—Bueno, no es que vuestros vinos sean malos, pero son mejorables. ¿Por qué crees si no que me pidió que viniera a asesorarle? Vuestros vinos se venden bien, sobre todo el Brute Cuvee, pero en lo que se refiere a vinos con carácter Viñedos de Louret os supera con creces.

—Y espero que siga siendo así —dijo Charlotte con una mueca.

Alexandre arqueó las cejas.

— ¿Tú no tienes parte en el negocio familiar?

—No, y no es que quiera que se vaya a pique, claro está —contestó ella—, pero prefiero que Spencer no sea todopoderoso. Además, después de lo que le hizo a... —de pronto se quedó callada—. Bueno, no creo que te interese oír todo esto de la rivalidad entre parientes.

Alexandre extendió sobre el césped, junto al árbol bajo el cual habían hecho el picnic anterior, la manta que había llevado, depositó encima de ella la cesta y se sentaron los dos.

—Claro que me interesa. Cualquier cosa que te preocupe me interesa —replicó.

—Bueno, en realidad no es nada nuevo. Después de que la prensa aireara el último escándalo relacionado con Spencer la mayoría de la gente sabe que se casó con Caroline Lattimer, la dueña de Villa Louret para robarle este lugar y la compañía de su padre —se quedó callada de nuevo—. La verdad es que no quiero hablar de él; me hace perder el apetito.

Alexandre se rió.

—Entonces será mejor que hablemos de otras cosas. No quiero que la comida que he traído se eche a perder.

Pasaron un rato muy agradable, pero por desgracia llegó muy pronto el momento de despedirse.

—Cuando tenga acabados los arreglos llamaré a alguien para que venga a recogerlos e iré a la mansión para supervisar su colocación —le dijo Charlotte—. Si Trace te deja quizá podrías escaparte un momento para venir a darme un beso.

— ¿Sabes sobre qué hora vendrás? Por nada del mundo me perdería una oportunidad de besarte.

—Sobre las seis y media, supongo.

—Entonces a esa hora estaré por allí.

Unos minutos antes de la hora a la que habían quedado, Alexandre fue hasta la mansión en un carrito de golf con la intención de regresar a las bodegas una vez hubiera regalado a Charlotte ese beso que le había prometido porque había un asunto que quería revisar con Trace.

Sin embargo, cuando aparcó el carrito cerca de un árbol y se dirigió hacia la mansión, la sonrisa que había en sus labios se borró al ver a Charlotte cerca de la escalinata de la entrada hablando con un joven.

Detrás del chico había un llamativo coche deportivo de color rojo, así que Alexandre dedujo que debía tratarse de un invitado de la fiesta que había llegado pronto. Mientras se acercaba, oyó la última parte de su conversación.

— ¿Estás segura? —le estaba preguntando el joven a Charlotte—. Podríamos pasarlo bien.

—Mira, te agradezco el ofrecimiento —le respondió ella en un tono seco—, pero ya estoy con alguien.

—Como quieras. Si algún día te hartas de ese tipo dame un toque —le dijo el joven poniéndole en la mano una tarjeta.

Por lo general Alexandre no era celoso, pero aquello lo hizo saltar.

—No necesitará esto —masculló al llegar junto a ellos, arrancándole a Charlotte la tarjeta de la mano y metiéndosela al chico en el bolsillo de la chaqueta—. Y ahora largo.

El chico dio un respingo y se alejó sin decir nada, probablemente porque había visto la irritación en sus ojos y había creído prudente no tentar su suerte.

Charlotte se rió suavemente.

—Vaya, va bien tenerte cerca para espantar a moscones. Gracias por la ayuda —le dijo—, estaba empezando a ponerse un poco pesado.

— ¿Un admirador, chérie?

—No, sólo otro invitado ligón.

— ¿Suelen venir muchos moscones como ése por aquí? —inquirió Alexandre.

Se sentía terriblemente celoso, pero había empleado un tono burlón porque temía que si ella se diese cuenta del efecto que aquella tontería había tenido sobre él pudiese adivinar que estaba empezando a sentir algo por ella, y no se sentía preparado para admitirlo. Charlotte se encogió de hombros.

— ¿Qué más da eso ahora? Olvídate de ellos y bésame, Alexandre.

Su beso fue ardiente y posesivo, y cuando despegó sus labios de los de ella a la joven le costaba trabajo respirar y sus ojos estaban brillantes de deseo.

— ¿Vendrás esta noche? —le preguntó con voz suave.

Alexandre se dijo que no debería. No en el estado de celos en que

estaba, no cuando quería hacerle el amor pero con pasión, y no con ternura. No estaba seguro de que ella estuviese preparada para eso, pero a pesar de todo asintió. ¿Cómo podría haberle dicho que no?

—Iré.

Capítulo Diez

Alexandre había dado a Charlotte el romanticismo con el que había fantaseado, pero esa noche, sólo un día después de su primera vez juntos, se sentía de todo menos dulce y tierno. De hecho, en ese momento el deseo que lo agitaba por dentro era algo casi salvaje.

Si iba a su cabaña, como le había prometido, sabía que acabaría asustándola. Era una mujer muy sensual, y la amante más entregada que jamás había tenido, pero no creía que estuviese preparada para aquello. Y lo cierto era que tampoco él. Jamás había sentido una necesidad tan acuciante de marcar a una mujer como suya, de hacer que no pensase en nadie más.

Sabía que el arranque de celos que había tenido esa tarde no tenía lógica alguna porque no le parecía que Charlotte fuera la clase de mujer que flirtearía con otros hombres cuando estaba con él, pero el hecho era que aquel tipo había estado intentando ligarse a su chica.

El haberlo hecho huir con el rabo entre las piernas no había logrado calmar al monstruo de ojos verdes que se había despertado en su interior, y se moría por ir junto a Charlotte, por satisfacer esa ansia que lo estaba consumiendo, pero sabía que no debía.

Apretó los dientes y se puso a pasearse arriba y abajo por la habitación de invitados decidiendo que no, definitivamente no debía ir a ella en ese estado. Sin embargo, tampoco podía quedarse allí encerrado o se volvería loco. Quizá un poco de aire fresco le iría bien.

Un rato después estaba fuera de la mansión. Echó a andar sin prestar atención a la dirección en la que iba, pero al cabo de unos quince minutos, cuando levantó la cabeza se paró en seco al ver que la cabaña de Charlotte se encontraba a tan sólo unos pasos de él.

Alzó la vista hacia la ventana del dormitorio y vio que la luz aún estaba encendida. De modo que su dulce Charlotte todavía estaba despierta... ¿Estaría esperándolo? De inmediato aquel solo pensamiento anuló el poco bien que pudiera haberle hecho el paseo porque su miembro se endureció. Se sentía tan excitado que pensó que si no entraba en la casa y satisfacía sus apetitos se moriría.

Se metió las manos en los bolsillos de los pantalones, apretó los puños, y se giró sobre los talones, resuelto a regresar a la mansión.

— ¿Alexandre?, ¿eres tú?

Sorprendido de oír la voz de Charlotte, se dio la vuelta y la vio de pie, junto a la puerta abierta de su cabaña, vestida sólo con un corto camisón blanco.

— ¿Qué estás haciendo ahí vestida así cuando no sabías quién era? —la reprendió con el ceño fruncido.

No había podido evitar que su voz sonase áspera y seca; Charlotte despertaba en él sus instintos más protectores y cuando eso ocurría

dejaba de ser un caballero.

—He abierto cuando me he dado cuenta de que eras tú —se defendió ella—. ¿Qué haces ahí?, ¿por qué no has llamado a la puerta? —inquirió dando un paso hacia él.

—Quédate donde estás.

— ¿Por qué? —preguntó ella dolida, deteniéndose a pesar de todo.

—Por Dios, no uses ese tono conmigo; me haces sentirme fatal —le suplicó él resoplando entre dientes—. Escucha, Charlotte, en estos momentos no tengo control sobre mí mismo y no estoy seguro de qué podría llegar a hacerte si eres tan tonta como para dejar que te ponga las manos encima.

La joven comenzó a avanzar de nuevo hacia él.

—Eso suena muy intrigante —murmuró—. ¿Qué crees que podrías llegar a hacerme?

—Vuelve dentro —la instó él de nuevo, apretando los dientes—. Esta noche no puedo ser la clase de amante que necesitas. Te deseo de un modo que te escandalizaría. Lo que me gustaría esta noche es verte retorciéndote debajo de mí en la cama, húmeda y excitada... —murmuró, sintiendo que sus instintos posesivos estaban apoderándose de él ante la sensual curiosidad de los ojos de ella—. Quiero fundirme contigo, quiero acariciar tus senos, y tus piernas, y cualquier otra parte de tu cuerpo que me plazca, de la manera que me plazca, y tanto tiempo como me plazca. Quiero verte gemir, gritar, ver que me deseas... pero quiero ser yo quien lleve las riendas, quiero que te pongas en mis manos y que te entregues sin reservas.

Charlotte tragó saliva. Alexandre parecía un lobo salvaje, un animal hambriento. Y aquello era por ella, pensó aturdida, le estaba diciendo que sólo ella podría saciar su apetito... ¿Cómo podría dejarlo marchar y no darle lo que necesitaba cuando él había sido tan dulce con ella la noche anterior?

Con la boca seca, tomó entre sus dedos el dobladillo de su camisón y sin pararse a pensar se lo sacó, quedándose desnuda ante él.

—Soy toda tuya —le susurró, dejando caer la prenda al suelo.

Alexandre no se lanzó sobre ella, como casi había esperado que hiciera, sino que comenzó a andar en círculos en torno a ella, como un depredador decidiendo por dónde iba a atacar.

De pronto las manos de Alexandre se posaron en sus caderas, haciéndole dar un respingo.

—Voy a hacerte mía aquí fuera, con la oscuridad y las estrellas como únicos testigos —le dijo con voz ronca, apartándole el cabello y besándola en el cuello.

Sus fuertes manos comenzaron a recorrer su cuerpo, y sin previo aviso una se introdujo entre sus piernas, arrancando de su garganta un gemido. Segundos después esa misma mano bajaba por su muslo,

instándole a abrir las piernas. Sintiéndose completamente desinhibida, Charlotte lo hizo, y los dedos de Alexandre se enredaron en los rizos de vello púbico pero de pronto se retiraron. Unos instantes después las manos de él estaban de nuevo en sus caderas, sus hombros estaban separando sus piernas aún más, y de repente Charlotte notó su boca en la parte más íntima de su cuerpo.

Cuando una serie de calambres deliciosos comenzaron a invadirla creyó que sus piernas cederían, pero resistieron. Alexandre puso una mano sobre su vientre, comenzó a masajeárselo, como para hacer que se le distendieran los músculos, sin dejar en ningún momento de estimularla con la lengua.

Las primeras notas del orgasmo la pillaron desprevenida, y de su garganta escapó un largo gemido ahogado. Cuando abrió los ojos Alexandre ya se había puesto de pie y estaba detrás de ella sosteniéndola para que no perdiera el equilibrio.

Apartándole de nuevo el cabello imprimió un reguero de sensuales besos por todo su cuello, y su mano tomó uno de sus senos.

—Oh, Alexandre... —murmuró ella extasiada.

La otra mano de él bajó a sus rizos húmedos y Charlotte apenas pudo creerse la ola de calor que la invadió cuando la tocó. Mientras los labios de Alexandre seguían besándole el cuello, la otra mano estaba jugueteando con sus pezones, y la joven sintió que empezaba a faltarle el aliento de nuevo.

El impacto de su segundo orgasmo fue tan fuerte como el primero, pero los dedos de Alexandre no se detuvieron, sino que siguieron estimulándola hasta llevarla a nuevas cumbres de placer, hasta que se notó tan débil que ya no podía más que gemir suavemente. Luego, sin apenas ser consciente de lo que estaba ocurriendo, notó que él la tomaba en brazos y echaba a andar hacia la cabaña.

Alexandre habría querido hacerla suya allí mismo, como le había dicho, bajo el cielo nocturno, pero su instinto protector le había dicho que Charlotte estaría incómoda sobre el duro suelo. Ella había dejado la puerta de la cabaña abierta, así que cuando llegó no tuvo más que entrar y una vez estuvieron en el interior la cerró de un puntapié. El haz de luz procedente de su habitación le sirvió de guía en la penumbra. Charlotte no dijo una palabra; simplemente frotó el rostro contra su pecho y le rodeó el cuello con los brazos.

La sumisión que estaba demostrándole fue una lección de humildad para Alexandre, y el tirano que había en su interior se vio apaciguado por el hecho de que pareciera dispuesta a darle todo lo que quisiera tomar de ella.

Nada más tumbarla en la cama Charlotte alzó los brazos hacia él. Alexandre se unió a ella con un gruñido ronco, cubriendo su cuerpo con el suyo y empezó a acariciar su piel dorada.

—Tienes un tacto tan delicioso, ma petite... —murmuró lamiéndole la oreja para luego descender imprimiendo besos por la línea de su mandíbula.

Charlotte se estremeció y dijo algo que Alexandre no acertó a comprender. Lo único de lo que estaba seguro era de que no estaba diciéndole que parara. Frotando su rostro contra el hueco de su cuello inspiró su aroma y sintió cómo los dedos de la joven se introducían por entre los cortos mechones de su pelo.

Luego, cuando descendió hasta el valle entre sus senos, esos mismos dedos se cerraron, tensos, y esbozando una sonrisa Alexandre plantó un suave beso en la curva de una de esas perfectas circunferencias.

Charlotte suspiró, revolviéndose excitada debajo de él, y Alexandre se rió entre dientes antes de tomar un pezón en su boca.

La joven se arqueó, y él lamió y succionó, sintiendo los fuertes latidos de su corazón. Charlotte, que había bajado las manos a sus hombros, jadeó su nombre y aquello hizo que su deseo se incrementara aún más.

—No puedo esperar más, chérie... necesito estar dentro de ti... —le susurró incorporándose un poco.

Las manos de ella descendieron al instante para desabrochar su cinturón y bajarle la cremallera del pantalón. Alexandre le dejó hacer, pero cuando cerró la mano en torno a su miembro en erección casi perdió el control.

De algún modo, sin embargo, halló las fuerzas suficientes para apartarse de ella un momento y colocarse un preservativo. Cuando volvió con ella hizo que le rodeara la cintura con las piernas, y posicionó su palpitante erección contra su pubis. Irritado por no poder sentir el tacto de su piel desnuda estuvo tentado de parar para quitarse la ropa, pero no podía aguantar más.

Se introdujo en ella con una firme embestida, y aunque al principio los músculos internos de ella estaban tensos, de inmediato parecieron derretirse, dándole la bienvenida, y Alexandre ya no pudo pensar.

Mientras movía las caderas bajó la vista para asegurarse de que ella estaba disfrutando de aquello tanto como él, y finalmente soltó las riendas, rindiéndose a las sensaciones que estaban invadiéndolo.

Habían nacido para estar juntos, fue el último pensamiento que cruzó por su mente antes de que le sobreviniera el clímax. Charlotte le pertenecía, y él a ella.

Después de aquella noche la actitud de Alexandre hacia Charlotte cambió. No es que fuera menos tierno ni menos cuidadoso con ella, pero a menudo cuando la miraba la joven veía en sus ojos un brillo posesivo que siempre la sorprendía. Pasar las noches en sus brazos se había convertido en algo más que un placer; se había convertido en una

necesidad.

Sin embargo, las noches no eran los únicos momentos que estaban compartiendo, pensó Charlotte con una sonrisa mientras trabajaba. A pesar de sus apretados horarios se las habían apañado para hacer alguna que otra escapada de unas horas a la bahía de San Pablo, para salir a cenar juntos a la cercana ciudad de Sonoma... Incluso habían repetido aquel picnic mágico a la luz de la luna.

Le parecía imposible que sólo hiciese dos semanas que se conocían. Cuando estaba con él se olvidaba de todo, hasta de los certificados que estaba esperando que le llegaran.

Por una parte se alegraba de no haberlos recibido todavía porque así podía continuar imaginando que su madre seguía viva en algún sitio, pero por otra estaba tan desesperada por saber la verdad que cuando se acordaba de ello sentía un dolor punzante en el pecho; un dolor que sólo la ternura de Alexandre lograba disipar.

Tarareando mientras le quitaba las espinas a una rosa que iba a colocar en un arreglo, se preguntó maravillada cómo un hombre al que había conocido hacía sólo dos semanas y que era tan distinto de ella podía comprenderla tan bien.

De pronto un pensamiento cruzó por su mente y sus manos se detuvieron. El picnic nocturno, el que hubiesen bailado a la luz de la luna, el que él se hubiera comportado como una caballero los primeros días, no queriendo ir deprisa... Todo aquello había sido demasiado perfecto... justo como en sus fantasías, las fantasías que había puesto por escrito en su diario, hasta el último detalle.

Una terrible sospecha se apoderó de ella y la rosa cayó de su mano. No, era imposible, se dijo, Alexandre no podía haber leído su diario.

Su mente volvió al día en el que le había dado el mismo ramo de flores que ella había hecho, el día que lo había encontrado apoyado en la pared del invernadero. Aunque no quisiera aceptarlo, cabía la posibilidad de que hubiese entrado a buscarla y hubiese encontrado allí su diario. Aunque aquella idea se le había pasado por la cabeza y la había desechado diciéndose que debía estar paranoica, ¿y si no fueran sólo imaginaciones suyas y hubiese sido exactamente así?

Dejando lo que estaba haciendo, se levantó irritada, salió del invernadero, y fue a por su bicicleta. El trayecto hasta las bodegas debería haberla calmado, pero a cada segundo que pasaba estaba más y más convencida de que sus sospechas tenían fundamento.

Las mejillas le ardían de ira y humillación y le dolía el corazón. Ella había confiado en él, pero todo ese tiempo aquello había sido para él únicamente un juego. Dios, ¡cómo debía haberse reído al descubrir que en sus fantasías la apocada Charlotte Ashton se imaginaba a sí misma como una mujer tentadora! Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero las

contuvo airada.

Se fue derecha a las bodegas, ignorando por completo la belleza de las vides con sus hojas nuevas pintadas por la luz del atardecer, y cuando llegó se encontró a Alexandre de pie junto a la puerta, hablando con uno de los empleados.

Cuando la vio acercarse una sonrisa iluminó su atractivo rostro, pero por primera vez el corazón de Charlotte no saltó de dicha. Haciendo acopio de toda la rabia que llevaba dentro en ese momento, esperó a un lado a que terminara de hablar.

—Ma chérie —comenzó Alexandre dirigiéndose hacia ella cuando el hombre se hubo marchado—. ¿Qué...?

—Necesito hablar contigo; en privado —lo cortó ella.

Se encaminó hacia los viñedos dejando que él la siguiera, y cuando se hubieron alejado lo bastante para que nadie pudiera escuchar su conversación, se detuvo y se volvió. Alexandre la miró con expresión cautelosa.

—Estás enfadada.

—Sí —contestó ella. No sabía cómo abordar el tema, así que le preguntó de sopetón—: ¿Has leído mi diario?

Alexandre la miró con expresión culpable.

—Sí, lo he leído.

Charlotte había esperado cualquier contestación excepto aquélla; había creído que al menos intentaría excusarse antes de reconocerlo.

— ¿Ni siquiera vas a tratar de negarlo?

—Non, lo hice; leí tu diario.

Llena de frustración, Charlotte apretó los puños y le gritó:

— ¿Cómo has podido hacerme eso?, ¿cómo has sido capaz de invadir mi privacidad de esa manera?

—No es algo que planeara —contestó él—, pero cuando lo encontré sobre el banco del invernadero aquel día al entrar a buscarte no fui lo bastante fuerte como para resistir la tentación de leerlo.

Ni siquiera intentó tocarla, como si fuera consciente del poco control que tenía sobre sí misma en ese momento.

—Era algo privado —masculló—; mis pensamientos, mis sueños... No tenías ningún derecho a leerlos. ¿Cómo te sentirías tú si alguien te hubiese hecho a ti lo mismo? —le espetó.

Alexandre apretó la mandíbula.

—Charlotte, tú... eres tan reservada, te guardas tanto las cosas para ti que temí que nunca llegaría a conocerte si no aprovechaba esa oportunidad que me había llegado por casualidad.

— ¿Es ésa tu justificación?

El sacudió la cabeza muy serio.

—No, es simplemente la razón por la que cedí a la tentación de leerlo.

El que se estuviera reconociendo culpable tan calmadamente la estaba poniendo frenética.

— ¿Que yo me guardo las cosas? ¿Y qué me dices de ti? Es como si estuvieras rodeado por una barrera impenetrable de acero.

—Eso no es cierto, Charlotte; te he dicho cosas que nunca antes había compartido con nadie —replicó él quedamente.

La joven estaba demasiado enfadada como para advertir la emoción que habían destilado sus palabras.

—Imagino que todo esto sólo ha sido un juego para ti —masculló—; seducir a la tímida jardinera india en tu tiempo libre.

Los ojos de Alexandre relampaguearon.

—Creo que deberías parar antes de decir algo de lo que luego te puedas arrepentir —le dijo en un tono gélido.

— ¿Y por qué tendría que hacerlo, si se puede saber? —replicó ella, conteniendo las lágrimas. Derrumbarse delante de él sólo haría que su humillación fuese aún peor—. Supongo que has debido reírte de lo lindo a mis expensas. Pues se ha acabado; hemos terminado.

Alexandre la tomó de la barbilla.

—No dejes que la ira hable por ti, ma petite. No puedes estar diciendo en serio esas cosas que estás diciendo.

Charlotte se apartó de él y dio un paso atrás.

—Las he dicho muy en serio. Ni siquiera sé por qué estoy enfadada. Debería alegrarme de que me hayas puesto las cosas más fáciles para poner fin a esto porque estaba empezando a preocuparme que creyeras que podía haber entre nosotros algo más que sexo.

Sintió una punzada de dolor en el pecho al decir aquella mentira y por un segundo le pareció que Alexandre se tambaleaba al oír esas palabras, como si le hubiese asestado un duro golpe, pero cuando lo miró a los ojos no había emoción alguna en ellos. La enfureció que pudiera permanecer tan calmado cuando ella estaba destrozada por dentro.

—Además ahora ya no tendré que preocuparme por romperte el corazón —murmuró—. Gracias por dejarme practicar contigo… la verdad es que he aprendido mucho más de lo que esperaba. La próxima vez que un hombre intente seducirme se sentirá muy satisfecho con mis habilidades en la cama —masculló.

No le dejó responder. Con la visión nublada por la ira corrió hacia su bicicleta, se montó en ella, y sólo cuando ya llevaba un buen trecho recorrido se dio cuenta de que Alexandre ni siquiera había hecho el intento de ir tras ella.

Capítulo Once

Esa noche, varias horas después de haberse acostado, Alexandre seguía despierto. Las palabras de Charlotte se habían clavado en él como cuchillos y el que le hubiera dicho que habían terminado había sido más terrible para él de lo que lo habría sido con cualquier otra mujer porque le había confesado cosas que no había contado a nadie.

Lo peor, sin embargo, era que sus palabras habían sido tan duras que por mucho que lo intentase no podía convencerse de que no las había dicho en serio. ¿Habría estado de verdad «practicando» con él, había estado utilizándolo? La sola idea era un duro golpe para su orgullo.

Girándose sobre el costado golpeó la almohada en un intento por hacerla más cómoda. ¡Y pensar que todo ese tiempo había tenido a Charlotte por una mujer sensible...! Si hubiera tenido un ápice de sensibilidad no le habría herido como lo había hecho. De pronto, sin embargo, acudió a su mente una de las primeras entradas de su diario:

para mi hacer el amor es algo más que la unión de dos cuerpos, algo más que sólo placer no es únicamente algo físico...

Charlotte le había preguntado esa tarde cómo se habría sentido si ella hubiese invadido su privacidad como él había hecho y, a decir verdad, pensó en ese momento, se habría puesto furioso y probablemente habría dicho cosas mucho peores de las que ella había dicho. Era un idiota; había hecho daño a la mujer a la que amaba y había estado tan cegado por su propio dolor que no había sido capaz de ver el de ella.

Se bajó de la cama maldiciendo su estupidez. La tentación que sintió de ir a ver a Charlotte para pedirle perdón era muy fuerte, pero estaba casi convencido de que, siendo tan buena como era, lo perdonaría a pesar de su enfado si le hablaba con el corazón en la mano, y aquello sería demasiado sencillo. Le había hecho mucho daño y no se merecía que le pidiese disculpas por la vía fácil.

No, tenía que hacerle comprender por qué no había podido dejar de leer y qué era lo que había sentido al leer sus pensamientos, y sólo conocía una manera de hacerlo.

Charlotte se despertó más temprano que de costumbre porque aquella noche apenas había podido dormir. La culpabilidad no era un buen compañero de cama, y es que a pesar de lo que Alexandre había hecho sabía que lo había herido con sus palabras y que se merecía una disculpa.

Sin embargo, la noche anterior no había sido capaz de reunir el valor necesario para hacerlo. Lo cierto era que en parte no lo había hecho porque dudaba que la hubiese escuchado. ¡Era un hombre tan

orgulloso bajo esa fachada de encanto y sofisticación…!

Trató de convencerse de que por supuesto él no habría creído lo que le había dicho, de que sabía que para ella hacer el amor era algo que significaba más que mero placer físico, que sería incapaz de utilizarlo.

Después de todo, se dijo, había leído su diario; conocía cuáles eran sus sentimientos al respecto.

Sin embargo, se replicó, Alexandre era un hombre vulnerable que por culpa de sus padres y de su ex prometida había acabado convenciéndose de que no era digno de ser amado y de que en las mujeres no se podía confiar. Lo más probable era que sus palabras no hubieran hecho sino convencerlo aún más.

¡Y pensar que le había dicho que había estado practicando con él…!, recordó crispando el rostro, disgustada consigo misma. No, no podía dejar que creyera que para ella había sido únicamente un instrumento del que se había valido para conseguir lo que quería.

Inspirando profundamente abrió la puerta de la cabaña, resuelta a ir a hablar con él, pero se puso pálida al ver que sobre la esterilla había un sobre blanco sujeto con una piedra. ¿Y si se había tomado sus palabras tan en serio que había decidido que no quería saber nada más de ella? Tomando el sobre con manos temblorosas volvió dentro.

Había en su interior varias hojas de papel escritas a mano, y rogando por que aquello no fuera la despedida que creía que era, se obligó a empezar a leer:

Amada mía…

Charlotte se dejó caer en el sillón que tenía más cerca. No, era imposible…, se dijo alzando la vista y mirando al vacío. Alexandre no podía haber hecho lo que creía que había hecho… No podía haber sido capaz de concederle esa rendición total después del daño que le había causado con sus palabras…

Y sin embargo, allí estaba, en sus manos, la prueba tangible de que sí lo había hecho. El orgulloso y reservado Alexandre Dupree había decidido darle acceso mediante aquella carta a sus pensamientos más íntimos, a sus fantasías más secretas.

Volvió a bajar la vista.

Amada mía:

Sé que ansías conocer mis sueños y fantasías, pero… ¿me creerás si te digo que tú eres mi mayor fantasía hecha realidad, una mujer bella y fogosa, una mujer con espíritu, que rebosa ternura y sensualidad?

Tu sonrisa es capaz de hacerme caer de rodillas ante ti; tus caricias me dejan a tu merced. ¡Ah, ma chérie, si supiera que con estas palabras quedarías satisfecha y no me pedirías nada más…! Sin embargo, tienes derecho a exigir de mí lo que yo tomé de ti sin permiso. Comprende, por favor, que para un hombre que se ha pasado toda su vida guardando secretos el revelarlos le es algo difícil. Difícil… pero no imposible.

¿Quieres saber, querida Charlotte, qué es lo que te imagino haciéndome en mis fantasías?, ¿qué es lo que hace que me excite pensando en ti? Presta pues atención a lo que sigue...

El corazón de la joven palpitó con fuerza y, conteniendo el aliento, siguió leyendo línea tras línea, bebiendo los contenidos de aquella carta. Pronto comenzó a sentir un cosquilleo en el vientre, un intenso calor en las mejillas... Quería hacer realidad todas esas fantasías, darle al hombre al que amaba lo que necesitaba.

El hombre al que amaba... Parpadeó e inspiró profundamente. Sí, se había enamorado de él quisiera o no admitirlo. Bueno, se dijo, al menos aquello explicaba por qué se había puesto tan furiosa al saber que había leído su diario.

Dios, se había enamorado de él... ¿Qué iba a hacer? Lo cierto era, pensó, que Alexandre nunca le había mentido acerca de sus intenciones, y aunque parecía que sentía por ella más de lo que nunca había creído que pudiese llegar a sentir, pronto se marcharía, de modo que lo único que podría hacer sería aprovechar el tiempo que aún les quedaba de estar juntos.

Intentando no pensar en el dolor que le causaba la idea de tener que separarse de él, se centró en las últimas palabras de la carta que le había escrito, unas palabras que le habían robado por completo el corazón:

Sin embargo, ma chérie de todas mis fantasías respecto a ti hay una que aún no te he contado pero que sería la que me haría más feliz de verse cumplida: que me permitieras hacer realidad todas y cada una de las tuyas. Nada me proporcionaría mayor placer Nada.

Por favor perdóname por el daño que te he causado, Charlotte, y déjame adorarte como ansío.

En cuanto oyó el timbre de la puerta Charlotte se levantó del sillón corno un resorte y fue a abrir. Armándose de valor, había llamado a Alexandre al móvil y le había pedido que fuera a su casa, pero cuando lo vio allí, frente a ella, se sintió nerviosa.

—Buenos días —murmuró.

— ¿Lo son? —inquirió él con voz ronca.

Charlotte lo tomó de ambas manos para hacerlo pasar y cerró tras él.

—Bueno, mi mañana ha empezado muy bien —contestó.

Los labios de Alexandre se curvaron ligeramente.

— ¿Y eso por qué, ma petite?

Hasta que se lo oyó decir, Charlotte no fue consciente de hasta qué punto había deseado que la llamara así. Poniendo las manos sobre su pecho se inclinó hacia él.

—Pues... porque he descubierto que hay un hombre maravilloso que

me encuentra irresistible —le dijo.

Para su sorpresa, un suave rubor tiñó de pronto las mejillas de él.

— ¡Te has sonrojado! —le dijo mirándolo con los ojos muy abiertos —. No sabía que fueses tan vergonzoso —murmuró para picarlo.

—No lo soy —replicó él.

Charlotte sonrió, feliz de que su cumplido hubiese logrado azorar a su amado, que tanto mundo tenía. Sin embargo, lo más importante fue que aquello le dio el valor suficiente para proponerle lo que tenía en mente.

— ¿Tienes que estar pronto de vuelta en las bodegas?

—No, mi trabajo aquí ha terminado —respondió él—; sólo me queda escribir algunos informes.

El corazón de Charlotte dio un vuelco. Entonces... eso significaba que muy pronto se iría; antes de lo que había pensado. No obstante, se dijo, no iba a pensar en eso en ese momento. Si sólo le quedaban unos días con él no iba a desaprovecharlos.

—Siento lo que te dije, Alexandre. Estaba enfadada y no lo dije en serio.

—Ya está olvidado —replicó él en un tono en el que no había recriminación alguna, sino sólo ternura.

Inspirando profundamente, Charlotte le preguntó:

— ¿Te gustaría pasar el día conmigo?

Alexandre esbozó una sonrisa.

—Por supuesto que sí. ¿Qué te gustaría que hiciéramos? Si te apetece podríamos ir a la playa.

Charlotte negó con la cabeza.

—Tengo una idea mejor —replicó.

Una idea bastante escandalosa, añadió para sus adentros... sobre todo porque aún estaban a plena luz del día.

La sonrisa de Alexandre se tomó lasciva, como si de algún modo ella misma se hubiese delatado.

—Cuéntamela —le dijo rodeándole la cintura con los brazos.

Charlotte tragó saliva y jugueteó con uno de los botones de su camisa blanca antes de alzar el rostro y mirarlo a los ojos.

—Me gustaría hacer realidad tus fantasías —le susurró.

Los brazos de Alexandre la estrecharon con fuerza.

—Mi mayor fantasía es hacerte el amor hasta que te derritas de placer —le dijo poniendo una mano en el hueco de su espalda y devorándola con la mirada.

—Lo sé —murmuró ella.

Alexandre se estremeció y se inclinó para rozar sus labios contra los de ella.

— ¿Cómo puedes ser tan generosa conmigo después de que te hiciera llorar? —inquirió con voz ronca.

A Charlotte no le pasó desapercibido el sentido arrepentimiento que había en su voz.

—Porque también me has hecho sonreír y has traído el sol a mi corazón.

Alexandre la abrazó.

—Ma petite, tu sinceridad me desarma, igual que tu capacidad para perdonar. Te prometo que nunca más volveré a traicionar tu confianza en mí.

Charlotte sacudió la cabeza y, tomando su rostro entre ambas manos, le dijo:

—Comprendo que no pudieras resistir la tentación de seguir leyendo... porque tampoco yo pude cuando empecé a leer tu carta esta mañana.

— ¿Oui?

Charlotte se ruborizó.

—Leí cada palabra, y cuando acabé volví a leerla desde el principio hasta el final, así que estamos en paz.

El brillo que iluminó los ojos de Alexandre hizo que el corazón de la joven palpitara con fuerza.

—Entonces, ma chérie, ¿estás lista para jugar?

—Lo estoy.

Fueron al dormitorio y corrieron la cortina, de modo que la habitación quedó sumida en una íntima penumbra.

— ¿Estás segura de que quieres hacer esto? —inquirió Alexandre, de pie frente a ella, acariciándole la mejilla con un dedo y escrutando su rostro muy serio.

Charlotte tomó su mano y le besó la palma.

-Oui.

A la joven le pareció vislumbrar en sus ojos algo más que deseo, pero no quería darse falsas esperanzas. No en ese instante, no cuando había llegado el momento de la verdad para ambos.

Alexandre le quitó la pinza con la que había recogido su largo cabello, y éste le cayó sobre los hombros y el pecho. Alexandre dejó caer la pinza al suelo y le acarició el cabello con el dorso de ambas manos, rozando al hacerlo sus senos. La joven aspiró por la boca sorprendida por el calor que la inundó, pero entonces Alexandre dio un paso atrás y, mirándola a los ojos, le dijo:

—Quítate la ropa, Charlotte.

Con manos temblorosas por una mezcla de nerviosismo y deseo ella obedeció, tomando entre sus dedos el dobladillo del suéter blanco de algodón que llevaba puesto.

Sin apartar la mirada del rostro de él, comenzó a levantarlo con los brazos cruzados frente a sí, y al ver cómo el deseo iba aumentando en sus ojos a medida que su piel iba quedando al descubierto, sintió de

pronto que tenía toda la confianza en sí misma que podía necesitar.

Acabó de sacarse el suéter de un tirón y se quedó allí de pie ante él vestida con un sujetador negro de encaje y una falda que le llegaba a las rodillas.

Al ver que Alexandre simplemente seguía observándola y no se movía desabrochó el enganche del lateral de la falda y tras tragar saliva la dejó caer al suelo. Consciente de que las braguitas a juego con el sujetador de encaje no tapaban demasiado estuvo tentada de cubrirse con las manos, pero sabía que eso habría sido como hacer trampas.

Alexandre se acercó a ella, tomó sus manos y las puso detrás de su espalda sosteniéndolas con una sola de las suyas. Con la otra apartó el cabello de sus hombros, echándolo hacia atrás, y cuando recorrió su figura con la mirada la joven se sonrojó profusamente.

—Dime, Charlotte… —murmuró acariciando un pezón con el pulgar —… ¿por qué te has puesto una ropa interior tan sexy?

La joven se humedeció los labios con la lengua.

—Quería… quería parecerte sensual —respondió con voz ronca.

La mano de Alexandre se cerró sobre su seno y comenzó a masajearlo de un modo posesivo.

—Merci, ma petite. Estás preciosa —le dijo. Y luego, mirándola a los ojos, le preguntó—: ¿cómo de lejos quieres que vayamos?

Con el corazón latiéndole como un loco ella respondió:

—Tan lejos como tú quieras.

Capítulo Doce

Con la mano aún en su pecho, Alexandre la besó, pero cuando ella intentó hacer el beso más profundo él se echó hacia atrás y Charlotte, llena de frustración, se apretó contra él.

Alexandre liberó sus manos.

—Súbete a la cama, chérie.

Sintiendo un cosquilleo nervioso en el vientre la joven hizo lo que le pedía sentándose sobre las pantorrillas de espaldas a él.

— ¿Está bien así? —le preguntó volviendo la cabeza por encima del hombro.

El fuego que había en los ojos de él la hizo estremecer.

—Non, ponte mirando hacia mí.

Charlotte se giró y volvió a sentarse sobre las pantorrillas.

—Échate el cabello hacia atrás.

La joven levantó las manos y al pasar su melena por detrás de los hombros la sintió deslizarse por su espalda desnuda y aquello, en lo que nunca había reparado, le pareció increíblemente erótico.

-¿Así?

—Oui. Y ahora pon las manos con las palmas abiertas sobre los muslos —le dijo Alexandre con voz ronca, como si mantenerse a distancia estuviese siendo una tortura para él.

De pronto Charlotte se dio cuenta de que la había hecho colocarse en el centro de la cama como si fuera un premio.

— ¿Y ahora qué? —inquirió.

Una sonrisa traviesa se dibujó lentamente en los labios de Alexandre.

—Ahora serás tú quien mire.

Se desabrochó el primer botón de la camisa, luego otro, y otro... pero toda la atención de ella estaba centrada en el vello oscuro que cubría su pecho.

Lo observó desabrochar los dos últimos botones para luego sacar la camisa de la cinturilla de los pantalones. Se la dejó puesta, sin embargo, y procedió a desabrochar la hebilla del cinturón y a sacarlo después de las trabillas… muy lentamente.

Sin darse cuenta, Charlotte se había ido inclinando hacia delante mientras lo observaba. De hecho, sentía tales deseos de tocarlo que sus manos se deslizaron de sus muslos y él, después de dejar caer el cinturón al suelo, le dijo:

—Non, ma chérie, vuelve a poner las manos donde estaban.

Sin pensarlo dos veces ella lo hizo, y Alexandre le susurró:

—Muy bien, Charlotte. Debería recompensar tan perfecta obediencia.

Una chispa de rebeldía saltó en el interior de la joven.

—Me parece que estás disfrutando demasiado con esto.

Alexandre se quitó la camisa, dejando al descubierto un torso que no tenía nada que envidiar a los de las estatuas griegas, y a sus labios asomó una sonrisa maliciosa.

Se dirigió hacia la cama, y cuando llegó junto a ella puso las manos en los hombros de Charlotte y se inclinó hacia delante para besarla en los labios. Ella, que había estado esperando ansiosa ese momento, abrió la boca de inmediato, invitándolo a adentrarse en ella con los suaves gemidos que sabía que le gustaban. Alexandre le respondió con fruición y la joven tuvo que aferrar las manos a sus muslos para evitar la tentación de subirlas a su pelo y dejar que sus dedos se enredaran en él.

Cuando Alexandre finalmente despegó sus labios de los de ella, sin embargo, algo en el otro extremo del dormitorio pareció captar su atención, pues se quedó mirando un instante por encima del hombro de ella.

—No te muevas —le dijo.

Se levantó de la cama y la rodeó dejando a Charlotte expectante durante un rato hasta que de repente volvió a sentir su peso sobre el colchón, aunque detrás de ella.

Cuando le tocó el brazo con una mano la joven se estremeció y, riendo suavemente Alexandre le apartó el cabello, pasándoselo hacia delante para dejar su espalda desnuda y plantó un beso en su nuca.

—Alexandre... —murmuró ella emitiendo un gemido.

Sus cálidos labios se apartaron y de pronto notó en su espalda la caricia de algo increíblemente suave. Después, Alexandre sopló con su aliento sobre su piel siguiendo ese mismo recorrido, y fue como si todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo se pusieran en estado de alerta. Alexandre volvió a repetir aquello en la parte baja de su espalda, y de nuevo arrancó un gemido de la garganta de ella.

Luego una de sus manos se deslizó por su cintura, yendo a posarse sobre su vientre, pero antes de que Charlotte pudiera concentrarse en esa sensación sus dientes mordisquearon suavemente su piel, justo encima de donde comenzaba la curva de una de sus nalgas.

Alexandre la sintió dar un respingo, y también notó cómo los músculos de su vientre se ponían tensos bajo su mano. Volvió a hacerlo, y el sudor perló la piel de la joven.

Aspirando su embriagador aroma ascendió por su columna imprimiendo lánguidos besos por toda su longitud hasta quedar arrodillado detrás de ella. Entonces le pasó la otra mano también por la cintura, y cuando Charlotte vio la pluma que tenía entre los dedos se rió.

— ¡De modo que eso era lo que estabas usando para torturarme!

—Me ha venido muy bien que tuvieras un jarrón lleno de ellas sobre la cómoda —respondió él dejando caer la pluma al suelo para

poder tocarla con las manos, como deseaba, mientras la besaba en el cuello.

Deslizando las manos arriba y abajo por sus brazos, comenzó a masajearlos deleitándose en la suavidad de su piel cuando de los labios de ella escapó un suspiro y se recostó contra su cuerpo. Al entrar en contacto la piel desnuda de su espalda con el pecho de el a los dos se les corto la respiración.

Entonces, deslizando las manos entre las costillas de Charlotte y sus brazos, Alexandre posó las palmas sobre sus muslos, justo donde las manos de ella habían estado hasta hacía un momento, y cuando acarició la sensible cara interna de ambos la joven se estremeció.

Rozando apenas las braguitas de encaje las manos de Alexandre subieron por su cuerpo y el gemido que emitió hizo que su erección palpitara. Con la respiración entrecortada tomó sus suaves y cálidos senos en sus manos.

Sabía que Charlotte estaba resistiendo la tentación de tocarlo, y el hecho de que lo deseara tanto como él la deseaba a ella lo excitó más aún. Cerrando las palmas de las manos en torno a la turgencia de sus senos, sus dedos acariciaron la parte superior, donde el sostén no cubría la piel dorada de la joven.

Siguió imprimiendo besos en su cuello, y cuando comenzó a masajearle los pechos de nuevo ella se arqueó y apretó los puños, pero, como si eso no bastara para ayudarla a refrenar su ansia, se aferró a los muslos de Alexandre, que habían quedado a ambos lados de los suyos cuando se había arrodillado tras ella.

—Eso es trampa —la acusó riéndose.

Bajo sus manos los senos de Charlotte subían y bajaban por su agitada respiración.

—Quizá la próxima vez deberías atarme las manos —sugirió.

A Alexandre se le cortó el aliento sólo de imaginarlo.

—Usaré un pañuelo de seda —le dijo—, pero por esta vez no te lo tendré en cuenta.

Charlotte se rió también y, mientras él continuaba jugueteando con sus senos, comenzó a frotarse sinuosa contra su erección y, cuando ya no pudo más, Alexandre dejó caer las manos sobre sus caderas.

— ¿Por qué has parado? —protestó ella girando la cabeza para lanzarle una mirada de reproche.

—Quítate el sujetador, chérie —le dijo con voz ronca.

Charlotte se incorporó un poco y cuando pasó las manos por detrás de su espalda para soltar el enganche del sostén sus nudillos rozaron el pecho de él.

—Compórtate —le dijo Alexandre aspirando por la boca con brusquedad.

Charlotte se bajó los tirantes, apartó las copas del sostén de sus

senos y, cuando se lo hubo quitado, lo mantuvo balanceándose un instante en el aire antes de dejarlo caer al suelo.

Estando como estaba detrás de ella Alexandre no podía ver aún sus senos, pero sí la gloriosa extensión de color miel de su espalda.

Murmurando galanterías en su lengua materna la acarició con ambas manos y deslizó luego el brazo derecho por su cintura.

—Apóyate en mi brazo —le susurró.

Charlotte obedeció sin pensarlo y él sostuvo su peso sin problemas cuando se arqueó, echando hacia atrás la cabeza para poder mirarlo. Su cabello cayó también hacia atrás, dejando al descubierto sus senos desnudos, y Alexandre comenzó a acariciar y masajear de nuevo uno de ellos con la mano libre antes de agachar la cabeza para besarla en los labios.

En un momento dado tiró del pezón con los dedos y todo el cuerpo de Charlotte se sacudió, como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—Alexandre... no puedo más... —jadeó cuando repitió aquello con su otro seno.

—Sss... sólo un poco más, ma petite —la instó él, haciendo que su mano se deslizase hasta el valle entre sus piernas.

Rozó con sus dedos la parte superior de sus braguitas para volver loca a Charlotte, pero lo cierto era que él mismo estaba ya tan excitado que su erección estaba empezando a resultar casi dolorosa.

Metió la mano por debajo del elástico y cubrió con la palma su pubis.

Todo el cuerpo de Charlotte se puso tenso, sus pupilas se dilataron, y se estremeció entera.

Alexandre observó encantado esas reacciones, y comenzó a acariciarla íntimamente, deleitándose en el modo en que su cuerpo se arqueaba y se rendía a otra ráfaga de placer.

Cuando alcanzó el orgasmo y los últimos ecos de éste estaban ya disipándose, Alexandre la tumbó en la cama y se colocó entre sus muslos doblándole las piernas con las plantas de los pies apoyadas en el colchón.

Luego, la besó brevemente en los labios para ir bajando hacia su vientre. No se detuvo cuando se encontró con las braguitas de encaje y satén y ella, sorprendida, emitió un grito ahogado porque la sensación era demasiado intensa incluso a través de la fina tela.

Tomando sus nalgas en sus manos Alexandre levantó las caderas de la joven hacia su boca y comenzó a lamerla a través de las braguitas húmedas. Los gemidos de Charlotte lo urgían a darle más y más placer, pero cuando empezó a estremecerse de nuevo se detuvo, la soltó, y se apartó de ella recordándose que estaban haciendo realidad su fantasía y que aún no habían terminado.

Se inclinó, y le susurró al oído:

—Quítate las braguitas.

Ella lo miró algo aturdida, pero asintió con la cabeza y bajó las manos para hacerlo. Alexandre la ayudó, y finalmente la tuvo completamente desnuda ante sí.

Se bajó de la cama un instante para quitarse los pantalones, la camisa y los calzoncillos, muy consciente todo el tiempo de cómo estaba devorándolo ella con la mirada, y ni siquiera apartó la vista mientras se colocaba el preservativo, sino que siguió observándolo de un modo posesivo.

— ¿Tengo tu permiso para hacerte mía? —le preguntó Alexandre colocándose de nuevo entre sus piernas.

En los labios de ella se dibujó una sonrisa.

—Tienes mi permiso para hacer lo que quieras.

Gruñendo extasiado por lo dispuesta que estaba mostrándose ella en jugar a su juego hasta el final, la penetró de una embestida. Los músculos internos de Charlotte lo estrecharon en su cálido abrazo y poniendo las manos en las caderas de ella comenzó a salir y a entrar de su interior.

La joven le rodeó la cintura con las piernas, pero él se detuvo porque aquello iba contra las reglas.

—Baja esas piernas —la reprendió.

Charlotte farfulló algo a modo de protesta pero finalmente volvió a plantar los pies sobre el colchón con las piernas flexionadas, y Alexandre, para recompensarla, comenzó a moverse de nuevo y tomó sus labios en un beso muy sensual, imitando con su lengua el movimiento de esa otra parte de su anatomía. Poco a poco fueron ascendiendo por la escala del placer, y Alexandre la hizo volar sola una vez más antes de unirse a ella. Un poco antes de las cuatro de esa tarde sonó el timbre de la puerta y Charlotte, que estaba en la cocina preparando algo de comer alzó la cabeza.

—Menos mal que ya me he vestido —murmuró divertida.

Se quitó el delantal y fue a cerrar la puerta del dormitorio donde Alexandre estaba aún vistiéndose. Después de levantarse por fin de la cama se habían metido juntos a darse una ducha, y hacía sólo unos minutos que ella había conseguido escabullirse con la promesa de que prepararía café y algo de comer. Sonriendo al recordarlo fue a abrir. Era Lara, una de las criadas de la mansión, y llevaba en la mano un sobre grande.

—Es una carta certificada, así que pensé que sería mejor que viniese a traérselo enseguida —le dijo la mujer.

Charlotte, que acababa de ver la dirección de la oficina del registro de Nebraska, la miró aturdida y con un nudo en la garganta le dijo:

—Gracias, Lara.

La mujer se despidió de ella y cuando Charlotte hubo cerrado la puerta con manos temblorosas apareció Alexandre, con la camisa aún sin abrochar.

— ¿Qué ocurre, ma petite?

—Es de Nebraska —contestó ella—, de la oficina del registro.

Su voz sonaba extraña, incluso a sus propios oí dos. Tomándola por el brazo Alexandre la llevó hasta el sofá y se sentó con ella. Le puso un brazo alrededor de los hombros, y esperó a que ella se calmase lo bastante como para abrir el sobre. De inmediato resultó obvio que sólo contenía un certificado y no dos. Con el corazón latiéndole como un loco, Charlotte leyó la carta que lo acompañaba.

—Se disculpan por el retraso —le explicó a Alexandre—; dice que tuvieron dificultades para encontrar el certificado de mi padre ya que yo no había podido darles todos los datos que requerían, y que no les consta que tengan ninguno a nombre de Mary Pequeña Paloma Ashton.... que están seguros de que ese certificado no existe -concluyó prorrumpiendo en sollozos.

Alexandre la abrazó con cariño.

—Bueno, eso son buenas noticias.

—No lo sé —murmuró ella—. Tengo miedo de hacerme falsas esperanzas. ¿Y si se hubieran equivocado?

Alexandre tomó la carta y la leyó por encima. Era posible que lo mucho que habían tardado en contestarle hubiese sido porque habían querido cerciorarse de que el certificado de defunción de su madre verdaderamente no existía.

—Aquí viene un número de teléfono —dijo—. Podrías llamar y preguntar —le propuso tomando el teléfono inalámbrico de la mesita junto al sofá y tendiéndoselo.

Charlotte asintió con la cabeza y lo tomó, respiró profundamente y marcó el número. Le explicó el motivo de su llamada a la mujer que contestó, y ésta le puso con la persona que había buscado los certificados y se los había enviado. A petición suya el hombre revisó los archivos y, después de una breve conversación con él, la joven colgó el teléfono y alzó temblorosa el rostro hacia Alexandre.

—Dice que no es ningún error; que no hay ningún certificado de defunción a nombre de Mary Pequeña Paloma Ashton. El empleado me ha dicho que incluso buscó por Pequeña y por Paloma pero que no encontró nada —le explicó apresuradamente—. Si murieron en ese accidente y el certificado de defunción de mi padre está en Nebraska... ¿no sería lógico que el de mi madre estuviera también?

—Bueno, desde luego sería lo normal —asintió él, mirando los papeles de nuevo—. Aquí dice que tu padre falleció en el hospital de Kendall.

Ella miró de nuevo el papel también y luego a Alexandre,

comprendiendo lo que quería decirle.

—Sí, necesito ir allí para cerciorarme.

—Quizá no puedan darte esa información —le advirtió él para que no se hiciera ilusiones en vano.

La ternura con que estaba mirándola conmovió a Charlotte.

—Lo único que necesito saber es si le dieron el alta a mi madre. Puedo demostrar que soy su hija con mi certificado de nacimiento, y tal vez nos ayudarán si les decimos que desapareció y estamos buscándola.

Alexandre asintió.

—Además es una ciudad pequeña; puede que incluso sepan dónde se marchó.

Un rayo de esperanza iluminó el corazón de la joven, pero decidió que sería mejor no precipitarse.

—Si es que de verdad está viva —murmuró.

Capítulo Trece

Después de que tomaran la decisión de ir a Kendall los eventos se sucedieron a un ritmo vertiginoso. Al final del día Alexandre había contratado un vuelo con un jet privado que les llevara desde el Aeropuerto del Condado de Napa hasta el Aeropuerto de Broken Bow, una ciudad de la parte central de Nebraska donde estaría esperándolos un coche de alquiler para ir hasta Kendall, que estaba aproximadamente a una hora y media de allí.

A Charlotte el viaje se le hizo cortísimo, y cuando llegaron a Kendall no les costó mucho encontrar el hospital, un edificio grande de ladrillo. A pesar de sus esfuerzos por mantenerse calmada y no hacerse muchas ilusiones, Charlotte estaba más nerviosa que nunca y tenía el pulso dislocado y las manos sudorosas.

—Bueno, el momento de la verdad —murmuró mirando el edificio frente a ellos cuando se hubieron bajado del coche.

—Vamos, chérie, veamos qué podemos averiguar —le dijo Alexandre tomándola de la mano y apretándosela suavemente.

Charlotte lo miró con adoración y se dijo que, igual que él estaba allí dándole su apoyo, ella también estaría a su lado en los momentos difíciles y le demostraría que no todas las mujeres eran caprichosas y manipuladoras.

Además, ¿quién había dicho que su relación tenía que acabar cuando él terminase su trabajo en la finca? No dejaría que saliera de su vida sin luchar, se dijo sintiendo de repente que surgía en ella una vena rebelde.

—Gracias por haber venido conmigo, Alexandre—murmuró—. Esto significa mucho para mí.

El sonrió y volvió a apretarle la mano antes de que cruzaran la calle y entraran en el edificio. El olor a antiséptico, el llanto de un bebé y el blanco de las paredes golpearon los sentidos de Charlotte, dejándola emocionalmente aturdida por un instante. Su padre había muerto en aquel lugar, pensó. Todo aquello parecía tan irreal...

Se acercaron al mostrador del área de recepción, donde había una mujer joven con un uniforme blanco de enfermera. En la placa que lleva prendida en el pecho ponía su nombre, Ann Johnson.

— ¿Puedo ayudarlos en algo? —les preguntó alzando la vista.

—Sí; mi... mi nombre es Charlotte Ashton —comenzó ella sacando fuerzas de flaqueza de la presencia de Alexandre junto a ella—. Mi madre y mi padre sufrieron un accidente de tráfico hace casi veintidós años y los trajeron a este hospital y nos dijeron que los dos fallecieron.

—Ya veo —murmuró la enfermera Johnson, prestándole más atención.

—Sin... sin embargo, cuando solicité sus certificados de defunción me comunicaron que no había ninguno a nombre de mi madre.

—Vaya, ciertamente es extraño —murmuró la mujer—. Quizá hubo algún error burocrático.

Charlotte asintió con la cabeza.

—Eso es lo que estoy intentando averiguar. Necesitaría ver el expediente médico de mi madre —le dijo—. Se llamaba Mary Pequeña Paloma Ashton.

—Lo siento, pero me temo que no puedo hacerlo —le respondió la mujer en un tono comprensivo pero firme—. No nos está permitido; esos expedientes son privados.

—Puedo demostrar que era mi madre —se apresuró a decir Charlotte poniendo sobre el mostrador su certificado de nacimiento—. Y éste el certificado de defunción de mi padre.

La joven enfermera los miró vacilante, como si no supiera qué hacer.

—Escuche, por favor, ni siquiera tiene que enseñarnos el expediente —le rogó Charlotte—. ¿Podría al menos buscarlo y decirme si murió aquí? Sólo... sólo quiero saber si... si sigue viva —concluyó con voz queda.

La enfermera se puso de pie y examinó los documentos que ella había puesto sobre el mostrador antes de devolvérselos.

—Esto no está permitido, pero supongo que podríamos hacer una excepción —murmuró—. Claro que los expedientes tan antiguos no están registrados en el ordenador, así que tendré que bajar al sótano, que es donde están archivados.

Se giró y llamó a alguien por el interfono.

—Va a venir una persona a reemplazarme durante unos minutos para no dejar sola la recepción —les dijo—. En cuanto llegue bajaré y buscaré ese expediente. Déjeme un momento el certificado de defunción de su padre —le pidió a Charlotte—. Anotaré en un papel la fecha; eso me ayudará a encontrarlo antes si es que está.

—Gracias —murmuró Charlotte con la voz quebrada por la emoción—; muchísimas gracias.

Alexandre le pasó un brazo por los hombros.

— ¿Dónde quiere que la esperemos? —le preguntó a la enfermera.

La mujer remetió un mechón rubio tras su oreja.

—Pueden sentarse allí —les dijo señalándoles unos asientos de plástico en un rincón, donde había sentados un anciano, una señora con un bebé y una adolescente esperando a ser atendidos.

Alexandre condujo a Charlotte en esa dirección, y apenas hubieron tomado asiento cuando llegó un hombre a recepción y la enfermera se marchó.

Mientras esperaban, Charlotte se deleitó siendo testigo de una

faceta de Alexandre que no conocía cuando el bebé que tenía la mujer en brazos empezó a llorar y el se puso a hacerle carantoñas y a hablarle, consiguiendo que se calmara.

Cuando salió el médico de la consulta y llamó a la mujer, ésta se puso en pie y les dijo con una sonrisa.

—Deberían tener ustedes alguno. Seguro que se les daría bien ser padres, y además saldrían unos niños guapísimos.

Se rió suavemente al ver a Charlotte sonrojarse, y les hizo un gesto de despedida con la mano antes de desaparecer tras la puerta de la consulta. Alexandre se volvió hacia Charlotte y le acarició la mejilla con los nudillos.

— ¿Qué dices, ma petite?, ¿te gustaría tener hijos conmigo? —le preguntó con una sonrisa.

—Bueno, antes tendríamos que casarnos —lo picó ella a pesar de notar que estaba sonrojándose de nuevo—, y los dos sabemos que no es probable que eso ocurra.

Lo cierto era que hasta ese momento ni siquiera se había permitido a sí misma imaginar una vida entera junto a Alexandre. Lucharía por no perderlo, pero no tenía esperanzas de que pudiera llegar a retenerlo para siempre a su lado. No podía retenerse a un hombre que no quería comprometerse, que se veía incapaz de confiarle su corazón a una mujer.

La mirada de Alexandre se ensombreció.

—Quizá deberíamos hablar de...

—Bueno, al final me ha llevado menos de lo que esperaba —anunció una voz alegremente.

Charlotte levantó la cabeza al ver a la enfermera acercándose.

—Hemos tenido suerte porque el sistema de archivos ahí abajo es muy bueno —les dijo sentándose junto a ellos con una carpeta sobre su regazo.

Charlotte quería decirle a la mujer que se diera prisa, pero entrelazó sus dedos con los de Alexandre y trató de mantener la calma.

—Veamos —murmuró la mujer abriendo la carpeta. Nada más empezar a hojear sus contenidos abrió mucho los ojos y parpadeó—. Aquí dice que Mary Ashton resultó herida en un accidente de coche que le costó la vida a su marido pero que se recuperó y le dieron el alta una semana después.

Apenas hubo escuchado la palabra «alta» Charlotte se estremeció de arriba abajo.

—Gra-gracias... muchísimas gracias —murmuró con un nudo en la garganta.

— ¿No habrá en ese expediente algún teléfono de contacto, verdad? —le preguntó Alexandre a la enfermera.

—Lo siento, pero sólo figura su dirección aquí, en Kendall, y puedo

decirle que ya no vive aquí porque ésta es una ciudad muy pequeña, y me sonaría —le contestó la enfermera levantándose—. Espero que la encuentren.

Alexandre le dio de nuevo las gracias en nombre de los dos y, cuando la mujer se hubo marchado, Charlotte se quedó allí sentada todavía aturdida por lo que acababa de oír, con el brazo de Alexandre en torno a sus hombros.

—Vamos, chérie —le dijo suavemente—. Salgamos de aquí.

Agradecida de nuevo de tenerlo con ella, la joven se levantó y se apoyó en él mientras salían del edificio.

Ya en el coche, recobró por fin el habla.

—Nunca me había imaginado que llegaría tan lejos en mi búsqueda —murmuró—. Y no murió, Alexandre, no murió en el accidente como Spencer nos dijo... Pero... ¿por qué nos dejó? Ella nos quería, yo lo recuerdo; nos quería...

Alexandre le acarició la mejilla.

—Oh, Charlotte...

—Resulta doloroso pensar que todo este tiempo ha estado viva en algún sitio y no ha querido saber nada de nosotros. Todas esas veces que he sentido que necesitaba una madre, pero ella no estaba a mi lado...

—No te tortures así, ma petite. Si todas las cosas malas que he oído sobre Spencer son ciertas, es posible que por alguna razón la apartase de vosotros contra su voluntad.

Charlotte quería creerlo; no podría soportar la idea de que su madre los hubiese abandonado.

—Tal vez tengas razón —murmuró—. Si al menos supiera dónde encontrarla...

Alexandre se quedó pensativo un instante.

—Yo diría que en una ciudad tan pequeña como ésta probablemente las cosas no hayan cambiado mucho en estos veintidós años, ¿no crees?

Charlotte frunció el entrecejo pero asintió con la cabeza.

—Quizá haya alguien que recuerde a tus padres.

La joven comprendió dónde quería llegar.

—Puede ser —murmuró—, y supongo que no perderíamos nada por intentarlo —miró por la ventanilla y vio a tres ancianos sentados en una terraza tomando un café—. Podríamos preguntarles a esos hombres. Parece que lleven aquí toda su vida.

—Podemos probar —asintió él—, y si no pueden ayudarnos quizá podríamos preguntar en el ayuntamiento.

Se bajaron del coche, Charlotte puso su mano en la de Alexandre y cruzaron la calle. Cuando llegaron junto a los tres hombres uno de ellos entornó sus arrugados ojos azules y dijo:

—Vaya, vaya... No había visto a una chica tan bonita como tú desde

que Mary Pequeña Paloma se marchó de la ciudad.

Charlotte se quedó clavada en el sitio. Tragó saliva sin poder dar crédito a lo que había oído y le preguntó:

— ¿Conoció usted a mi madre?

No podía ser tan fácil, era imposible. El hombre se rió entre dientes.

— ¿No me digas que eres la pequeña Charlotte Ashton? ¡Válgame Dios! —exclamó el anciano dando una palmada en su muslo y volviéndose por completo hacia ellos—. Creía que no volveríamos a verte cuando tu madre vendió la casa y os fuisteis de la ciudad. ¿Cómo está?

Por sus palabras, era obvio que el hombre pensaba que aún habían estado viviendo con su madre después del accidente.

—En realidad ni siquiera sé dónde está —murmuró—. Cuando murió nuestro padre, fue un tío nuestro quien se hizo cargo de nosotros. De hecho estamos buscándola.

El hombre se rascó la cabeza.

—Vaya —fue todo lo que acertó a decir.

— ¿No sabrán si mi madre podría haberse mantenido en contacto con nadie de aquí? —le preguntó.

Resultaba extraño decir la palabra «madre» y saber que había una persona viva, en algún sitio, a la que verdaderamente podría llamar así si la encontrara.

—No que yo sepa —contestó el hombre—. Estaba tan destrozada que supongo que debió decidir que no podía quedarse aquí atormentada por los recuerdos y no hemos vuelto a saber nada de ella desde entonces. Hay quien dice que volvió con su gente. Era una mujer preciosa —murmuró con una sonrisa, como recordándola.

Los tres hombres empezaron a hablar entre ellos, recordando otras cosas de aquella época, y parecieron olvidarse por completo de la presencia de Alexandre y Charlotte.

—Vamos, chérie—le dijo él tomándola suavemente del brazo—, no creo que estas personas vayan a decirnos nada más que pueda ayudarnos. Entraremos a tomar algo. Creo que deberías comer un poco antes de que nos marchemos.

— ¿Tan mala cara tengo?

Alexandre le sonrió cariñosamente mientras le sostenía la puerta de la cafetería para que pasara.

—No, estás preciosa... como siempre, pero necesitas reponer fuerzas.

Una hora después abandonaban la ciudad.

—Aquel hombre dijo que mi madre estaba destrozada —comentó Charlotte mientras iban de nuevo de camino al aeropuerto—, pero me

pregunto si sería sólo por la muerte de mi padre o también por habernos perdido a nosotros.

—Antes me dijiste que os quería —murmuró él.

—Recuerdo el olor de su colonia cuando me abrazaba, recuerdo el calor de su cuerpo... —musitó ella en un tono apenas audible—. Sí, estoy segura de que nos quería —exhaló un suspiro y recostó la cabeza en el respaldo del asiento—. Odio a Spencer; no sé qué hizo exactamente ni por qué lo haría, pero estoy segura de que fue él quien la separó de nosotros —mascullό apretando los puños—. Nos acogió y nos pagó los estudios, pero si nos robó a nuestra madre el precio que hemos pagado por la vida privilegiada que hemos llevado ha sido demasiado caro.

Alexandre no dijo nada, pero no sólo comprendía su enfado, sino que también lo compartía. ¿Cómo podía haberles mentido Spencer a su hermano y a ella en algo así, haberles ocultado durante todo ese tiempo que su madre seguía viva?

—Tengo que ir a verlo y hablar con él —dijo Charlotte—. Hay unas cuantas preguntas que me gustaría que contestara.

Alexandre asintió con la cabeza.

—Le diré al piloto que hemos cambiado de planes. Podemos estar en San Francisco esta tarde.

Alexandre esperó a que su avión privado hubiese despegado antes de abordar el tema del que llevaba todo el día queriendo hablar con ella.

—Charlotte... —comenzó—... hay algo de lo que tenemos que hablar; algo muy importante.

— ¿De qué? —inquirió ella girando la cabeza hacia él.

Alexandre escrutó su rostro un momento para cerciorarse de que se encontraba en condiciones para hablar. Lo que habían descubierto aquella mañana había supuesto un verdadero shock para ella, pero parecía que la verdad estaba empezando a disipar la incertidumbre en la que había vivido durante años y que estaba más calmada.

—Ma petite, tú... leíste todo lo que te escribí en aquella carta, ¿no es así?

Charlotte se sonrojó al recordarlo.

—Sí, sabes que sí.

— ¿Y crees que sería capaz de compartir mis pensamientos con cualquiera como hice contigo en esa carta?

—No, por supuesto que no —contestó ella sin saber dónde quería llegar con todo aquello.

—Entonces por favor explícame cómo es que piensas que es imposible que pudiéramos formalizar nuestra relación y casarnos —a pesar de su intento por permanecer calmado, su irritación se traslució en sus palabras.

—Yo... yo... —balbució ella aturdida. Las palabras sencillamente no le salían, y finalmente lanzó los brazos al aire, llena de frustración—. Ahora mismo estoy demasiado agitada para hablar de eso.

—Gallina —la picó él, seguro de que no era ésa la razón.

Ella lo miró con los ojos entornados.

—Está bien, si quieres saberlo, para empezar teniendo en cuenta tu «historial» amoroso nunca me he planteado esa posibilidad. Sales con mujeres despampanantes, elegantes, sofisticadas... y por lo que sé ninguna de esas relaciones ha durado más de unos meses. Si ninguna de ellas logró convencerte de que una mujer puede ser fiel al hombre con el que está, dudo que yo pueda hacerlo tampoco. De hecho, dudo que pueda competir con ellas, así que...

Alexandre no podía dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Tú eres la mujer más hermosa que he conocido, Charlotte —le dijo—, y no sólo por fuera, sino también por dentro. Tu lealtad, tu valor, tu determinación... Mon Dieu, Charlotte, no tienes que competir con ninguna otra mujer porque ni siquiera están en la misma categoría que tú.

— ¿Y qué categoría es ésa? —inquirió ella en un hilo de voz.

—En la categoría de esposa, de madre de mis hijos, de compañera de mi vida —respondió él sin vacilar.

Desde que escribiera la primera palabra de aquella carta que le había dado había sabido sin lugar a dudas que se había enamorado de ella. Con esa carta le había entregado la llave de su corazón. Sabía que Charlotte no lo engañaría, que no lo traicionaría como lo había hecho Celeste, y el viaje que habían hecho juntos a Kendall no había hecho sino reafirmar esa convicción.

—Alexandre... ¿estás pidiéndome que me case contigo? —inquirió ella mirándolo con unos ojos enormes.

—Habría querido hacerlo en un lugar más romántico, chérie, no en un avión, pero supongo que éste es el momento —contestó él—. Quiero que seas mía, Charlotte Ashton; quiero darte mi apellido, que compartas mi cama cada noche, que lleves esa calidez que llevas dentro a mi casa; quiero que me des hijos con tu buen corazón y con tu fortaleza de espíritu... pero sobre todo quiero que me dejes amarte durante el resto de mis días.

Charlotte extendió una mano temblorosa y tocó los labios de Alexandre con sus dedos. El los besó suavemente, con el corazón en vilo mientras aguardaba su respuesta.

— ¿Estás seguro de que quieres casarte conmigo a pesar de todos los problemas que tiene mi familia, a pesar de los escándalos? —inquirió ella quedamente.

—Oh, Charlotte... ¿Es que no sabes que nada de eso me importa? —

murmuró él contra sus dedos, apretándolos suavemente con su mano—. Por favor, ma petite, dime que sí porque me estoy muriendo de amor por ti.

La joven lo miró con el corazón en los ojos.

—Yo… quiero que sepas que siempre te seré fiel, Alexandre -comenzó.

¿Cómo podía no adorarla cuando comprendía tan bien las sombras que lo atormentaban?, se dijo él.

—Lo sé, chérie, lo sé.

La joven esbozó una sonrisa tan deslumbrante que Alexandre creyó que el corazón iba a estallarle de dicha.

—No puedo creer que vaya a casarme contigo —musitó Charlotte.

—Pues ahora ya has dicho que sí, así que no puedes cambiar de opinión.

—No cambiaría de opinión ni por todo el oro del mundo —respondió ella.

Con la emoción atenazándole la garganta, Alexandre levantó el brazo del asiento que los separaba y la atrajo hacia sí, estrechándola con fuerza contra su pecho.

Capítulo Catorce

Llegaron a San Francisco justo después de las seis y media, pero cuando por fin encontraron un hotel y se hubieron registrado eran casi las ocho. Charlotte estaba empezando a acusar el cansancio, pero estaba decidida a hablar con Spencer y exigirle las respuestas que le debía.

— ¿Crees que estará todavía en la oficina? —le preguntó Alexandre.

Habían subido a la habitación para dejar sus cosas y refrescarse un poco.

—Seguro que sí; es de los que viven por y para el trabajo.

—Quizá deberías esperar hasta mañana.

Ella sacudió la cabeza.

—No, quiero aclarar este asunto cuanto antes.

—Lo sé —murmuró él rodeándole la cintura con los brazos y atrayéndola hacia sí—, pero me parece que ahora mismo estás cansada y todavía algo aturdida por lo que hemos descubierto, y me preocupa que tu tío pueda aprovecharse de eso... ¿Por qué no dejas al menos que te acompañe?

Charlotte sabía que verdaderamente quería estar a su lado en esos momentos y se lo agradeció de corazón.

—Está bien, puedes venir conmigo, pero subiré yo sola; tengo que enfrentarme a él sola. No puedo explicarlo, pero sé que tiene que ser así. Aunque supongo que tienes razón en que con el cansancio que tengo encima no estoy en condiciones de hacerlo.

—Iremos mañana por la mañana y yo te esperaré abajo mientras hablas con él —dijo Alexandre.

—Pero tendremos que salir temprano —le advirtió ella—, antes de que lleguen sus empleados; no quiero que se monte un espectáculo. Walker me comentó en una ocasión que suele estar en la oficina sobre las ocho.

—Entonces a las ocho nosotros estaremos como clavos allí.

A la mañana siguiente, cuando entraron en el edificio de la compañía Ashton-Latimmer Charlotte se despidió de Alexandre en el vestíbulo y se dirigió al ascensor. Charlotte le había insistido en que no era necesario que se quedara, pero él le había dicho que la esperaría en una cafetería que había enfrente del edificio de oficinas desde donde la vería salir.

Minutos después la joven estaba frente a la puerta del despacho de Spencer. A la izquierda había un escritorio que supuso sería de su secretaria, pero parecía que no había llegado todavía porque estaba

vacío.

Irguiendo los hombros inspiró profundamente y empujó la puerta entreabierta del despacho. Para su sorpresa, sin embargo, no había nadie allí.

El alma se le cayó a los pies, pero se dijo que quizá ese día se hubiese retrasado por algún motivo, así que miró en derredor buscando una silla en la que sentarse a esperarlo cuando vio que había una chaqueta colgada en el sillón de cuero tras el enorme escritorio. De pronto se percató de que había un olor extraño en el aire, y el corazón le dio un vuelco.

Con la boca seca y un nudo de terror en la garganta rodeó la mesa y se le cortó la respiración. Spencer sí estaba en su despacho; su cuerpo yacía sin vida en el suelo. Su cuerpo parecía más delgado de lo que lo recordaba, estaba tumbado sobre la espalda y a través de la chaqueta entreabierta se veía que la camisa estaba manchada de sangre. Debajo de él había también un charco casi negro de sangre coagulada en la moqueta. Le habían pegado un tiro en el corazón.

Temblorosa, se agachó para comprobar si tenía pulso aunque era obvio que estaba muerto.

—Señor Ashton, ya he...

La voz femenina que irrumpió en la habitación hizo que Charlotte se incorporara. Miró a la joven rubia que había de pie junto a la puerta y, parándose un momento a tragar saliva, le dijo en un hilo de voz:

—Está muerto.

Los ojos de la otra mujer se abrieron como platos.

— ¿Qué?

—Spencer está muerto; llame a la policía. La rubia se acercó como si no la creyese y ahogó un gemido de espanto al ver el cadáver.

—Oh, Dios santo —murmuró tapándose la boca con una mano para mirarla luego recelosa.

—Soy Charlotte Ashton —se presentó apartándose del cadáver y llevándose a la joven hacia la puerta—. Spencer era mi tío.

—Yo... yo soy Kerry, la secretaria del señor Ashton.

—Había venido a hablar con él —le explicó Charlotte—, y acababa de entrar un minuto antes que tú, pero cuando entré ya estaba muerto.

—Bueno, supongo que tú también debes estar pensando que puedo haber sido yo —murmuró Kerry—, aunque la verdad es que a mí no me pareces una asesina.

Probablemente por lo surrealista de la situación las dos prorrumpieron en risas nerviosas y se abrazaron la una a la otra temblorosas.

—Salgamos de aquí —dijo Kerry—. Llamaremos a la policía con el teléfono de mi escritorio.

Abandonaron el despacho evitando mirar el cadáver y una vez

hubieron hecho la llamada se sentaron a esperar en silencio. Charlotte habría querido telefonear a Alexandre al móvil, pero la policía les había dicho que no se pusieran en contacto con nadie más hasta que hubiesen llegado.

En menos de media hora el edificio entero estaba lleno de agentes de policía y técnicos forenses. Antes de entrar en el despacho de Spencer les preguntaron a Charlotte y a Kerry sus nombres y les dijeron que aguardaran junto a la mesa de ésta.

Diez minutos más tarde un hombre de cabello castaño oscuro se detenía ante ellas acompañado de una mujer de mediana estatura. Ninguno de los dos llevaba uniforme.

—Soy el detective Dan Ryland y ésta es mi ayudante, la detective Nicole Holbrook —se presentó—. ¿Quién de ustedes dos encontró el cadáver?

—Yo —contestó Charlotte—. Había venido a ver a Spencer para hablar con él y cuando entré en su despacho estaba... tirado en el suelo.

Nunca había visto algo tan horrible, y el solo recordarlo la hizo estremecer.

—Querría hablar con usted a solas —le dijo el detective.

Era obvio que sólo estaba haciendo su trabajo, pero Charlotte comprendió que la veía como a una posible sospechosa. Miró a Kerry, que estaba tan pálida como debía estar ella, y siguió al hombre y la mujer, que se detuvieron a unos metros en medio del pasillo.

—Señorita Ashton —comenzó el detective Ryland—, es más que probable que la autopsia determine que el señor Ashton falleció anoche. La sangre...

—En mi vida había visto tanta —lo interrumpió ella espantada al recordarlo—. No sabía que una persona pudiese tener tanta sangre.

La detective Holbrook la tomó de la mano.

—Tranquila; comprendemos que ha debido ser muy traumático para usted —le dijo observándola con simpatía a través de los cristales de sus gafas.

El detective Ryland sacó una libreta y un bolígrafo.

—Si pudiéramos eliminarla como sospechosa las cosas se simplificarían mucho —le dijo—. ¿Dónde estaba usted anoche y esta mañana temprano?

Charlotte le respondió que estaba alojada en un hotel, le dio el nombre, y le explicó que había llegado esa mañana a las ocho al edificio para hablar con su tío.

— ¿Se aloja usted sola en el hotel? Charlotte respiró aliviada de tener una coartada. Gracias a aquel maravilloso hombre que había entrado en su vida hacía un par de semanas nunca más estaría sola, pensó.

—No, estoy alojada con mi prometido, Alexandre Dupree.

De pronto se escuchó una conmoción detrás de ellos, en la zona de los ascensores, y cuando se volvió vio a Alexandre discutiendo con unos agentes que no le querían dejar pasar.

—Alexandre —dijo ella yendo junto a él y abrazándolo.

— ¿Estás bien? —inquirió él preocupado.

—Sí, estoy bien —respondió Charlotte.

Un poco temblorosa aún por lo que había visto, pero bien.

— ¿Qué ha ocurrido? Vi a todos esos agentes de policía entrar en el edificio y me preocupé.

Antes de que Charlotte pudiera responderle intervino el detective Ryland que se había acercado a ellos seguido de su ayudante.

— ¿Dónde estaba usted anoche, señor...?

—Dupree, Alexandre Dupree —contestó él—. Y estaba con Charlotte anoche; el personal del hotel puede confirmárselo.

De pronto la joven recordó algo que podía servir también para demostrarlo.

—Llamamos al servicio de habitaciones para pedir que nos subieran algo de comer y cuando nos habíamos acostado nos subieron un fax urgente por equivocación.

—Oui —asintió Alexandre—, así que hay varias personas que pueden dar fe de que hemos estado toda la noche en el hotel.

El detective Ryland cerró su libreta.

—Está bien, pueden marcharse, pero puede que dentro de unos días tengamos que hacerles más preguntas. Por si no se ha enterado aún, señor Dupree, estamos investigando un crimen; el asesinato del magnate Spencer Ashton. Agradeceríamos su colaboración tanto como la de la señorita Ashton.

—Y yo no tendré ningún problema en prestársela —respondió Alexandre—; puede ponerse en contacto con nosotros telefoneando a la finca Ashton. Estaremos allí.

El detective asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Sólo una cosa más: no hablen de esto con nadie todavía.

Charlotte, que había estado pensando en llamar a Walker para contarle lo sucedido le preguntó:

— ¿Y cuándo podremos...?

—Muy pronto, no se preocupe.

Y con esas palabras el detective y su ayudante los dejaron y fueron con Kerry, que seguía sentada tras su escritorio, pálida como una sábana.

— ¿Quién es esa chica? —inquirió Alexandre en voz baja.

—La secretaria de mi tío —respondió Charlotte—. Creo que deberíamos quedarnos a esperarla. Quizá no quiera irse sola.

Se quedaron los dos callados, y en el silencio del pasillo les llegaron

con claridad las palabras de Kerry, que estaba siendo interrogada en ese momento.

—... estaban discutiendo, y parecía serio. La puerta estaba cerrada pero les oí gritando.

— ¿Ha dicho Grant Ashton? —dijo el detective Ryland.

—Sí —asintió Kerry—. Según mi agenda es la última visita que tuvo ayer el señor Ashton, pero él no puede haber hecho... eso —murmuró estremeciéndose al acabar la frase.

— ¿Por qué no? —inquirió la detective Holbrook en un tono más suave que el de su compañero.

Kerry la miró.

—Bueno, pues... porque el señor Ashton todavía estaba vivo cuando él se fue.

El detective Ryland anotó eso en su libreta.

— ¿Y Grant Ashton estaba calmado cuando se marchó?

—No, ya lo creo que no —contestó Kerry—. Estaba muy enfadado; furioso.

La conversación de varios técnicos forenses que salían del despacho de Spencer en ese momento les impidió oír el resto del interrogatorio.

— ¿Quién es Grant Ashton? —le preguntó Alexandre a Charlotte en el oído.

—El hijo mayor de Spencer... de su primer matrimonio —contestó ella—. No lo conozco bien, pero no puedo imaginar que haya sido capaz de algo así.

Alexandre le acarició la espalda.

—Al final la verdad saldrá a la luz —le dijo—; siempre acaba saliendo a la luz.

Recordando lo que ambos habían descubierto el día anterior Charlotte asintió con la cabeza.

—Gracias a Dios que esto ha acabado —dijo Kerry acercándose a ellos—. Gracias por esperarme.

—De nada —respondió Charlotte—. ¿Podemos acercarte a alguna parte?

Kerry, sin embargo, sacudió la cabeza.

—Os lo agradezco, pero prefiero volver a casa a

— ¿Estás segura? —le insistió Charlotte.

—Sí; un poco de aire fresco me irá bien.

Para cuando Charlotte y Alexandre regresaron a la finca la noticia del asesinato de Spencer ya había llegado a Napa. En la mansión reinaba el caos y Lilah estaba histérica.

Charlotte dejó a Alexandre para ir a ayudar a Megan y a Paige a calmar a su madre, y cuando por fin la mujer se hubo dormido, ya a altas horas de la madrugada, demasiado cansada como para volver a la

cabaña se quedó a dormir con Alexandre en la habitación de invitados.

Nadie hizo ningún comentario al respecto, y aunque lo hubieran hecho no le habría importado. No era una noche para estar sola; sobre todo cuando el hombre al que amaba estaba más que dispuesto a permanecer a su lado en esas difíciles horas.

A la mañana siguiente Alexandre y Charlotte tomaron un carrito de golf para ir a su cabaña y que ella pudiera ducharse y cambiarse antes de regresar a la mansión y unirse a los demás en el desayuno.

Lilah parecía más calmada, pero Paige y Trace tenían unas ojeras terribles. Walker, que había llegado la noche anterior, parecía en estado de shock. Megan, que había pasado la noche en su casa, con su marido, era quien parecía estar un poco mejor, y Charlotte imaginó que probablemente había vuelto aquella mañana sólo porque Paige necesitaba su apoyo.

Después de que Lilah se excusara para ir a sentarse en la biblioteca los demás se quedaron mirándose los unos a los otros sin saber qué decir, y fue finalmente Walker quien rompió el silencio.

—Todo esto ha debido ser horrible para ti, Charlotte.

—Bueno, al menos no estaba sola —respondió ella, aliviada de que su hermano y Alexandre pareciesen haber conectado tan bien.

Los había presentado la noche anterior y, aunque Walker se había sorprendido cuando le había dicho que iban a casarse, les había dado su enhorabuena con sinceridad.

—Menudo lío —mascculló Trace al cabo de un rato—. Y lo peor es que las cosas se embrollarán más aún; nadie sabe qué escribió en su testamento.

—Tu padre todavía no está enterrado… ¿y el testamento es lo único que te preocupa? —le espetó Walker en un tono cortante.

Los ojos de Trace relampaguearon.

—Ya lo creo que me preocupa; a todos debería preocuparnos. No son sólo los viñedos lo que está en juego; sino también la compañía Ashton-Lattimer, la empresa familiar. ¿O crees que con él muerto Grant Ashton y Caroline Lattimer y sus hijos se van a quedar sentados sin hacer nada?

A la mención de las otras dos familias de Spencer todos se quedaron callados, y de pronto se oyó el timbre de la puerta.

Unos minutos después entraba en el comedor el ama de llaves, y tras aproximarse a la mesa se inclinó para hablar con Charlotte, que era quien estaba sentada más cerca de la puerta.

—Mercedes Ashton y Jillian Ashton-Bennedict están esperando en la galería —le susurró.

—Gracias, Irene —respondió Charlotte. La mujer se retiró—. Paige, Megan, tenemos visita.

Cuando los hombres alzaron la vista, esbozó una leve sonrisa.

—Lo siento, sólo mujeres —les dijo. Besó a Alexandre en la mejilla y mientras salía del comedor con sus primas les dijo—. Han venido Mercedes y Jillian.

El rostro de Megan se iluminó, pero Paige siguió igual de apagada.

Cuado llegaron a la galería, Jillian se adelantó de inmediato.

—Nos hemos enterado de lo ocurrido; sólo hemos venido para deciros que si necesitáis cualquier cosa no tenéis más que pedirlo —les dijo.

—Gracias por venir —respondió Megan—. Parece que se va a formar un buen lío con todo esto, pero al menos las mujeres de la familia estamos dispuestas a dialogar.

Mercedes, que era más reservada, se limitó a asentir.

—La verdad es que yo estoy preocupada por...

— ¡Fuera! —gritó una voz aguda antes de que pudiera terminar la frase.

Girándose sobre los talones, Charlotte vio a Lilah de pie a unos metros de ellas. El rostro de la mujer, que por lo general no mostraba emoción alguna estaba rojo de ira. Tenía una licorera de cristal tallado en la mano, y parecía como si quisiera arrojársela a Mercedes y a Jillian.

— ¡Fuera de mi casa!

—Señora Ashton... —comenzó Jillian en un tono suave.

— ¿Aún no lo han enterrado y ya habéis venido a regodearos de su muerte? —les gritó—. ¡Fuera he dicho! ¡Fuera de aquí ahora mismo!

Paige fue junto a su madre, pero la mujer apartó su mano.

— ¡Déjame! —se dirigió a la puerta del vestíbulo a grandes zancadas, la abrió, y señaló fuera, resoplando y apretando los dientes —. Fuera.

Charlotte tocó el brazo de Jillian.

—Lo siento mucho.

—Está bien, no pasa nada —le susurró Jillian—. Te llamaré luego.

Mercedes y ella se marcharon sin decir nada más y Lilah cerró de un portazo tras ellas para luego regresar a la biblioteca con la licorera en la mano. Sólo entonces comprendió Charlotte que había estado bebiendo.

Esa noche finalmente Charlotte pudo tener un momento a solas con el hombre al que quería más que a nada en el mundo.

—Alexandre... —le susurró cuando estaban en la cama de su pequeña cabaña.

—Dime, chérie —contestó él en la oscuridad.

—Con todo lo que ha pasado la búsqueda de mi madre ha pasado de repente a un segundo plano —murmuró ella.

—Sí, pero eso no significa que nos hayamos olvidado, ¿verdad? —

replicó él abrazándola—. Sabemos que tu madre abandonó Kendall y que es probable que volviera con su gente. No es mucho, pero…

—Tienes razón —asintió ella—. Si Spencer no me mintió en eso también, mi madre era originaria de la reserva de Pine Ridge. Podríamos ir allí.

— ¿Crees que tienes que hacerlo tú, Charlotte? —inquirió él—. ¿No crees que sería mejor que contrataras a un investigador privado? Has pasado por tanto esta semana… Me sabe mal verte sufrir tanto —le confesó haciéndola derretirse con esa preocupación tan tierna—. Me gustaría alejarte de todo esto por una temporada, enseñarte mi país… presentarte a mi madre…

A Charlotte la idea le pareció muy tentadora.

—Me gustaría mucho —le dijo—, y tengo muchas ganas de conocer a tu madre, pero no quiero renunciar a buscar a la mía cuando tengo la impresión de estar tan cerca.

Se quedaron los dos callados un momento.

—Tal vez debería ser Walker quien fuera —murmuró ella de repente.

— ¿Le has dicho que…?

—Sí, hoy después del almuerzo, cuando estabas hablando con Trace. Quería decírselo antes de que malgastara más tiempo del necesario llorando a un hombre que no se merecía su lealtad. Creo que Walker necesita abrir los ojos, encontrar la verdad aún más que yo.

— ¿Y no te sentirás mal si él la encuentra primero después de que todo este tiempo has sido quien te has negado a creer que estaba muerta?

Charlotte esbozó una sonrisa.

—Tengo muchísimas ganas de verla, pero quiero a mi hermano y quiero hacerle ese regalo porque sé que si la situación fuera la contraria él haría lo mismo.

Alexandre asintió en la oscuridad.

—Entonces, ¿quieres quedarte para el entierro de Spencer, o…?

—Si pudiera elegir no asistiría porque no soy una hipócrita; nunca sentí ninguna simpatía por él, pero Lilah está muy afectada y creo que debo estar al lado de mis primas —se mordió el labio inferior—. ¿Crees que soy una persona horrible por no lamentar su muerte?

—No, simplemente eres sincera. Ese hombre sólo te causó dolor; ¿por qué habrías de llorar su pérdida? —dijo antes de besar sus labios.

Charlotte le respondió con todo el amor que sentía por él.

—Gracias, Alexandre.

—No tienes por qué dármelas —replicó él—. Entonces, ¿querrás que saque un par de billetes de avión cuando sepamos la fecha del entierro? Estoy seguro de que no tendremos problemas para salir del país una vez que la policía haya comprobado nuestra coartada.

—Sí, hazlo —asintió ella—. Aunque tendré que buscar a alguien que se encargue del invernadero mientras esté fuera.

Alexandre se quedó callado, como vacilante.

—Hay algo que quiero preguntarte respecto a eso —le dijo.

— ¿El qué?

—Pues… si por mí fuera me casaría contigo ahora mismo, pero ya que hemos decidido esperar hasta que las cosas con tu familia se calmen un poco… podría instalarme en tu país. Podría comprar una casa para que viviéramos juntos. Quiero alejarte de este sitio, de todo esto, porque tengo la impresión de que esta situación va a empeorar.

Charlotte sonrió y se abrazó a él con fuerza.

—Me encantaría irme a vivir contigo, pero no puedo dejar mi trabajo; eso sólo crearía más estrés a todo el mundo.

—Lo comprendo, chérie, pero supongo que podríamos encontrar una casa cerca de aquí, ¿qué me dices?

—Sería perfecto —contestó ella—. Y por supuesto será sólo algo temporal, hasta que encuentre a alguien que me sustituya. Siempre he querido tener mi propio negocio. Cuando las aguas se hayan calmado un poco se lo comunicaré a mi familia y entonces podremos decidir dónde establecer nuestra residencia permanente.

—Y si no te desagrada la idea quizá incluso podríamos pasar temporadas en Francia.

— ¿Echas de menos tu país? —inquirió ella.

—Oui, me preocupan mis viñedos.

Charlotte se rió.

—Te gustaría mi finca —le dijo Alexandre—, y estoy seguro de que París te enamoraría.

—París… —murmuró ella—. Siempre he querido hacer algo terriblemente romántico como escaparme a París.

—Eso no lo escribiste en tu diario —apuntó él—. No lo habría olvidado.

Charlotte lo mordió en el hombro.

— Lo cual me recuerda… que no quiero que vuelva a acercarse usted a mi diario, señor Dupree —le dijo riéndose.

—No me hará falta.

— ¿Por qué no?

—Porque, ma petite, voy a ser un amante tan maravilloso que no querrás ocultarme ninguna de tus fantasías.

Charlotte lo besó, segura de que en efecto así sería.

Fin

En el Deseo titulado: “Amar a un Desconocido” de Sara Orwig podrás encontrar la siguiente novela de la interesante saga de LOS ASHTON